Tte. Coronel *Serafin Espinosa*

MORAL MILITAR



Teniente Coronel SERAFIN ESPINOSA

MORAL MILITAR

CONFERENCIAS

DADAS EN LA "ESCUELA DE CADETES"
DURANTE LOS MESES DE MARZO Y ABRIL
DE 1915.



HABANA.
Imprenta y Papelería de Rambla, Bouza y C.ª
Pí y Margall núms. 33 y 35.
1916

Al general Manuel Sanguily y Garritt.

General:

Si estas páginas, modestas y sin originalidad, que le dedico en prueba de admiración y de respeto, merecen su aprobación, experimentaré con ello una de las satisfacciones más profundas de mi vida, y podré permanecer tranquilo, aunque la ignorancia ó la mala fe las reciban más tarde con indiferencia.

Muy respetuosamente,

S. E.

[illegible] the Cornell

Fitz John Porter. U.S. Army,

[illegible]

[illegible]

MANUEL SANGUILY
PARTICULAR

Habana, Marzo 13 de 1916.

TENIENTE CORONEL SERAFÍN ESPINOSA,

HABANA.

Distinguido Teniente Coronel y amigo:

Mucho le he agradecido que me hubiera usted dedicado su valioso é interesante último libro sobre Moral Militar, el cual he leído con sumo gusto, mejor dicho, con verdadera delectación.

En el Informe sobre los trabajos de la Academia Militar elevado recientemente al señor Secretario de Gobernación, al referirme á la clase que usted desempeña en la Escuela de Cadetes, le decía, entre otras cosas, que sus lecciones revestían las materias del curso de verdadera originalidad,

y el libro en que usted las ha reunido, lo prueba de un modo indudable.

Yo no sé si fuera de Cuba, en Instituciones análogas, existe la clase que usted profesa en la Escuela de Cadetes y que creó el Reglamento de nuestra Academia Militar; ni sé tampoco de algún profesor que diera en ellas lecciones como las que usted ha explicado y ahora publica; pero de lo que sí estoy seguro es de que en Cuba no han tenido nunca parecido. Constituyen ellas un curso completo de educación militar y cívica. Se distinguen, además, por su excelente estilo y su apropiada erudición: son, pues, un manual completo de los deberes del soldado y del oficial en una República democrática, y me atrevería á añadir que debían ponerse en las manos de todos los cubanos, militares ó civiles, pues que de su lectura atenta y reflexiva obtendrían instrucción y provecho, levantando su espíritu y nutriendo

su corazón de sentimientos é ideas generosas, nobles y elevadas.

Doy á usted, por consiguiente, mi parabién más entusiasta con el aplauso más caluroso que me arranca la lectura de un libro tan excelente, el cual revela la ilustración de usted, su aplicación al trabajo y su bella inteligencia, que todavía han de ser muy útiles á su país en cualquier esfera á que aplique usted tan superiores condiciones.

Siempre suyo affmo.,

MANUEL SANGUILY.

I

Señores cadetes:

El último día dimos por terminada la primera parte de nuestro trabajo, o sea la que en el programa figura con el nombre de "Instrucción Cívica."

Aunque un tanto precipitadamente, por la necesidad en que nos hemos visto de acortar los plazos para poder recorrer los puntos más esenciales de ese programa, hemos dejado establecido que la Instrucción Cívica, que desde el punto de vista del Derecho Político "comprende el estudio de los conocimientos que son necesarios al ciudadano para cumplir sus deberes y ejercitar sus derechos como tal", como dice Montoro, no puede tener por objeto, para nosotros los militares, la mis-

ma finalidad, desde el momento en que la Constitución y las leyes nos prohiben terminantemente el ejercicio del derecho de sufragio activo y pasivo—el derecho de elegir y ser elegido—, que es lo que constituye la esencia de la ciudadanía; prohibiéndonos, en consecuencia, que nos mezclemos en las luchas agitadas de la política partidaria, que es el medio que tiene para actuar, en la vida civil, el hombre que se interesa por la *cosa pública* de su país.

Y terminamos por afirmar que la Instrucción Cívica, para nosotros, no es ni puede ser otra cosa que el conjunto de conocimientos indispensables para que el oficial, penetrado de la organización y funcionamiento de los Poderes Públicos, pueda tener una más cabal concepción de sus deberes para con la patria, como fundamento de las virtudes que está obligado a poner en práctica en el ejercicio de la profesión de las armas.

Comenzaremos hoy, pues, la segunda

parte, que es la que hemos titulado "Moral Profesional."

* * *

Antes de desenvolver el plan que al final me he trazado, parécenme oportunas algunas aclaraciones.

Cuando la Comisión que redactó el vigente Reglamento de la Academia Militar—de la que formé parte—se ocupó de la determinación de las asignaturas que debía comprender el plan de estudios, fuí un decidido partidario de que en él se incluyese una—el nombre no hacía al caso—que tuviese por finalidad acostumbrar á nuestros oficiales á la idea de que siendo el ejército la fuerza puesta al servicio de la patria, la salvaguardia del honor y de la integridad nacional, los hombres que lo dirigen, los que están obligados a velar por que se mantenga á la altura moral y material indispensables para que pueda cumplir de manera eficaz la sacratísima misión que le está confiada, debían conocer, primero, cómo está organizada polí-

ticamente esa patria, y cuáles son los órganos de su funcionamiento; y después, las reglas de conducta ó virtudes profesionales que han de ser norma y guía de todos sus actos, para que puedan desempeñar á conciencia el papel que les corresponde.

Por entonces, lo confieso con franqueza, no había llegado á formarme en el cerebro una idea clara, precisa, de las materias que esa nueva asignatura debería comprender; aunque sí entendía, apoyando el criterio de los distinguidos compañeros de comisión, que á la oficialidad que comenzaba á salir, es decir, á los brazos de mañana, a las cabezas de después del ejército, era preciso infiltrarle nuevas ideas y nuevos alientos.

Entendía que se había hecho, relativamente, bastante por desarrollar la cultura intelectual de nuestros oficiales; pero que todavía había un largo camino que recorrer en ese mismo sentido y en otro más importante, como es el de formar su alma, templar su carácter, prepararlos para que

puedan dirigir con tino y con acierto su vida profesional.

Por tales razones, cuando me sorprendió la designación de que fuese yo el encargado de realizar misión tan honrosa, pero para la que no me consideraba preparado, no pude negarme.

Más tarde, cuando oficialmente se me instaba, en medio de mis quehaceres ordinarios, para que presentara un programa, fué cuando vine á comprender realmente la magnitud de la empresa en que yo había querido mezclar á los demás, porque mi pensamiento se había limitado á la finalidad, sin detenerse un instante á buscar los medios que habrían de emplearse para conseguirla.

Naturalmente, yo sabía que hay una moral ó norma de conducta para cada profesión ú oficio humano, que se forma, en el transcurso del tiempo, por las selecciones de la experiencia; pero esas normas o reglas no están codificadas de modo tal que pueda acudirse a una biblioteca y encontrar en ella el vademécum utilizable

para cada una de las categorías en que se encuentran distribuídas en el universo las actividades de los hombres.

Yo sabía que cada profesión tiene *su honra,* tiene *su dignidad,* como dice Emile Faguet. Que el magistrado, por ejemplo, que tiene encomendada la guarda de la honradez pública, tiene su dignidad en ser íntegro; que el médico la tiene en luchar contra la muerte; que el abogado, encargado de reclamar el derecho, de defender la inocencia ó de solicitar la compasión, que es una parte de la justicia, la tiene en ser independiente y en arrancar á los magistrados las favorables decisiones para su tesis; pero yo sabía también *que la profesión militar tiene su honra, su dignidad, en el constante ejercicio de un cúmulo tan extraordinario de virtudes, que puede decirse que no hay una sola, entre todas las que pueden glorificar al género humano, que no le sea esencial.*

Y fué por todo eso que, al presentar mi programa, no estaba aún completamente cierto de lo que iba á hacer en definitiva.

Sólo después de haber comenzado en firme mis investigaciones es que he llegado á adoptar el plan que voy á desenvolver ante ustedes, en cuanto á la moral militar, y que es el siguiente: primero, fijar la idea de la patria y del patriotismo, como idea fundamental; segundo, exponer las teorías pacifistas y militaristas, y demostrar que la guerra es constante é inevitable en la historia humana; y una vez sentado este principio y el de que la guerra la hace la patria con el ejército—que es la fuerza puesta a su servicio—, por último, ver cuáles deben ser las condiciones de los militares profesionales, para que el ejército pueda utilizar su misión.

Comenzaremos, pues, por la idea de la Patria.

II

LA PATRIA.—EL PATRIOTISMO.

¿Qué cosa es la Patria? ¿De qué se compone la Patria? ¿Qué ideas esta palabra despierta en nuestro espíritu?

Eso es lo que voy á tratar de explicar á ustedes, con el auxilio de las ideas de los autores que cito.

Es realmente ardua la tarea de concentrar en palabras la expresión de una idea tan compleja, porque siendo de todos los tiempos, habiendo germinado en el corazón de todos los hombres instintivamente, aunque de una manera rudimentaria al principio, hoy esa idea abarca elementos tan diversos, que comprende la vida toda de la humanidad, y es por ella, en su nombre, que casi todo el mundo civilizado se

encuentra empeñado en estos momentos en la más descomunal contienda que ha registrado la Historia.

En nombre de la Patria, ansiosos de que ésta sea el sol radiante que alumbre todos los ámbitos del mundo, pretendiendo hacer creer que su consecución constituye una obra divina, las masas compactas de teutones, con una sumisión que no se sabe, á veces, si es de una inconsciencia absoluta ó de un heroísmo sublime, se hacen matar silenciosas, como piaras desbaratadas á macetazos, balbuceando tan sólo, en los últimos suspiros: *¡Deutchland über alles!* "¡Alemania por encima de todos!," que es su supremo ideal.

En nombre de la Patria, entristecida y abrumada por el recuerdo de pasadas derrotas, como si la humillación que á aquélla se impusiera en tiempo no lejano al arrebatársele jirones del territorio nacional pesase sobre la conciencia de todos sus ciudadanos, Francia hace sacrificios sin nombre, debatiéndose como un gigante arrinconado, para poder resistir el nuevo

empuje, la acometida siniestra de los que todo lo ambicionan; y sus hombres, ancianos de luengas barbas blancas y adolescentes á quienes apenas el bozo sombrea el labio, al caer sobre los campos de batalla, sienten un profundo orgullo en proferir: *¡Que c'est beau mourir por la France!* "¡Qué hermoso es morir por la Francia!"

Es en nombre de la Patria que el pueblo belga se inmola conscientemente, para no pasar sin protesta la violación de sus fronteras, y que, guiado por su Soberano y aconsejado por un sacerdote santo y sabio, demuestra que en cada uno de esos hombres hay un sentimiento más profundo que el interés personal, que los lazos de sangre y que la conservación del patrimonio individual.

Es en nombre de la Patria que del Africa, del Asia, de América y de la Oceanía; es decir, de todos los extremos del universo, parten los hombres, surcando mares tenebrosos donde á cada instante abre un abismo insondable la muerte,

para ir en todas direcciones, unos á sostener que la suya debe estar por encima de todas las demás, otros para impedir que este pensamiento egoísta se realice.

Y hasta los que negaron la razón de la Patria, los que combatían la existencia del ejército como enemigo de la razón individual, son los primeros que acuden á ocupar un puesto entre los que se baten por ella y por ella mueren. El antimilitarista alemán Franck, diputado socialista, fué de los primeros que cayó en Bélgica; Hervé, agitador francés que hasta había formado un partido suyo antimilitarista rabioso, fué uno de los primeros que solicitó el gran honor de marchar *al frente,* y es de los que después ha escrito más artículos henchidos de fervoroso patriotismo.

Si, pues, el sentimiento de la Patria mueve de tal manera a los hombres de la tierra, tenemos que convenir en que el amor a la Patria es la única fuerza capaz de reducir al silencio, cuando justamente se invoca su nombre, las pasiones más violentas; que es la única fuerza que pue-

de separar a los hijos de sus madres, a los esposos de sus mujeres, a los adinerados de su caudal, y que hasta llega á poner la espada en las manos de aquellos que han jurado no matar.

* * *

¿Qué razones justifican un sentimiento tan intenso? Justamente porque es, más que fuerte, irresistible, parece que debiera pasarse sin razones.

La superioridad del amor a la Patria sobre todos los demás impulsos humanos, dice Brunetiére, consiste precisamente en que es *irrazonado;* en que es una de esas creencias, necesarias a los pueblos para su vida, que no son demostrables, entrando en la categoría de los instintos sublimes que sobrepasan la inteligencia. Desde este punto de vista, someterlo a la razón y al análisis parece una obra vana y sacrílega.

Pero como es peligroso someterse á un sentimiento irrazonado, porque día puede

llegar en que el individuo reflexione y no persevere, una vez hecha la razón, en el instinto patriótico, como dice Boutroux, es preciso buscar la justificación del patriotismo.

Para Durkhein y el mismo Boutroux, *la idea* de la justicia y *el hecho* de la solidaridad son las premisas de las que puede deducirse, racionalmente, la idea de la Patria.

Y fijan el concepto:

¿Por cuántos argumentos no se ha demostrado en nuestros días, haciendo comentarios alrededor de la vieja frase de Aristóteles, que el individuo aislado no podría bastarse por sí solo, que es una abstracción, que es en muchísimos sentidos el producto de la sociedad en que ha nacido?

Por consiguiente, la condición de su existencia reside en la cooperación, no sólo de sus contemporáneos, sino también de sus antepasados. La *división del trabajo,* que penetra cada vez más, con la civilización, en las sociedades modernas, in-

troduce una solidaridad cada vez más estrecha y hace que sus miembros se sientan más y más dependientes los unos de los otros.

La sociedad es la que da al individuo, con el pan del cuerpo, el del alma. Al lado de nuestra cuna, en la aldea ó gran ciudad donde abrimos los ojos á la luz, ha colocado los mil detalles ó instrumentos de nuestra elevación. Por sus instituciones y por sus monumentos, por su lenguaje y por sus libros, por la historia y la leyenda, la sociedad nos ha hecho lo que somos, y por eso tiene derecho á nuestro reconocimiento.

De esta manera, existe un *cuasi contrato* entre el hombre y la sociedad, que nos liga, que nos compromete a salvoguardar y acrecentar, para nuestros descendientes, el patrimonio que hemos recibido de nuestros mayores; y el que quisiera sustraerse á estos deberes sería un hombre injusto é ingrato; sería, en una palabra, un mal patriota.

Teniendo, pues, la justicia por norma,

y apoyado en la experiencia de la solidaridad—terminan los expositores de estos conceptos—, la razón misma es la que ordena el sentimiento de la Patria.

Los mismos socialistas, aquellos que no quieren poner nada por encima del individuo, que entienden que el fin supremo de las sociedades es el desenvolvimiento de las individualidades, se ven precisados á reconocer que para realizar este fin, todavía hoy al menos, necesitan de la organización nacional, porque como es un hecho que el hombre no puede desenvolverse sin la colaboración de sus conciudadanos, y no sabría ser libre fuera de una sociedad que garantice sus derechos, para llegar á la emancipación soñada, siempre tendría necesidad de una organización económica, jurídica y política.

Y cuando á los socialistas se les reprocha que pretendan desconocer estas organizaciones, hechas y amasadas como productos de una larga historia, que ataquen, en suma, la idea de la Patria, queriendo romper por su esfuerzo revolucionario los

cuadros nacionales, se ven precisados á responder, por boca de uno de sus intelectuales más cultivados, por la de Jaurés, que "la unidad nacional es la unidad de producción y de propiedad, que es la esencia misma del socialismo," y que "romper las naciones, sería revolver los hogares con luz distinta, suprimir los centros de acción rápida, hacer desaparecer la libertad, porque la humanidad, no condensando ya su acción en naciones autónomas, pediría la unidad a un vasto despotismo asiático."

Como se ve, la Patria es necesaria hasta al propio socialismo, porque fuera de ella no puede ser nada; y como es la mejor garantía de los derechos individuales, reclama el respeto, y lo obtiene, hasta de los mismos que tienen esos derechos como la suprema medida de todos los valores sociales.

Para los que creen que la individualidad no podría tener por objeto á sí misma, y que esta individualidad no llega á realizarse sino dedicándola á algo que la

sobrepase, la idea de la Patria es algo más elevado, por ser menos egoísta.

Entre las cosas humanas, la que imita más la eternidad es la Patria, dicen Faguet y Boutroux con casi las mismas palabras. Nos precede y nos sobrevive, se mantiene como inmóvil por encima de nuestras agitaciones y de nuestros esfuerzos contradictorios.

Es una expresión de la naturaleza humana, infinitamente superior á nuestra transitoria y pobre individualidad; por lo que acrecentar el patrimonio nacional es llegar "á la realización de una parte determinada de la obra de inteligencia y de justicia que la humanidad tiene que cumplir."

Nuestros deberes para con la Patria se deducen de esa ley general que quiere que nos elevemos por encima de nuestros intereses personales para realizar, en la medida de nuestras fuerzas, cierta parte del ideal humano.

La Patria, dice el cardenal Mercier, obispo de Malinas, en su célebre pastoral

incitando al pueblo belga a que luche contra el brutal invasor de su tierra amada, "no es una aglomeración de individuos ó de familias que habitan un mismo suelo, cambiando entre sí relaciones más ó menos estrechas de vecindad ó de negocios, acariciando los mismos recuerdos, felices ó penosos; no: es una asociación de almas, al servicio de una organización social, que es preciso á todo precio, aunque fuese al precio de la sangre, salvoguardar y defender, bajo la dirección de aquel o de aquellos que presiden sus destinos. Y porque tienen una misma alma, los compatriotas viven, por sus tradiciones, una misma vida en el pasado; por sus comunes aspiraciones y sus idénticas esperanzas, una misma prolongación de esa vida en el porvenir."

* * *

¿Qué es la Patria? volvemos a preguntar después de todo lo expuesto.

La Patria *es una realidad,* que tiene por base *un elemento material,* geográfico,

que es el territorio comprendido dentro de los límites que sus actividades y esfuerzos han fijado en contraposición con los de las demás; y *es una concepción,* que descansa en *un elemento espiritual,* del que forman parte el lenguaje, la tradición, las costumbres, las esperanzas y las comunes aspiraciones de los hombres que residen dentro de esos límites geográficos.

La Patria es, desde el punto de vista de *la realidad* material, todo lo que nos rodea: el viejo hogar paterno, el inolvidable rincón de tierra donde nacimos y crecimos, y que durante todo el resto de la existencia no podemos volver a mirar, una vez que de él nos hemos alejado, sin que un brote irresistible de ternura nos inunde el corazón; es la aldea cuyo campanario, divisado á distancia cuando nos acercamos á él en viaje de regreso, nos hace el tiempo eterno; ó la gran ciudad, entre el humo de cuyas torres creemos que desaparece la existencia cuando de ella nos alejamos; es el transparente arroyuelo

que serpea en la pradera vecina; la montaña tras la cual vemos, al atardecer, acostarse el sol en un lecho de púrpura; son los verdes campos de caña, cuyas espigas reverberan en un alegre juguetear preñado de promesas; son nuestras majestuosas y esbeltas palmeras, cuyos penachos temblequean al soplo de la brisa tropical.

Desde el punto de vista de la *concepción,* al lado de la Patria material está la *espiritual,* en la que figuran en primera línea las prácticas de las mismas costumbres, el sometimiento a las mismas leyes, la utilización de un mismo lenguaje; en la que se mezcla, ante todo, el pasado de nuestro país, su larga historia desenvolviéndose al través del tiempo. Es el recuerdo de las grandes luchas que nuestros antepasados han sostenido por crearnos un ideal y asegurarnos la libertad y la independencia, en el que está el culto de los grandes hombres de nuestra tierra que se han distinguido por sus virtudes cívicas, por sus estudios científicos; de los héroes

que han conducido nuestros ejércitos a la victoria, haciendo brillar a lo lejos el nombre de la Patria, y que, en una palabra, han colaborado en la obra de la edificación de nuestra grandeza y de nuestra gloria.

La Patria es la bandera que simboliza nuestras victorias y nuestros desastres. Es la Cuba amada de hoy como en el pasado; es también la del porvenir, porque un lazo indestructible nos une del mismo modo á aquellos que vivirán sobre nuestro suelo que á los que lo han vivido antes que nosotros.

Muertos nosotros, nuestros descendientes nos sucederán para continuar la obra; pero la Patria, siempre viviente, inmutable, indestructible, continúa su existencia al través de los tiempos, llevando en las páginas imperecederas de su historia el deshonor ó la gloria, según que sus hijos la hayan servido con entusiasmo o con tibieza.

Los ojos de la Patria, ha dicho el Apóstol, son como los de un muerto querido,

que nos siguen a todas partes, "nos animan cuando estamos honrándola con nuestros actos; nos detienen cuando nos sentimos tentados a alguna villanía; nos hielan cuando pensamos abandonarla..."

Son muchos los que, en la concepción espiritual de Patria, entienden que su fundamento se encuentra, por un simbolismo, en el cementerio, porque es al borde de las tumbas de los que á ella fueron devotos donde se forman las nuevas devociones.

Lamartine ha dicho que *la ceniza* de los muertos creó la Patria; Paul Burdeau, que fué *el polvo* de esos mismos muertos el que la hizo, y Víctor Duruy, en otras palabras, vierte la misma idea al decir que es la tierra, el polvo santo de nuestros antepasados, quien la formó... La ceniza de los mártires, ha dicho Aubigné, son las semillas preciosas del patriotismo; porque los recuerdos, consignados en los libros de los historiadores, germinan fatalmente, estando como está el hombre unido a sus mayores por lo que oye decir

y por la viva pintura que le presentan de lo que ellos hicieron.

***

Como la Patria no es una idea vana, una palabra sin sentido, sino que, por el contrario, representa para los hombres algo tan sagrado como la propia madre—porque, como ésta, ocupa todo su corazón—, y es de ella que recibimos todos los bienes que en la tierra gozamos, le debemos reconocimiento.

Este reconocimiento es el que se llama *patriotismo,* y el primer deber del patriotismo es el de conservar y acrecentar el patrimonio material y moral que nuestros mayores nos legaron.

Al dejar sus bienes a sus hijos, el padre les recomienda que los gobiernen como buenos hombres de negocios, que no los disipen, que los multipliquen si fuere posible, para los que vengan después más atrás. Del mismo modo, la Patria dice á sus hijos: "Conservad con cuidado celoso

la herencia nacional; administradla como buenos padres de familia; no soportéis que os las disminuyan. ¡Caiga la vergüenza sobre vosotros si no sabéis conseguirlo, y la gloria sobre vuestros nombres si este depósito sagrado fructifica en vuestras manos!..."

La Patria tiene necesidad, para vivir y para prosperar, del trabajo de todos sus hijos. Y como cada uno tiene una misión social que cumplir, si todos la satisfacen, la Patria progresa, periclitando en caso contrario.

La primera virtud del buen patriota es el trabajo. El trabajador, cualquiera que sea la posición que ocupe en la sociedad, cualquiera que sea la labor á que se dedique, es útil siempre al país, porque los resultados de su trabajo se agregan á los de sus conciudadanos, formándose la riqueza con las espigas que los esfuerzos combinados lograron recoger.

Para que el patriotismo sea útil á la Patria, es preciso que sea continuo, que no proceda por sobresaltos, que sea incon-

dicional. Cuando á un hombre se le oye decir: "quiero a mi Patria porque es *liberal,*" por ejemplo, tal parece como que dice que dejaría de amarla cuando la Patria se hiciese *conservadora.*

Ciertamente que el país debe tener algo que en él nos guste, porque si nada en absoluto tuviera que fuera de nuestro agrado, no podríamos quererle; pero no se puede andar analizando demasiado el motivo ó las razones que tenemos para amarle, no sea que concluyamos por amar las razones mismas, con lo cual se corre el peligro de no tenerle cariño alguno, como dice Faguet.

Pensando en la Patria, hay que tener presente una anécdota que reproduce el propio Faguet:

Una dama dice á su amante:

—Lo que me gusta de vos, es...

—No sigáis, señora, por favor, interrumpe el amante. Si lo sabéis, estoy perdido. Si me queréis por las cualidades que habéis descubierto que tengo y que podéis

descubrir mañana que he perdido, estoy inquietísimo por nuestro amor...

De lo que se deduce que á la Patria hay que amarla como á nuestro padre ó como á nuestra madre, cualquiera que sea, dándonos cuenta, reflexivamente, de las razones que tenemos para amarla; pero de tal manera, que podamos decirnos que aunque no descubriéramos motivo alguno para quererla, seguiríamos queriéndola con la misma intensidad.

Pero el patriotismo no puede consistir tan sólo en amar a su país con un amor profundo y constante, en observar la gran ley del trabajo, en llenar con celo los deberes del ciudadano, contribuyendo en la medida de sus fuerzas á la grandeza y á la prosperidad de la Patria, porque sería muy incompleto si se limitase á hacer ciudadanos útiles y devotos, que trabajan, durante la quietud de la paz, para el desarrollo material del país; el patriotismo nos impone, además, el deber, en caso necesario, cualesquiera que sean las circunstancias, de dar nuestra sangre y nuestra

vida para conservar intacto, y aumentar si fuere posible, ese patrimonio material y moral de que antes hablaba.

En la quieta dulzura de los días de paz, el sentimiento patriótico parece dormitar en los corazones; pero cuando el clarín de los guerreros anuncia á los hombres que la Patria necesita de sus auxilios, despierta con gran energía para brillar con luz extraordinaria en todas las filas de la sociedad.

Y entonces se ve á todo un pueblo levantarse para la defensa nacional; es en los días de grandes pesares que se ve á los adolescentes vestir el uniforme del soldado, a los burgueses dejar las mujeres para ir al campo de batalla, á los ancianos con los cabellos blancos usar lo que les resta de vida para ponerla al servicio de la Patria.

Es entonces, como dice el cardenal Mercier, que el patriotismo manda á todas las vidas que se ofrezcan en inmolación, que surge un impulso universal, irresistible, que arrasa de un solo golpe

con todas las voluntades de la nación en un mismo esfuerzo de cohesión y de resistencia...

Cuando la Patria gime, cuando está en peligro, "nos persigue con las manos suplicantes: su dolor interrumpe nuestro trabajo, enfría la sonrisa, prohibe el beso de amor, como si no se tuviese derecho á él; una mortal tristeza y un estado de cólera constante turban las sagradas relaciones de familia: ¡ni los hijos dan todo su aroma!," ha dicho en uno de sus infinitos arranques de ternura por la Patria el más grande de nuestros hombres, Martí; y agrega en otro, más hermoso, si cabe:

"Dicen que es bello vivir, que es grande y consoladora la Naturaleza; que los días, henchidos de trabajo dichoso, pueden levantarse al cielo como cantos dignos de él; que la noche es algo más que una procesión de fantasmas que piden justicia, de mejillas que chispean en la obscuridad, de hombres avergonzados y pálidos. *Nosotros no sabemos si es bella*

la vida. Nosotros no sabemos si el sueño es tranquilo. ¡Nosotros sólo sabemos sacarnos de un solo vuelco el corazón del pecho inútil, y ponerlo á que lo guíe, á que lo aflija, á que lo muerda, a que lo desconozca la Patria!"

Es el sentimiento profundísimo de los deberes para con la Patria lo que ha elevado, por ejemplo, al pueblo serbio, conceptuado de manera despreciativa hasta hace poco por los que no conocían de él más que los detalles horripilantes de un asesinato regio.

Sostuvo una guerra victoriosa contra los turcos, sus enemigos seculares; inmediatamente, cuando todavía sus combatientes estaban en los hospitales, sostuvo otra con los búlgaros, sus aliados del día anterior; y cuando el mundo entero pensaba que iba á ser aplastado sin remedio por la fuerza brutal de los austriacos, al mágico conjuro del ideal nacional, invocado por su Soberano, se convierte en fiera que despedaza y causa al invasor la

más vergonzosa derrota que ha visto la guerra actual.

Y todavía, á pesar de su agotamiento, en el que se han ido por millares las mujeres, los ancianos y los niños combatientes, aún le quedan alientos para luchar, no tan sólo contra los contingentes abrumadores de tres enemigos formidables que desean atacarlo de nuevo—desesperados ante su energía, que parece indomable—, sino contra la ingratitud y la traición del aliado que parece dispuesto á volver la espalda en el momento de cumplir el pacto sagrado que selló en momentos de angustia. ([1])

Nuestra historia, pequeña, como pequeña es nuestra Patria, llena está también de muestras de patriotismo glorioso. Durante diez años consecutivos, cubiertos de harapos, llenos de miseria y enfermedades, sin más armas ni municiones

(1) Cuando se dió esta conferencia, en el mes de abril de 1915, aun no se había realizado la destrucción de Serbia por los ejércitos aliados de Alemania, Austria y Bulgaria, ante la mirada aterrada de Grecia, que negó sus más sagrados compromisos.

que las que de tiempo en tiempo hacía llegar á nuestras costas la tenacidad de unos cuantos expatriados, lucharon los cubanos con ardor y con fe por la consecución de su independencia.

Más tarde, cuando la lucha quedó de nuevo organizada gracias al tesón inquebrantable del Apóstol, á quien nunca reverenciarán y bendecirán bastante los cubanos, pelearon de nuevo cinco años contra un enemigo poderoso, infinitamente superior, hasta lograr que la enseña de la estrella solitaria, tantas veces ensangrentada en el combate, flotase victoriosa, como símbolo de grandeza, en los propios lugares donde había flotado antes, durante cuatrocientos años, la bandera del amo y señor.

Y este mismo castillo, este lugar, hoy risueño y alborozado porque en él anidan, como en un elevado picacho, los pichones de águila que en el mañana se cernirán serenas sobre el cielo límpido y venturoso de días mejores, mudo testigo es del desprecio con que nuestros mártires, en su

ciega fe, miraban la soberbia de sus opresores.

Ellos, especialmente, los que, víctimas de sus convicciones, sufrieron torturas sin cuento en los sombríos calabozos de allí abajo, en cuyos toscos y pesados portalones grabaron sus nombres en las lentas é interminables horas de la agonía, antes de terminar su martirio más allá abajo, en el Foso de los Laureles, donde cayeron para siempre; ellos, repito, desde los lugares de la gloria destinados á los buenos, nos contemplan risueños y satisfechos, porque con nuestra sola presencia aquí demostramos que su sacrificio no fué inútil, porque estamos aquí precisamente para adiestrarnos, en la Patria redimida, en el manejo de las armas, y para templar nuestros espíritus a fin de que garanticemos con firmeza la conservación de los frutos que con su martirio contribuyeron á madurar.



Un pueblo no es poderoso solamente

cuando dispone de una fuerza material considerable. La riqueza, los ejércitos formidables, las sólidas fortalezas no bastan para garantizar su integridad y su independencia, para conservarla en un rango elevado y preservarla de la decadencia. Es preciso que una fuerza moral ponga en movimiento la fuerza material, la dirija y la utilice en su provecho, la vivifique y la penetre, para que pueda producir, llegado el momento, su máximum de potencia.

Esa fuerza moral ya hemos visto que es el patriotismo, condición esencial de la existencia de todo pueblo, primera garantía de su salud, elemento principal de su grandeza y de su fuerza.

Pues bien, si el patriotismo es todo eso, es preciso procurar por todos los medios posibles desenvolverlo, con tanto empeño como el que se pone en el desarrollo de las fuerzas materiales.

¿Es el *patriotismo susceptible de ser desarrollado?*

Hay quien pretende que no se enseña á

amar á la Patria. Y ¿por qué no? Desde el instante en que el patriotismo es un sentimiento, ¿por qué no ha de poder ser desenvuelto por medio de la educación, al igual que todos los demás sentimientos humanos? ¿Es que el amor de la familia, el amor al prójimo y al bien no se enseña, por la predicación y el ejemplo, a los niños?

Sin duda el niño, sin haberlo aprendido, no ignora que es preciso amar a sus padres y al prójimo, y que está prohibido hacer mal; pero lo sabe de manera vaga, más por instinto que por razón. Exponedle las razones por las cuales debe testimoniar amor á sus padres; recordadle todos los sacrificios que ellos se imponen por asegurar su existencia, para prepararlos á entrar en la vida con fuerte bagaje y comportarse bien en ella, y veréis cómo entonces ese amor, vigorizado por la razón, se hace más sereno, sólido y duradero.

¿Por qué, pues, no se ha de hacer la educación patriótica del soldado en el

cuartel, como la del niño en la casa y en la escuela? ¿Por qué este amor instintivo que la Naturaleza ha puesto como un germen en el corazón de todos los hombres, no podrá ser desarrollado con la cultura de cada día?

Hace poco tiempo, un escritor francés, cuyo nombre no recuerdo, decía en un diario: "En Francia no se enseña el amor á la Patria, y es preciso enseñarlo."

Nosotros podemos decir, imitando al escritor francés, que en Cuba no se enseña el amor á la Patria como debiera. Dados como somos al desaliento fácil y á la desilusión, confundimos la *patriotería*—que es la explotación interesada del sentimiento—con el patriotismo; y con una extrema preocupación por el ridículo, los obligados á enseñarlo con el ejemplo, se abstienen, temerosos, á su vez, de ser confundidos.

No basta que oficialmente se prescriba la celebración de determinadas fiestas patrióticas; es absolutamente indispensable

que ello se inculque en todas partes con devoción y con fe.

Por estas razones — aprovecho la oportunidad para decirlo—me inspira tan sincera y profunda simpatía la campaña que por la prensa viene haciendo un hombre á quien no conozco—me refiero al señor Ismael Clark—á fin de que se obligue á las escuelas privadas á sufrir la inspección oficial, para que no se sustraigan á la obligación de educar patrióticamente la juventud cubana.

Sin duda que no puede hacerse un curso especial de patriotismo, como se hace uno de gramática ó de aritmética; pero el amor de la Patria puede ser desarrollado en los hombres de una manera indirecta, por medio de relatos, por la formación de la leyenda, por las reflexiones hechas á propósito, por la manera de enseñar ciertas materias, y, sobre todo, por la exaltación constante y ferviente de las virtudes patrióticas como sentimiento indispensable.

Vosotros, oficiales de mañana, conduc-

tores de hombres á la lucha algún día, debéis tener siempre presente que el patriotismo es uno de los más poderosos elementos de la fuerza moral; que la fuerza moral es la máquina más destructora en el campo de batalla, y que, como ha dicho el general Percin, esa fuerza moral es, en el combate, el *número entero* en una cuenta imaginaria en la que los fusiles y los cañones son *los decimales.*

La geografía es materia que se presta para la educación del patriotismo, porque son pocos los lugares del territorio nacional que nò fueron testigos de alguna hazaña de los hombres que lo fecundaron con su sangre.

En la historia está la verdadera escuela del patriotismo. Rousselot dice que dentro del territorio de la Patria, "á todo alumno de centro de educación oficial ó particular, sea cual fuere su categoría, debe hablársele de ella como un padre habla á sus hijos del patrimonio de la familia: que él lo ha recibido de sus abuelos, lo ha guardado y lo ha aumentado; que

los hijos á quienes lo transmitirá algún día conozcan bien el precio de esta herencia, que representa el trabajo y el honor de varias generaciones; que sobre esta herencia pongan á su vez la marca de su labor y de su virtud, antes de legarla a sus descendientes."

* * *

No puedo hacer interminable este trabajo, porque la pesadez de la exposición puede hacer cansado un tema que debe ser escuchado siempre con devoción; pero como no sería posible tratar de la Patria cubana en ningún caso y con ningún motivo sin que Martí, el más fanático y más ardoroso obrero de su edificación, ocupe el puesto de preferencia; y para que veáis, además, de modo práctico, cómo nuestra hermosa historia es una escuela de patriotismo utilizable á cada momento, voy á leer á ustedes, para concluir, una página, una tan sólo, de las brillantísimas por mil conceptos que sobre las campañas del general Maceo ha trazado su Jefe de Es-

tado Mayor, el general Miró, para uso de las escuelas públicas. Escuchándola, enterándoos de cómo cayó para siempre el Maestro en Dos Ríos, podréis apreciar la virtualidad de su fuerza para conmover la fibra patriótica:

Dice Miró:

"Al llegar el general Gómez fué recibido en gran parada por toda la tropa allí reunida; la arengó el viejo soldado con la arrogancia en él peculiar; habló de los méritos del general Masó, de su conducta acrisolada y de su patriotismo excelente, y *habló también Martí.* ¡Qué oración aquélla, la última que pronunció su verbo maravilloso! Predicó el credo de la Revolución con el fervor del apóstol, convencido de que la pureza del dogma es el sostén más firme del militante para llevarlo a la conquista del ideal, sin vacilaciones ni desmayos. Exhortó al auditorio, presa de emoción y enardecido, para que no abandonara jamás la senda del deber, por inmensos que fueran los obstáculos que amontonara la adversidad.

"Era preferible la muerte silenciosa, lenta y cruel, en medio de la soledad del bosque, como inmolación impuesta por el alma del luchador que ve agotados todos los esfuerzos, a la vida ostentosa de los honores adquiridos al infame precio de la apostasía. Sentimientos hondos que se escapan á toda investigación, aspiraciones á la inmortalidad, traídas tal vez por el ambiente de batalla y algo más inefable, más íntimo y profundo, debió pasar en aquellos momentos por el espíritu de Martí, porque transfigurado por la pasión, dijo, en medio del éxtasis: *¡Quiero que conste que por la causa de Cuba me dejo clavar en cruz!* La multitud rompió el silencio y se desbordó en entusiasmo, aclamando al apóstol, al caudillo, al primer magistrado de la República."

Y más adelante, describiendo la pelea, continúa Miró:

"Gómez requirió á Martí con estas palabras: "Martí, retírese; éste no es el lugar de usted." Martí no obedeció el mandato. Era natural la desobediencia en

quien pocos momentos antes enardeció á los actores con la bélica y famosa oración... Y si este mismo entusiasmo y esta misma gallardía no es más que el resultado del ardor que yo he prendido en esos buenos y esforzados corazones, ¿cómo he de irme del palenque sin mostrar al mundo, aquí representado por el más fehaciente testimonio, que yo soy de la raza de los buenos que marchan intrépidos sobre las llamas? ¿Dónde está el cáliz, dónde la hostia del sacrificio, sino á través de esa nube tempestuosa que descarga su furia sobre la tierra de promisión, al alcance ya de las manos que soliciten el más ostensible de los sacramentos? ¡Oh visión de mis amores, fantasma de mis ensueños, deidad encantadora de mis vigilias, viático augusto, al fin te acercas con la corona y la palma del triunfo inmortal y el estandarte de la gloria desplegado al viento!..."

"Así—termina Miró—, tal como queda narrado, entre episodios festivos y episodios bélicos, cayó para siempre el egregio

cantor de la libertad, entre las flores de la montaña, el panorama de la Naturaleza y el rumor del manantial, emblemas de su vida soñadora. Buscó él mismo la muerte, solicitado por la grandeza de su destino, que le ofrecía aquella ocasión de alcanzar la inmortalidad, la primera que le brindaba la fortuna, creyendo que el acaso no iba á presentarle ninguna otra más propicia ni más memorable."

Así logró en la tierra su amado ideal, —agregamos nosotros—, condensado en estas palabras:

"Todo, ¡oh Patria!, por que cuando la muerte haya puesto fin á esta fatiga de amarte con honor, puedas tú decir, aunque no te oiga nadie: *"Fuiste mi hijo!..."*

III

LA CUESTION DE LA GUERRA Y DE LA PAZ.

La cuestión de la guerra y de la paz ha sido tema palpitante de todas las épocas de la historia de la humanidad, porque ésta, en definitiva, no es otra cosa que una serie inacabable de luchas sangrientas.

En los tiempos primitivos, los pueblos bárbaros no encontraban para el hombre ocupación más decorosa que la de guerrear, como el único medio de proporcionarse el bienestar y la fortuna.

Más tarde, los romanos, viviendo casi por la guerra y para la guerra, á ese objeto se prepararon sabiamente. Por eso, por la fuerza y la violencia dominaron a Italia, después á Cartago, a la Iberia, la

Galia y Grecia, y por último al Asia y Egipto. Tito Livio, Cornelio Nepote, Salustio y Virgilio, inspiraron sus obras maestras, de arte y poesía, en la exaltación de los grandes capitanes, dedicando ditirambos á los héroes populares. Y Homero, en Grecia, la encarnación de la poesía más fecunda y poderosa que se haya conocido entre los hombres, es el cantor por excelencia de la guerra.

En cambio, trataron de infundir el espíritu pacífico, contra el espíritu bélico de los tiempos, Cicerón y Séneca, Cristo y Marco Aurelio. Y mientras Heráclito proclama que la "guerra es la fuerza creadora, el padre de toda cosa," Herodoto sostiene "que nadie sería tan insensato que prefiriera la guerra á la paz, porque durante la guerra los padres entierran á los hijos, y en la paz son los hijos los que entierran á los padres."

Pero es á partir de las guerras napoleónicas que estas cuestiones toman verdadero incremento de modo gradual, al punto que precisamente cuando estalló, en

1914, la gran guerra europea, formaban verdaderas bibliotecas los volúmenes en pro y en contra de la guerra.

Y aunque los militaristas son de todos los países, donde más se han producido es en Alemania y Francia, tanto por las tradiciones guerreras de que una y otra nación se enorgullecen, como por la eterna rivalidad que entre una y otra ha existido, lo cual ha hecho que muchos de sus hombres hayan querido mantener vivo el espíritu de la lucha, siempre en espera de ella.

Con todo, es preciso reconocer que los partidarios de la guerra, los militaristas más decididos, han sido siempre los alemanes; que ha sido Alemania la nación que ha utilizado con más tenacidad los infinitos recursos de que la imaginación del hombre puede disponer, para arraigar en el pueblo la absoluta necesidad de la guerra y del desenvolvimiento de la fuerza, como razón suprema de todo lo creado.

A partir de la fecha en que el filósofo Immanuel Kant publicó su célebre libro

La Paz Perpetua (1795), dice Von Bernhardi *("Germany and the next war")*, para muchos, para los que más tarde fueron á engrosar las filas de los pacifistas, era un hecho fuera de toda duda *que la guerra era la destrucción de todos los bienes y el origen de todos los males.* Y que para destruir estas creencias, contrarias á la grandeza y al destino de la nación, es para lo que ha sido necesario infiltrar en ella las ideas contrarias, fuentes de todas las grandes virtudes.

Esas ideas guerreras, las doctrinas propagadas para defenderlas, han arraigado tan profundamente en el pueblo alemán, ayudadas por la facilidad con que en la historia patria se encuentran tradiciones gloriosas y el empeño persistente y firme con que sus príncipes las alientan, que ese militarismo amenaza hoy arrasar en un torbellino de sangre y de duelo á la humanidad entera.

En esa labor, uno de los hombres que más decisiva influencia ha ejercido fué el general Carl Von Clausewitz, no sólo

por el copioso trabajo hecho para recoger los principios sentados por Napoleón como bases de la nueva estrategia y convertirlos en una ciencia que sirviese de norma y guía á sus conciudadanos, sino más principalmente por la situación especial en que le colocaba su puesto de Director de la Escuela Militar de Berlín, que ocupó inmediatamente después de terminadas las guerras con el Primer Imperio francés.

Como escritor militar, Clausewitz llegó á publicar nueve volúmenes, todos de gran interés, en opinión del coronel inglés F. N. Maude, siendo su obra maestra una titulada *"On War"*, que ha servido de base á todas las demás que sobre la guerra se han escrito en Alemania, de igual modo respecto á su parte filosófica y política que sobre táctica y estrategia.

El principio que Darwin sustentó en biología respecto á la *supervivencia del mejor,* Clausewitz lo sustentó respecto á la vida de las naciones, traduciendo en este caso *mejor* por *más fuerte.*

Para ambos, es un fenómeno natural, inherente á todos los organismos vivientes, que en su sorda lucha por la existencia, los pequeños son aniquilados por los más grandes, los débiles aplastados por los más fuertes, usando todos, unos contra otros, despiadadamente, las armas de que pueden disponer.

Según ellos, cada rama del bosque, cada piedra del camino, abriga seres que conspiran contra la vida del vecino. Y esas batallas, épicas y minúsculas, constituyen la vida de la Naturaleza, porque del conflicto de todos esos seres resulta la supervivencia de los más fuertes, *de los que están mejor preparados para la lucha.* Los débiles perecen; los fuertes triunfan para el progreso y el perfeccionamiento de la raza.

Y detrás de Clausewitz, ha seguido la lista interminable de los Von der Goltz, los Von Treitschke, Von Delbrück, Von Bernhardi, Von Bülow, Von Bethmann-Hollweg, con el Kaiser y el Kronprinz á la cabeza; todos los cuales, seguidos á su

vez en una desenfrenada locura de engrandecimiento por todos los intelectuales del país, tienden á una sola finalidad. Entrelazados, como formando los hilos de una poderosa red inmensa, mientras Clausewitz sostiene la teoría del *más fuerte* como ley biológica de la humanidad, Woltmann, jefe de la escuela antropológica, descubre el axioma de que "el alemán es el tipo superior del género *homo sapiens,* tanto desde el punto de vista físico como desde el intelectual;" mientras los institutores enseñan en las escuelas públicas que Alemania es el país más grande de la tierra, Treitschke afirma que pensar en la paz es desterrar el heroísmo del corazón del hombre, y der Goltz, que para que el padre Patria permanezca victorioso no debe dejarse decaer el varonil coraje, ni arraigar el amor á la paz; mientras Jagetzow y el mismo socialista Bebel esperan vivir bastante para ver los regimientos de soldados y de obreros alemanes acantonados desde el Bósforo hasta Calais, el Kaiser, en 1897, dice: "Cuan-

do yo haya dominado á los otros, de la Inglaterra no haré más que un bocado," y en 1903 agrega: "Ladislao IV ha tomado Moscow en 1612, y no ha podido mantenerse allí; Carlos XII lo ha rodeado en 1709, sin podérsele acercar; Napoleón lo tomó en 1812, y debió abandonarlo. Pero yo, con vuestro concurso, mis bravos guerreros, *lo tomaré en 1912, y nadie en el mundo se atreverá á quitármelo.*" Y entusiasmado por sus propias palabras, después de alzar la copa y beber por la salud del ejército, de su ejército, rompe en mil pedazos la copa, y exclama: "¡Así romperé yo á la Rusia!. . ." (Cita de A. Barré "*La Menace Allemande.*")

Con todo lo cual, nadie puede extrañarse del desprecio con que los grandes hombres de Alemania ven el *principio de las nacionalidades,* por virtud del cual se supone que toda nación bien caracterizada tiene derecho á su existencia y á su libertad, de manera tal, que ni la grandeza del territorio, ni la pujanza, ni las condiciones geográficas, políticas ó económicas, pue-

den establecer entre los pueblos ninguna jerarquía.

***

Las diversas teorías propagadas en favor de la guerra por los que han pretendido defenderla en todos los países, han sido agrupadas sistemáticamente, para combatirlas de manera brillante y habilidosa, aunque no siempre con fortuna, por el profesor Charles Richet, catedrático de la Universidad de París.

Siguiendo, en parte, las agrupaciones por él hechas, nos encontramos con que unas pertenecen al grupo de las que se apoyan en razonamientos de carácter biológico, otras se apoyan en la metafísica, otras se fundamentan en la historia, las más en argumentos de índole moral, y no pocas en propósitos patrióticos y oportunistas.

***

Los razonamientos de carácter biológico son los que se basan en el principio

darwinista de la lucha por la existencia (*the struggle for life*), que trae por consecuencia, como hemos dicho anteriormente, la supervivencia de los más fuertes, de los mejor preparados. Esta tesis donde ha encontrado más mantenedores ha sido en Alemania.

El deseo de la paz, ha dicho Treitschke, ha convertido en anémicas las naciones más civilizadas, haciendo decaer su espíritu y su valor político; y agrega que han sido siempre las edades cansadas y exhaustas las que han soñado con la paz perpetua.

La aspiración á la paz universal, dice Bernhardi, es antagónica con las leyes universales que rigen la vida, porque la guerra es un elemento regulador de la existencia de la humanidad, de la que no puede prescindirse, so pena de un raquítico desarrollo que excluye todo adelanto de raza, y, por consiguiente, todo ideal de civilización.

En la existencia, dice Goethe, todo se reduce á suplantar ó ser suplantado, y

fuera de duda está que el más fuerte suplanta al débil. A. W. Von Schlegel sostiene que la guerra es tan necesaria á la humanidad como á la Naturaleza la lucha de sus elementos.

Este mismo pensamiento lo expone Claus Wagner diciendo que la ley de la lucha es la ley natural á que pueden reducirse todas las demás de la Naturaleza, y desarrolla así su punto de vista: toda la propiedad intrasocial, todos los pensamientos, las invenciones, las instituciones, y el sistema social mismo, son el resultado de la *lucha intrasocial,* en la cual *unos sobreviven* y *otros perecen.* La *lucha extrasocial* ó supersocial que guía el desarrollo externo de las sociedades, de las naciones y de las razas, *es la guerra.* En el desarrollo externo, la lucha es la guerra sangrienta.

Y Wagner, después de un profundo meditar, al preguntarse en qué consiste el poder creador de esa lucha, se contesta victorioso, ufano de la conclusión: ¡en la derrota de un factor y en la victoria de

otro!, porque la lucha crea, *desde el momento que elimina.*

La idea resulta más claramente expuesta por Bernhardi, al expresarse de esta guisa: "La nación se forma con los individuos, el estado con las comunidades de individuos. El motivo que impulsa á los hombres es el que domina en la comunidad; por eso, mientras haya hombres con sentimientos y aspiraciones, mientras haya naciones ansiosas de una mayor esfera de actividad, el conflicto de los intereses encontrados puede ser motivo de guerra."

* * *

Entre los que se apoyan en la metafísica, se encuentran, en primer lugar, los alemanes Hegel y Lasson, y después el profesor sardo de Maistre, y los publicistas franceses Paul Bourget y Proudhon.

Hegel sostiene que la guerra consagra el triunfo *del mejor,* y que al surgir un conflicto entre dos pueblos, el más civili-

zado, el más valiente y el mejor preparado, sale siempre vencedor.

Esta teoría, desenvuelta confusamente, se parece á la de los darwinistas, aunque, en definitiva, como dice Richet, equivale á afirmar que "aquel que es el más fuerte, es el más fuerte."

Lasson se ha dedicado con empeño, al decir de F. de Martens, á la tarea de demostrar que por su esencia las relaciones internacionales no pueden someterse á ninguna ley, y que la guerra continua, implacable é ilimitada, constituye el estado normal de aquéllas, *siendo un baño de salud para todos los pueblos, y para los pueblos que envejecen un baño de juventud.*

Paul Bourget, encariñado con la idea, dice que la prueba de que la guerra es de origen divino está en que hace surgir del alma humana dos de sus sentimientos más nobles, que son *el heroísmo* en los que van á batirse y *la caridad* en los que se quedan.

El conde de Maistre, célebre pensador

sardo, en las *Veladas de San Petersburgo,* se expresa en la forma siguiente:

"El hombre, dada su razón, no encuentra medio de explicar cómo la guerra es posible humanamente... Porque *la guerra es divina*... Y es divina por sus consecuencias; porque, ¿quién podría dudar de que la muerte, cuando se encuentra en los combates, no procura grandes privilegios?... La guerra es divina por la gloria misteriosa que la rodea y los atractivos no menos inexplicables que á ella nos llevan...

"La guerra es divina por la protección concedida á los grandes capitanes, hasta á los más atrevidos, que raramente caen en los combates, y aun esto cuando han cumplido su misión. La guerra es divina por la manera como se declara... en el momento preciso, traído por los hombres y prescrito por la justicia: Dios se adelanta para vengarse de las iniquidades que los habitantes del mundo han cometido contra él.

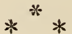
"La guerra es divina por sus resultados,

que de modo absoluto no tienen nada que ver con las especulaciones de la razón humana. La guerra es divina por la indispensable fuerza que determina sus éxitos. Nada en este mundo depende más inmediatamente de Dios que la guerra, y á El le gusta llamarse el Dios de las batallas: es, pues, con muchísima razón que las naciones cristianas han convenido tácitamente, cuando la fortuna ha acompañado á sus ejércitos, manifestar su reconocimiento al Dios de los ejércitos cantando un *Te Deum*..."

Proudhon, en su obra "*La guerre et la paix*," ingeniosa y notable por la fuerza de la lógica en el desenvolvimiento de tesis que parten de una base falsa, como es la de que al lado de la fuerza se encuentran siempre el derecho, la verdad y la justicia, con lo que cae en el círculo vicioso de Hegel, dice, poco más ó menos:

"Por la guerra el hombre, apenas salido del barro que le sirve de materia, hace gala de su majestad y de valentía. Y so-

bre el cuerpo de un enemigo caído, sueña por vez primera en la gloria y en la inmortalidad. Los lobos y los leones no se declaran la guerra entre ellos, y tiempo hace que con esta observación se hace una sátira contra nuestra especie. ¿Cómo no se ve, por el contrario, que ése es un signo de nuestra grandeza? Si la Naturaleza hubiese hecho del hombre un ser industrioso y sociable, y nada guerrero, el hombre hubiera caído, desde el primer día, al mismo nivel de los brutos."



Las doctrinas fundadas en la razón histórica son las que, estudiando el desenvolvimiento de la humanidad, sacan de ese estudio la conclusión de que la guerra ha sido en todo tiempo un poderoso instrumento de progreso, porque nada grande ni justo ha podido realizarse en la tierra sin el auxilio de la guerra.

Son las virtudes militares de los gran-

des guerreros las que han creado la civilización, dice Anatole France.

"Un día, agrega, guerreros armados de lanzas de sílice se atrincheraron, con sus mujeres y sus ganados, detrás de un círculo de piedras en bruto: he ahí la primera ciudad fortificada. Estos guerreros bienhechores fundaron así la patria y el estado. Afirmaron la seguridad política; suscitaron las artes y las industrias de la paz, que era imposible ejercer antes de ellos. Hicieron nacer poco á poco los grandes sentimientos sobre los cuales el estado reposa hoy; porque con la ciudad fortificada fundaron el espíritu de orden, de devoción y de sacrificio, de obediencia á las leyes y de confraternidad entre los ciudadanos."

El barón de Stengel, delegado á las Conferencias de la Paz de La Haya, después de haber proclamado que la guerra era la causa principal del desarrollo de las ciencias, como la física y la química, y especialmente de la cirugía, proclamó también que "la guerra es para las sociedades lo

que una tempestad para la Naturaleza: purifica el aire."

* * *

Las argumentaciones más poderosas presentadas por los militaristas son las que pueden considerarse como de carácter moral. Y no sólo son las más poderosas, sino que son, al propio tiempo, las más numerosas y las que aparecen apoyadas por mayor número de intelectuales.

Esas doctrinas *moralistas* de la guerra tienen por objeto demostrar que la guerra es una escuela de valor, de esfuerzo, de abnegación, de disciplina, de desprecio por el dolor y la vida.

El día que los hombres de un país no se hallen dispuestos á sacrificar su vida y su fortuna por la idea de la patria, el día que no piensen sino en sus mezquinas preocupaciones de familia, ó en sus apuros materiales, ese día señalará el advenimiento de una corrupción universal, y la podredumbre triunfará sin resistencia.

La certeza de la paz ocasionará la do-

minación de los sentimientos bajos y viles; y si se suprime la idea de que la patria se debe defender, no quedarán en la tierra más que egoístas. Bueno es que en nuestra civilización, refinada hasta la degradación, vivan algunos hombres desinteresados y puros, teniendo otras esperanzas que las de una existencia ociosa ó un lujo malsano, ó una ganancia progresiva, y estén siempre dispuestos á consagrar todo su ser al servicio de una idea tan elevada como la de la patria.

Y alrededor de estas ideas, son innumerables los hombres notables que hacen frases primorosas para defenderlas. La guerra, decía Federico el Grande, abre los más fructíferos campos á todas las virtudes, porque á cada momento tiene en ella oportunidad de manifestarse la constancia, la piedad, la magnanimidad, el heroísmo y la grandeza de alma.

Treitschke, tantas veces citado, dice que la guerra es ennoblecedora, no sólo porque permite á las grandes personalidades ocupar sus verdaderos puestos, sino por-

que cuando la patria está en peligro, el individuo desaparece para no pensar más que en la comunidad, de la cual se considera tan sólo como un simple miembro. Y como este sentimiento conduce al heroísmo, *sería una verdadera crueldad hacer desaparecer este sentimiento del corazón del hombre.*

Anatole France teme que al desaparecer la horrible potencia creadora de la guerra no se lleve consigo las virtudes que hace nacer, sobre las cuales descansa todo nuestro edificio social. Suprimidas las virtudes militares, la sociedad se hunde sin remedio. Y si la sociedad pudiese reconstruirse sobre bases nuevas, dice, "sería pagar demasiado cara la paz universal si hubiera de adquirirse al precio de los sentimientos de valor, de honor y de sacrificio que la guerra entretiene en el corazón de los hombres."

Moltke ha dicho que la guerra es santa, porque mantiene en los hombres todos los sentimientos grandes y nobles, como el honor, el desinterés, la virtud, el valor,

impidiéndoles que caigan en odioso materialismo.

El hombre está construído de tal modo, dice M. Millet, que no hace cosas grandes como no sea á condición de jugarse la vida. Desde el momento que se prefiere a sí mismo, á su idea ó á su sueño, empieza á decaer.

¿Qué agricultura, qué comercio, qué genio de invención puede reemplazar á esas crisis violentas y á veces saludables en las que los corazones laten al unísono, en las que las almas vibran á la voz de un jefe, en las que las voluntades humanas, llevadas á su máximo de tensión, derriban todos los obstáculos, se lanzan hacia lo desconocido, hacen retroceder los límites de lo posible, empeñan un duelo á muerte contra la fuerza de inercia y acaban por arrancar del bloque informe de la pobre humanidad la radiante figura del dios Nación? "Si por un imposible el mundo llegase á pacificarse por completo, ¿no caería en monotonía desoladora y en irremediable monotonía?"

En 1872, á raíz de la guerra franco-prusiana, Renán ha escrito:

"La guerra es una de las condiciones del progreso; es el latigazo que no permite que un país se duerma, forzando á la medianía satisfecha á que salga de su apatía. Si la tontería, la negligencia, la pereza, la imprevisión de los estados *no tuviese por consecuencia hacer que les pegasen,* es difícil decir hasta qué grado de bajeza podría llegar la especie humana. El día en que la humanidad llegase á ser un gran imperio romano pacífico y sin enemigos exteriores, sería el día en que la moralidad y la inteligencia correrían los mayores peligros."

M. F. Brunetiére expresa también las mismas ideas de manera brillante, y dice: "Lo que se encuentra en el fondo de todas estas declamaciones (las de los partidarios de la paz), bañadas con lágrimas de ternura, es la convicción profunda de que la muerte es el mayor mal de los males, puesto que la vida es el primero de los bienes. Mas, para honor de la humanidad,

ni uno ni otro extremo son ciertos. No, en verdad, la vida no es el primero de los bienes." Y combatiendo á los que acusan á los militaristas, dice: "Su gran crimen, según los pacifistas, consistiría en haber unido las ideas de grandeza y de gloria, de valor y de heroísmo, de sacrificio y de virtud, de dominio é imperio de sí mismos, de generosidad, de abnegación, de desprecio del dolor y de la vida, á lo que, llamado por su verdadero nombre, no sería más que instinto de saqueo y homicidio;" concluyendo por afirmar que "el amor á la patria y á la gloria militar engendra el desprecio al dinero, el respeto á sí mismo y la religión del honor."

Sería inacabable la relación de las opiniones expuestas sobre la guerra por muchos grandes hombres, entre las que figuran las de Bacon, de Humboldt, de De Bonald, de Emile Ollivier, de Paul Bourget, de Le Bon, de Shering, á cual más interesante.

* * *

Los que se fundamentan en razones pa-

trióticas sostienen que los amigos de la paz son enemigos de la patria, porque proclamando ideas de paz en un medio guerrero, se expone á aquélla á que se le sorprenda inerme el día que más cuadre á otro pueblo fuerte, preparado para la lucha; que la patria no se concibe sin un ejército fuerte que la sostenga; que la paz universal sería el triunfo del internacionalismo y el fin de las naciones; que las patrias son el producto de la guerra, y que no se debe falsear ese pasado glorioso; por todo lo cual, es preciso perpetuar el recuerdo de las nobles tradiciones guerreras y militares, sin las cuales la patria no puede sobrevivir.

En esta manera de ver, pueden comprenderse al mismo tiempo á los *oportunistas,* que son, á mi juicio, como trataré de exponer más adelante, los que más firmemente en lo cierto se encuentran.



La mayor parte de las teorías milita-

ristas, tal como han sido expuestas por sus infinitos defensores, y de las que anteriormente no he hecho otra cosa que dar una idea, serían, con poquísimo esfuerzo, rebatibles con facilidad y con fortuna; pero aquí no se trata de eso.

Al reseñarlas, he querido llamar la atención hacia el estado de ánimo de los echadores de leña al fuego, para que puedan comprenderse mejor los extraordinarios esfuerzos que han tenido que realizar los que han pretendido impedir, á toda costa, que comenzara á arder.

La necesidad de la guerra, hasta su conveniencia, puede comprenderse sin exageraciones, sin recurrir á la ciencia, sin acudir á la metafísica, sin enredarse en disquisiciones confusas. Si la nación es el conjunto de individuos de una misma raza que tienen identidad de costumbres, de religión, de lenguaje, de aspiraciones; si el Estado es la nación organizada políticamente con carácter independiente, el motivo que influye y predomina en cada miembro del Estado, se manifiesta, tiene

que manifestarse, en el Estado mismo. Y si lo que domina en la mayoría de los individuos, de los miembros de un Estado, es el afán *de prosperar, de dominar,* es natural que ese sentimiento sea también el primero que se manifieste en el Estado en sus relaciones con los demás.

Ahora bien, cuando un hombre quiere quitarnos nuestro patrimonio, despojarnos de nuestra libertad, o trata de hacer caer la deshonra y el descrédito sobre nuestro nombre por medio de infames calumnias, podemos dirigirnos á los tribunales de justicia de nuestro país, ó del país en que estemos residiendo, confiados en nuestro derecho, para pedirles protección y ayuda. Y la justicia que reclamamos impide, castigando al usurpador y procaz calumniador, que nuestro honor sea mancillado, y pone nuestra libertad y nuestros bienes bajo su salvaguardia.

Gracias á la justicia, podemos conservar intactos nuestros bienes materiales y morales, disfrutándolos con toda seguri-

dad, porque detrás de la justicia está la fuerza pública que impone sus decisiones.

Pero si un pueblo cualquiera del universo, porque así conviene á sus ideales, á sus aspiraciones nacionales, á su orgullo, *á su afán de prosperar, de dominar,* ó á la seguridad de su existencia *en la lucha por la vida,* quiere apoderarse de una provincia de nuestra patria, si ofende el honor nacional, si no nos deja gozar en paz de nuestras leyes y de nuestras libertades, si ataca nuestro derecho á la vida, si ataca nuestra independencia, en suma, ¿cuál será el juez que nos haga justicia contra la insolencia y la avaricia de ese pueblo rapaz?

Es entonces cuando la guerra estará, más que justificada, consagrada en la conciencia de todos los hombres de bien; es entonces cuando resulta criminal no hacerla.

* * *

Contra la guerra se había combatido mucho y con gran tesón durante los últi-

mos años, en libros, revistas, conferencias, periódicos, etc., alentado en muchos espíritus generosos el deseo y la esperanza de la paz universal. Al igual que ha sucedido con los libros y publicaciones *militaristas,* con lo que se ha escrito en sentido *pacifista* podría formarse una hermosa biblioteca.

Según expone Richet, uno de los que más brillantemente han escrito en contra de la guerra, Cobden, Henry Richard y Gladstone hace más de cincuenta años que eran enérgicamente pacifistas.

Gladstone, en diferentes ocasiones, siendo jefe de gabinete, no vaciló en preferir transacciones á una guerra, porque era, tal vez, entre los hombres de estado, el único que no admitía la conquista de un pueblo, para convertirlo en esclavo de otro que se hacía su tirano.

Henry Richard, fundador é inspirador de la sociedad de paz más antigua, se atrevió, sin que temiese á los sarcasmos, en una época en que para decirlo se ne-

cesitaba verdadero valor, á sostener que la paz era buena y necesaria.

Y termina por afirmar que Cobden, John Bright, Richard y Gladstone, fueron durante muchos años los únicos pacifistas del mundo, y que á Inglaterra corresponderá siempre el honor de haber sostenido, por mediación de algunos de sus oradores y hombres de estado, la causa de la paz.

Y cita una larga lista de pacifistas notables de todos los países:

Fredéric Passy, orador potente, sabio economista, escritor ingenioso y profundo, poeta delicado, á quien se presenta como uno de los hombres que más han contribuído á hacer triunfar la idea de que la paz es un bien y que la guerra es una desgracia y una necedad.

Elie Ducommun, secretario del gabinete internacional de la paz de Berna, que hizo poderosa la institución gracias á su actividad é inteligencia.

Randal Cremer, diputado inglés, fundador, con Fréderic Passy y Jules Simón,

de la Conferencia Interparlamentaria de la paz.

Bertha de Sütner, alma de todo el movimiento pacífico de Alemania durante treinta años.

Monetta, orador excelente, escritor fecundo, polemista habilidoso, que guía el partido de la paz en Italia.

Novikoff, en Rusia, al lado de Tolstoi; Estournelles de Constant y Gastón Moch en Francia: Trueblood y Mrs. Belva Lockwood en los Estados Unidos; el conde Apponyi en Hungría; Magalhaes Lima en Portugal.

El mantenimiento de la paz universal era la carga más formidable que se colocaba sobre la conciencia y el pensamiento de muchos hombres de estado. Y la aspiración constante por lograrla se traducía en Ligas, Conferencias y Congresos de Paz, al propio tiempo que la prensa mundial abría francamente sus columnas a la discusión, á medida que los armamentos aumentaban.

La corriente en la dirección de la paz,

como resultado de la labor de todos los hombres que á ella dedicaron sus energías, fué tan fuerte; fué tan intensa la propaganda antimilitarista, que hasta la propia Alemania, que era la que por medio de todos sus hombres de saber proclamaba con más tesón y ahinco la *teoría del más fuerte y la necesidad de la expansión como medio de vida;* que era la que durante larguísimos años, en el pensar de la Europa consternada, se había dedicado á inyectar esa teoría en todos y cada uno de sus ciudadanos; que enseñaba esas ideas como elementales á todos los niños en las escuelas públicas; hasta la propia Alemania, repito, se vió obligada á declarar públicamente, para acallar las aspiraciones de las masas, que empezaban á conmoverse, *que la necesidad de mantener* la paz por todos los medios *era la real aspiración de su política.*

Tal vez por estas declaraciones no pocos han llegado á pensar y hasta á sostener que el Kaiser era el principal sostenedor de la paz mundial.

Mientras la propaganda se hacía, cada vez que estallaba una nueva guerra, como sucedió con la rusojaponesa, con la italoturca, con la primera y segunda de los Balkanes, al paso que los contendientes acumulaban culpas sobre el contrario para ganar simpatías, los neutros, sin dejar de apresurar sus preparativos de guerra, hacían esfuerzos, parte en realidad y parte en apariencia, por extinguir el conflicto.

Para remediar los grandes males de la guerra, y como condensación de las teorías pacifistas, se prepararon y organizaron los Congresos de la Paz de La Haya, *al objeto de llevar la opinión pública de los diversos países á reconocer la necesidad de una moral internacional, á afirmar que la conciencia no se detiene en las fronteras, á declarar, de común acuerdo, que hay entre las relaciones de los pueblos el bien y el mal, lo justo y lo injusto.*

Los principios de esta moral los formula así el Congreso de 1891:

"Las relaciones entre las naciones están

regidas por los mismos principios de derecho que las relaciones entre los individuos. Las naciones tienen el derecho innegable é imprescriptible de disponer de ellas libremente. No pudiendo nadie hacerse justicia por sí mismo, ninguna nación puede declarar la guerra á otra. Toda diferencia entre las naciones será regulada por la vía jurídica."

Y como consecuencia de ello, promulgación de un Código internacional y creación de un tribunal encargado de aplicarlo cuantas veces surgiera entre las naciones un conflicto capaz de conducir á la guerra.

A ese pensamiento respondió la Primera Conferencia de La Haya en 1899, cuya iniciativa corresponde al Emperador de Rusia; pero esa conferencia no condujo sino á la formación de un *Tribunal de Arbitraje* facultativo, *al que podían ir ó no las naciones, según sus conveniencias.*

La Segunda Conferencia hizo más: sin llegar á organizar el arbitraje obligatorio, había logrado proclamar el principio,

lo que sin duda constituía un gran progreso; pero al fin, como quiera que al arbitraje iban las naciones *si querían,* y aun yendo, sus decisiones no podían ser apoyadas por ninguna *fuerza coercitiva,* tampoco se adelantó gran cosa.

Esta Segunda Conferencia encontró gran eco en los Estados Unidos. A tal extremo, que Mr. Elihu Root, Secretario de Estado á la sazón en aquel país, llegó á declarar que las decisiones del Tribunal de Justicia Internacional establecido en La Haya, podían tener el carácter de concluyentes y definitivas para las partes interesadas, porque tenían tras sí todo el apoyo y la fuerza de la opinión universal.

Y los pacifistas como Root continúan impertérritos, á pesar de las enseñanzas de los tiempos, confiando en la razón del derecho.

Precisamente ahora acaba de presentar su renuncia como Secretario de Estado del propio Gobierno de los Estados Unidos, Mr. William Jenning Bryan, el más extraordinario orador de toda la Améri-

ca y quizá el más conceptuoso y elocuente del universo, para mostrar su consecuencia con sus principios, y explica así su punto de vista:

"De las múltiples influencias que utilizan los gobiernos en sus relaciones mutuas, hay dos que son preeminentes y antagónicas: la fuerza y la persuasión. La primera habla con firmeza por medio de *ultimátums;* la segunda emplea argumentos y espera las negociaciones. La fuerza representa el sistema antiguo; la persuasión representa el sistema nuevo, el que ha estado creciendo, con demasiada lentitud, es cierto, desde hace diez y nueve siglos. Para el método antiguo, la guerra es la piedra angular; la guerra, que cuando es mejor no vale más que cuando es peor; el nuevo sistema ve la perspectiva de una hermandad universal establecida por medio de la fuerza elevadora del ejemplo."

Los tribunales arbitrales, claro está, constituyen un hermoso ideal, no sólo desde el punto de vista del derecho internacional, sino desde el de la concepción

humana en toda su grandeza; pero hasta ahora no han podido reglar jamás asuntos de capital importancia, porque las cuestiones que afectan hondamente á la vida ó al honor nacional, ó las que sirven de pretexto al que se considera fuerte para intentar el logro de sus aspiraciones, no han ido ni irán á someterse al laudo de tales tribunales.

Lo único que habían logrado las Conferencias de Paz fué el establecimiento de ciertos principios tendientes á hacer menos horrible la guerra, siempre probable entre las naciones, determinando la adopción de ciertas reglas de conducta para humanizar los procedimientos guerreros...



Ahora bien, preciso es declarar que los pacifistas han sufrido una espantosa derrota. Hay que confesar paladinamente que las ilusiones que habían hecho concebir los adelantos alcanzados por Ligas y Conferencias, en la forma que queda ex-

puesta, han volado, se han desvanecido al sopio de la codicia, de la vanidad y del orgullo.

Y se han desvanecido, no sólo porque la guerra más descomunal que ha conocido la humanidad azota al universo para demostrar que no hay arbitraje ni razón posible cuando el interés de los más fuertes se opone, sino porque esa misma guerra, en la que figuran como principales combatientes los pueblos que en primera línea tomaron participación en esas Conferencias, ha venido á demostrar que tampoco es posible el acuerdo en cuanto á medios utilizables en el terreno de la contienda.

Los firmantes de los acuerdos de La Haya han sido los primeros en desconocer los principios establecidos para la humanización de las hostilidades, "porque han llenado la atmósfera—para emplear las mismas palabras del pacifista Bryan—de rayos más mortíferos que los de Júpiter, y han multiplicado los peligros de los abismos. Agregando nuevo combustible á la

llama del odio, han ideado cada día nuevos horrores, hasta que se ve una parte intentando ahogar á los no combatientes, hombres, mujeres y niños, en el mar, mientras que las otras intentan matar de hambre á los no combatientes, hombres, mujeres y niños, también, en la tierra...”

“Y tanto los absorbe la preocupación de las represalias alternas y su competencia de crueldades, que parecen, ahora, ciegos ante los derechos de los neutrales y sordos á las súplicas de la humanidad.”

Se han desvanecido las esperanzas de los arreglos pacíficos, porque cuando ya parecía que iba arraigándose el *principio de las nacionalidades,* por virtud del cual se considera que pueden vivir libre y pacíficamente pueblos pequeños é industriosos dentro de la órbita de acción de otros poderosos sin temor á ser absorbidos ó dominados, cuando se pensaba que el horrendo fragor de la batalla que se vislumbraba en el horizonte europeo había semiespantado á los militaristas que durante medio siglo la habían estado preparando,

hemos dado un salto atrás que parece de siglos...

El Austria, porque aspiraba á dominar el mar Adriático mirando hacia el Egeo, no ha tenido escrúpulo en jugar incesantemente con la paz de Europa.

Según las declaraciones que al principio de este año de 1915 hizo en Roma M. Giolitti, Presidente del Gabinete italiano que tumbó M. Salandra, y las que hizo en Bucarest M. Take Jonesco, Presidente del Consejo de Ministros de Rumania, durante los meses de mayo y agosto de 1913, el *Austria anunció oficialmente dos veces su deseo de atacar á Serbia;* la primera vez, para apoyar las ambiciones desmedidas de Bulgaria, y la segunda para vengar el duro castigo que aquellas ambiciones habían alcanzado.

De todos modos, en uno y en otro caso, aprovechándose de las circunstancias excepcionalmente desfavorables de su pequeño y heroico vecino, y so pretexto de ayudar á otra nación amiga, lo que anhelaba era impedir que Serbia pusiese ma-

no sobre la Albania, que la doble Monarquía anhelaba para sí, y que se fortificase más tarde para disputarle la Bosnia y la Herzegovina.

Y M. Take Jonesco agrega más: dice que *en abril de 1914,* es decir, *dos meses antes del suceso de Sarajevo*—que le dió en definitiva el pretexto—, el Austria había lanzado en Bucarest, muy seria y oficialmente, *la idea de una guerra preventiva contra Serbia,* una vez que la vió triunfante en su lucha contra Bulgaria, por temor á que, vigorizada materialmente con sus nuevos territorios, realzada sobre los pedestales de la gloria inmarcesible ganada en los campos de batalla luchando contra enemigos superiores, se le convirtiese en un vecino imposible de avasallar.

A pesar de que Serbia era un pigmeo al lado del Austria, aunque aquélla tenía aún abiertas los heridas que recibiera en dos guerras consecutivas por demás sangrientas, y de que tenía su hacienda en completa bancarrota, *no tuvo el Austria es-*

crúpulos en proponer una invasión de su territorio, para impedir que se levantara é hiciera imposible la presa de Albania.

Procedimiento alemán, al fin, similar al que pretendió poner en práctica Bismarck en el año de 1875 contra Francia, poco después de la guerra francoprusiana, celoso del rápido levantamiento de la nación que creyó aplastada por muchos años.

Fracasaron las teorías pacifistas, porque el convencimiento de *la razón del más fuerte,* el retroceso á los tiempos primitivos, el olvido de las conquistas silenciosas del derecho, es el que ha impelido á Alemania á lanzar sus huestes compactas al través del minúsculo ducado de Luxemburgo, sin parar mientes en las protestas de la bella princesa soberana, que tuvo que conformarse con cruzar sobre el puente fronterizo en el automóvil en que, regiamente, pasea su deslumbradora hermosura por los lugares pintorescos de su diminuto dominio.

Es la ley del más fuerte la que hizo de-

cir á Alemania, por boca de su Ministro de Relaciones Exteriores, Von Jagow, que el tratado que garantizaba la neutralidad de Bélgica no era otra cosa que un *chiffon de papier,* un pedazo de papel estrujado y sin ningún valor; es la seguridad de su fuerza brutal, de que el castigo no llegará, ó que llegará tarde y mal, la que ha impulsado á sus ejércitos, salvajemente civilizados, á arrasar pueblos enteros, universidades y bibliotecas, catedrales y templos, talleres y fundiciones, plazas y mercados del pequeño reino, laborioso y noble, que paga ahora, sufriendo la pesada bota del conquistador brutal, el delito inmenso de haber confiado demasiado en los progresos de las Conferencias pacifistas, y en la virtualidad de la fuerza del derecho y de la razón.

***

Si la guerra la encontramos á cada vuelta de hoja en el libro de la historia humana al través de los siglos; si estalla

una y otra vez, marchando de país en país, cliqueteando sus armas, mostrando su poder destructor, desde las épocas más remotas hasta el presente; si los espíritus más distinguidos de la humanidad no han podido encontrar los medios de abolir por completo la guerra, para que triunfen los principios de la justicia y de la verdad; si la guerra es un hecho que no pueden impedir ni la honradez de principios, ni la laboriosidad, ni el amor al trabajo de los naturales de un pueblo y de sus gobernantes; si no pueden impedirla las más solemnes declaraciones de su derecho á la existencia consignadas en tratados internacionales, hechas por quienes después, por la razón de la fuerza, pueden desconocerlas, cuando un pueblo gira dentro de la órbita de acción de otro pueblo más grande y más fuerte, es preciso pensar que la guerra es un hecho constante, una cosa fatal en la historia de la humanidad, *que es preciso afrontar con todas sus consecuencias.*

Mr. Bryan ha dicho que "algún día las

naciones podrán depositar toda su confianza en el amor, el arma para la que no hay corazas; en el amor, que sufrió mucho y es amable; en el amor, que lo soporta todo, que lo cree todo, que lo espera todo; en el amor, que aunque parece despreciado por los adoradores de Marte, vive cuando todo lo demás perece..."

Pero *como ese día no ha llegado todavía,* como parece que ahora se ha alejado indefinidamente, tenemos que conformarnos á la idea de que no seremos nosotros los llamados á ver cómo florece la era en que todos los pueblos, unidos por un idéntico sentimiento de confraternidad, no formando más que un solo pueblo, cesen de desgarrarse y terminen por darse las manos al través de las fronteras.

La guerra tiene su origen en las pasiones humanas, y éstas, desgraciadamente, son eternas. Mientras haya hombres sobre la tierra, la guerra será posible, si no inevitable. Y como puede estallar bajo nuestras plantas como una mina subterránea en cualquier momento de nuestra

vida nacional, *nuestro deber como militares es el de prepararnos para ella con el mayor esmero posible,* para hacerla en las condiciones más favorables.

El ataque no lo reciben siempre sino los débiles. Por eso hay que tener presente el aforismo *si vis pacem para bellum.*

No es posible olvidar que cuando la guerra se nos impone, es preciso hacerla con honor, porque hay casos en que es preferible no rehusarla, aun con el convencimiento de la derrota, como hizo Federico el Grande, rehusando echarse á los pies de la marquesa de Pompadour después de la batalla Kolin; como volvió á hacerlo después de la batalla de Kunersdorf, alegando que prefería morir con la espada sobre el campo de batalla, antes que firmar un tratado de paz degradante; como lo hizo Serbia aprestándose á la defensa contra el Austria; como lo ha hecho Bélgica, dando á la humanidad uno de los más esplendorosos ejemplos de heroísmo y de orgullo nacional.

Y como nuestra misión es la de cons-

tituir la defensa de la nación, recordemos las palabras que el ex Presidente de los Estados Unidos Teodoro Roosevelt dirigió al Congreso de su país en diciembre de 1906:

"Debe conservarse en la mente—decia—que la guerra no es sencillamente justificable, sino imperativa, lo mismo para los hombres honorables que para las honorables naciones, cuando la paz se obtiene tan sólo á costa del sacrificio del bienestar y de la dignidad nacional. Una guerra justa es infinitamente mejor para el alma de una nación que la más próspera paz obtenida á costa de la justicia... Debe recordarse que aun la derrota en la guerra puede ser mejor que no haber peleado en absoluto..."

Es preciso, pues, que nos preparemos para la guerra. No para buscar sobre los campos de batalla conquistas estériles y una gloria inhumana, que nuestra situación especial de pueblo pequeño y aislado borra, afortunadamente, de lo posible; no para cabalgar, sobre el potro cerril de la

injusticia, al través de territorios ajenos, que tal papel no puede correspondernos; sino para que el día que nuestros clarines guerreros, en la montaña y en el llano, en la ciudad y en la aldea, llamen al corazón y á la dignidad de los cubanos, podamos garantizar, con decisión inquebrantable, el honor y la independencia de la Patria.

IV

EL EJERCITO.

Anteriormente he procurado demostrar cómo la guerra es un hecho constante en la historia humana, cómo el fenómeno se repite de continuo, sin que hasta ahora los hombres hayan encontrado el medio de hacerla desaparecer.

He expuesto cómo, á pesar de lo que se consideraban conquistas silenciosas y pacíficas del derecho y de la razón, *la vida de los pueblos pequeños está á la merced de los pueblos grandes y poderosos*, no bastando ya ni siquiera la firma de tratados solemnes, por los cuales se garantice su independencia ó su neutralidad; y que, como consecuencia, se ven obligados á renunciar á la vida pacífica, cuando más la

anhelan, los que tienen la desgracia de encontrarse al paso de los más fuertes, bien constituyendo su medio ó bien formando el plato apetitoso de sus aspiraciones.

Y dejé sentado que si la guerra es un hecho constante, inevitable, que puede producirse á nuestro lado á cada momento, nuestro deber como militares es el de prepararnos para ella lo mejor posible, no para buscar aventuras quijotescas, ni para salirnos de la órbita que la Naturaleza quiso fijar á nuestro destino; *sino para hacer más difícil el ataque ajeno,* cuando ni se busca, ni se desea, ni se provoca; *para alejar,* en cuanto fuere dable, la posibilidad de que, creyéndonos inermes, ó absolutamente indefensos, se nos atropelle; y para que el día que esto resulte inevitable, podamos estar á la altura que la dignidad y el decoro nacional demandan.

* * *

Ahora bien, la fuerza de la nación or-

ganizada, la fuerza del Estado, reside en el ejército. Sin ejército no hay defensa posible. Y al decir ejército, claro está que me refiero á los elementos todos, de mar ó tierra, que el país pueda poner á su servicio.

Es cierto que toda obra de violencia y de fuerza que no tenga en su apoyo, que no esté respaldada por la majestad de la justicia y del derecho, no puede perdurar; pero no es menos cierto que toda obra de derecho y de razón que no disponga de una fuerza suficientemente poderosa para realizarla resulta inútil y vana siempre.

Hasta ahora, ni los grandes discursos ni las palabras sonoras han podido cambiar la faz del universo; sino las voluntades traducidas en actos y en potencia. Aun las conquistas morales de la civilización se han hecho á base de ejércitos que las respalden. El mundo griego, padre de la Razón, no fué salvado de los bárbaros por las predicaciones de sus sabios, en Maratón, en Salamina y en Platea, sino por el brazo y por la bravura de los ate-

nienses y de los espartanos; y el mismo mundo griego no logró hacer entrar su civilización en el Asia y en el Africa, sino detrás de las falanges victoriosas de Alejandro el Grande.

***

El ejército tiene por misión mantener el orden interior y defender el país contra los ataques del exterior. Por consiguiente, garantiza nuestra *tranquilidad* y nuestra seguridad.

Por bien establecido que esté un gobierno, por incontestado y aceptado que sea por la gran mayoría de los ciudadanos, aunque goce de esa fuerza moral que constituye la fuerza verdad, es preciso, sin embargo, que, llegado el momento, disponga de las fuerzas materiales suficientes para imponer sus decisiones á los que rehusen aceptarlas de buen grado y mantener el orden, dominando á los agitadores.

En todos los países hay siempre indi-

viduos que se obstinan en no reconocer el gobierno que el pueblo libremente se ha dado: donde el gobierno es monárquico, agitan los republicanos; donde es republicano, se dedican á la tarea de la revuelta los realistas, ó los anarquistas, ó los socialistas.

Hay siempre gentes doquiera que no desean someterse á ninguna ley, ó que tratan de vivir sin trabajar, despojando á los que ganan penosamente la vida. Todos esos hombres, mirados desde el punto de vista del gobierno, son igualmente peligrosos, y contra ellos no podrá emplearse en último caso más que la fuerza material.

Al ejército corresponde prestar los servicios necesarios para hacer que se respete el gobierno, para imponer el buen orden y conservar la paz interior, á cuyo abrigo se desenvuelve la vida económica del país.

Para esa misión de conservar el orden, la *tranquilidad interior,* no se necesitan grandes conocimientos, ni especial preparación: en cualquier forma que se labore, con tal que sea de buena fe, se puede es-

tar á la altura de las circunstancias, ya que á la policía no le hace falta ni táctica, ni estrategia, ni educación científica para desbaratar revueltas ó tumultos de gente inerme y sin disciplina que se convierte en presa del pánico tan pronto se presenta una fuerza cualquiera uniformada. Para estos casos, basta que la fuerza no vacile ni un instante y acuda al lugar del disturbio—como ha aconsejado en su estudio sobre la guerra de guerrillas el coronel Consuegra—desde los primeros instantes, sea cual fuere el número de hombres de que se pueda disponer, para impedir que los revoltosos se organicen.

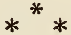
Pero la misión del ejército no puede ni debe ser ésa sola, con ser importantísima; le corresponde también la de salvoguardar el patrimonio y el honor nacional.

Si el equilibrio que por largos años se mantuvo en Europa hubiera tenido como consecuencia el triunfo de las teorías pacifistas, y ya hemos visto anteriormente cómo ese ideal se ha desvanecido ante la realidad brutal, sería torpe y disparatado

pensar en nuestra vigorización militar, infinitamente pequeños como somos, al desarmarse los poderosos; pero como ha sucedido todo lo contrario, y la guerra europea dejará un ambiente de militarismo malsano que todo lo absorberá por largos años, sería imprevisor y antipatriótico permanecer con los brazos cruzados mientras el mundo se arma más y más cada vez.

Si es vituperable pensar en militarismos cuando el universo no desea abandonar la paz, es criminal confiar en el derecho como razón, cuando es la razón de la fuerza la que impera.

Por eso es hora ya, y á ello deben tender todos nuestros esfuerzos, de que pensemos, mirando hacia *el exterior,* en nuestra *seguridad.*



Todavía debe estar fresco en la memoria de los cubanos, especialmente de los militares que ya pertenecían á las fuerzas armadas durante la lucha racista de Orien-

te, el proceso de los primeros instantes de aquella revuelta.

Alrededor de altos centros de los Estados Unidos ha girado sin cesar un núcleo de hombres, civiles y militares, ya profesionales en *asuntos insulares,* como ellos llaman—porque han acompañado á los ejércitos á Filipinas, á Puerto Rico, especialmente á Cuba—, que al lado de las autoridades militares, utilizando los omnímodos poderes de una situación de fuerza, han realizado negocios ventajosos.

Como es natural, los profesionales de tales situaciones de fuerza, los que son ya maestros en eso de buscar y encontrar quehaceres fácilmente productivos, no pierden las más insignificantes oportunidades de agitar la *prensa amarilla* que sale de los grandes rotativos, anhelando impresionar á los dichos altos centros é inclinarlos á las expediciones armadas.

Cuando estalló la revuelta aquélla, no estaban manejados los destinos de nuestro grande y poderoso vecino por hombres que pudiera decirse que estuviesen en las

mejores disposiciones respecto á nosotros. Se hablaba de público en todas partes, citando personas, relacionando hechos concretos, que no pocos hombres de influencia oficial allá estaban interesados en grandes negocios que tenían su asiento en Cuba; llegó hasta á decirse—y esto, sin saber si es ó no cierto, lo cito como rumores circulantes de entonces—que un elevado personaje aparecía como director y promotor de los que querían, desde la época de la última Intervención, hacerse millonarios á nuestra costa, figurando en grandes contratas, en agencias fabulosas, en concesiones estupendas...

Y se dió por aquella época el caso extremo de que un primer secretario de legación, Encargado de Negocios de su pais, representando á éste, exigiese á nuestro Gobierno, según el decir de casi toda la prensa cubana, el pago de una crecida deuda á una empresa particular, cuya legalidad ofrecía dudas; por lo menos, no estaba aún muy en claro á quién se debía,

desde el momento que no era una sola entidad jurídica la que la reclamaba.

La actitud violenta de aquel Encargado de Negocios, según se dijo por entonces de público en todas partes, llegó hasta el extremo de negarse, primero, á recibir del general Sanguily, que actuaba como Secretario de Estado, la cantidad reclamada, porque éste deseaba hacer constar que por el pago en tal forma quedaría Cuba liberada de todo compromiso posterior, proveniente de la reclamación que pudiera formular quien después resultase acreedor de mejor derecho; y á negarse á recibirla posteriormente, cuando no fué posible hacer que constase en acta la salvedad anterior, por medio de un cheque contra el Banco Nacional. Quería el diplomático recibir el dinero *en efectivo,* para estar completamente seguro de que no corría peligro al pasar de manos de nuestro Gobierno á las suyas...

Pues bien, si así nos trataban algunos elementos, es fácil comprender con cuánto empeño se solicitaría por unos la inter-

vención y lo abonado del terreno para disponerla.

La intervención tercera y última—porque hubiera sido definitiva esta vez—se hubiera llevado á cabo, como consecuencia del lógico desenvolvimiento de los sucesos, de la manera más injusta, si no hubiera sido el tesón, la energía y el elevado concepto que de sus cargos, de la dignidad y del patriotismo, tenían los hombres ilustres que dirigían nuestras relaciones diplomáticas y nuestras fuerzas.

Porque es preciso que aquellos de entre ustedes que no lo sepan, no lo olviden de ahora para luego, que fué la oportunidad y decisión con que nuestro Gobierno, secundado admirablemente por el ejército, se puso frente á los que ya estaban dispuestos á *venir para quedarse,* lo que impidió que se consumara aquel atentado.

A los cinco días de haber estallado el movimiento racista, es decir, el día 25 de mayo de 1912—según puede verse en el Mensaje que el Presidente Gómez dirigió al Congreso con fecha 31 de los propios

mes y año—, nuestra Cancillería recibió la comunicación siguiente:

"Legación de los Estados Unidos de América.

Habana, mayo 25 de 1912.

Excelentísimo señor:

Tengo el honor de participar á S. E. que he recibido un telegrama de mi Gobierno informándome que, como medida precautoria, se ha decidido enviar un cañonero á la Bahía de Nipe, y reunir una fuerza naval en Cayo Hueso en anticipación de posibles eventualidades. Se me ordena que participe á S. E. que en caso de que el Gobierno de S. E. no pueda ó deje de proteger las vidas y haciendas de los ciudadanos americanos, mi Gobierno, siguiendo la conducta de siempre para tales casos, desembarcará fuerzas para prestar la protección necesaria.

Mi Gobierno añade explícitamente que esto no debe considerarse como intervención.

Aprovecho la oportunidad para reiterar á S. E. la seguridad de mi más distinguida consideración.

(firmado) *A. M. Beaupre.*

A S. E. el señor Manuel Sanguily, Secretario de Estado de la República de Cuba."

Con este motivo nuestra Cancillería redactó y el Presidente Gómez envió á Wáshington el cable siguiente:

"Habana, mayo 25 de 1912.

Al Hon. William H. Taft,

Presidente de los Estados Unidos.

Me comunica el Secretario de Estado de este Gobierno que ha recibido una nota del señor Ministro de los Estados Unidos en esta ciudad, participándole que el Gobierno que usted preside ha ordenado el envío de un cañonero á la bahía de Nipe y la concentración de una fuerza naval en Cayo Hueso, en anticipación de posibles

eventualidades; así como en el evento de inhabilidad ó fracaso de este Gobierno para proteger la vida y la propiedad de ciudadanos americanos, desembarcarán en el territorio cubano fuerzas de los Estados Unidos para la necesaria protección de aquéllos, añadiendo que estas medidas no deben ser consideradas específicamente como una intervención; pero como en realidad no parecen otra cosa y el desenvolvimiento natural de los sucesos, una vez desembarcadas esas tropas extranjeras, acentuaría aquel carácter, es mi deber advertir á usted que una resolución de esta especie tan grave, alarma y lastima el sentimiento de un pueblo amante y celoso de su independencia, sobre todo cuando ni tales medidas se deciden por previo acuerdo entre ambos Gobiernos, lo que coloca al de Cuba en humillante inferioridad por el olvido de sus derechos nacionales, acarreándole el consiguiente descrédito dentro y fuera del país; ni tampoco se justifica la acción del Gobierno americano, ni él mismo ni ningún otro en

circunstancias análogas hubiera desplegado, como lo ha hecho el de Cuba, tan extraordinaria actividad en la movilización y en las operaciones, siendo como es evidente que en sólo cuatro días ha acumulado más de tres mil hombres de fuerzas regulares sobre los alzados, enviándolas desde Occidente á Oriente por tierra y por mar, y que en tan corto tiempo ha limpiado toda la Isla, con la excepción de un limitado territorio oriental, de partidas armadas, al extremo de no existir ya ninguna que haga frente, ni en Pinar del Río, ni en esta provincia ni en Santa Clara, donde aparecieron desde el día 19 del corriente algunas de ellas que fueron castigadas y desbandadas; y cuando, por otra parte, ha levantado el espíritu público, ha repartido para la defensa de fincas y poblados más de nueve mil rifles con su correspondiente dotación de pertrechos y se prepara á inundar de patriotas combatientes y de soldados la relativamente estrecha zona á que se ha reducido á los alzados, siendo realmente

asombroso el hecho de que hasta el presente ningún ingenio ha suspendido sus trabajos.

Acudo á usted, pues, como amigo leal de Cuba y respetuoso de sus derechos, para que con razón serena y elevación de ánimo aprecie los datos expuestos, seguro de que abrigará la convicción de que este Gobierno es muy capaz y suficiente, apoyado en el valor y el patriotismo de su pueblo, de aniquilar á unos cuantos desgraciados sin razón y sin bandera.

Si usted aprecia debidamente estos hechos, se apresurará sin duda á reconocer que no es un Gobierno amigo quien, acaso por prevención injustificada, debe precipitarse en contribuir al desprestigio de un Gobierno y de un pueblo como los de Cuba, colocados, es cierto, en condiciones difíciles, aunque no superiores á sus medios, su patriotismo y su corazón."

Al anterior cablegrama contestó el Presidente de los Estados Unidos con el siguiente:

"Sinceramente me complace reconocer las medidas enérgicas tomadas por su Gobierno para acabar con los disturbios existentes y saber que tiene usted confianza en el éxito. Como se le manifestó explícitamente al Encargado de Negocios de Cuba en ésta, el motivo que tuvo este Gobierno al mandar los buques á Cayo Hueso y el *Prairie* á la estación naval de Guantánamo, fué solamente para poder obrar con prontitud si desgraciadamente fuere necesario para la vida y propiedades de americanos, prestando apoyo ó auxilio moral al Gobierno cubano. Como se explicó entonces, estas medidas extraordinarias de precaución están desligadas de toda cuestión de intervención."

Y como, á pesar de estos telegramas, el general Monteagudo tuvo noticias, por mediación del Cónsul de los Estados Unidos en Santiago, que el cañonero *Paducah* se dirigía á Daiquirí con la intención de desembarcar tropas para la protección de los intereses americanos, noticia que con-

firmó después por un cable que le dirigió el Jefe de la Estación Naval de Guantánamo, mientras contestaba á éste diciéndole: *"No puedo permitir desembarco tropas extranjeras sin órdenes de mi Gobierno. Las vidas y propiedades de los americanos en Daiquirí están bien protegidas, como puede informarle su Cónsul que acaba de salir de este Cuartel General,"* dirigía otro telegrama al Presidente de la República dándole cuenta de los sucesos, manifestándole las fuerzas de que disponía para hacerse respetar y pidiendo instrucciones.

El Presidente contestó, por medio de la Secretaría de Gobernación, con el telegrama siguiente:

"Puede usted consentir que desembarquen tropas americanas para que protejan propiedades extranjeras. *Inmediatamente que fuerzas americanas ocupen una propiedad retire usted de ella la fuerza cubana, que dedicará á perseguir á los alzados, cesando toda responsabilidad Gobierno cubano. El señor Presidente está*

muy satisfecho de su plan de operaciones, del que espera grandes resultados."

Y dirigió al Jefe de la Estación Naval de Guantánamo éste otro: "General en Jefe de las Fuerzas en Santiago de Cuba me dice que ha recibido de usted una nota manifestándole su intención de desembarcar fuerzas en Daiquirí para proteger la vida é intereses americanos, si se presentare ocasión para ello, y no con intención de intervenir en Cuba. A la vez me transmite la contestación dada á usted. Dígame usted si, á pesar de la protección efectiva que se ha dado á la vida y propiedad, situando allí más de doscientos hombres, cree usted necesario desembarcar fuerzas de su nación, *cosa que lamentaría mucho,* porque nadie ha tenido más interés que yo en dar protección á la vida y á la hacienda de los extranjeros, al extremo que, por ese motivo, se han demorado las operaciones hasta hoy, que se han comenzado y continuarán todavía."

El desembarco, con la autorización concedida, se realizó al fin; pero al llegar á

tierra aquellos marinos y aquellas fuerzas expedicionarias, encontraron una hostilidad tan manifiesta en todos los centros oficiales, corroborada por la de corporaciones y sociedades, que les hizo comprender que esta vez no estaban dispuestos los cubanos á conformarse.

Después, ya en tierra, comenzaron á pedir tal núcleo de fuerzas para la protección que venían á dar á las vidas y haciendas extranjeras, que, de haberlos complacido, no hubiera quedado un solo hombre disponible para combatir á los alzados en los campos, con lo cual, claro está, creciente sin cesar la revuelta, impotentes los cubanos para dominarla, la intervención definitiva se justificaba por sí sola.

Y no sólo se negó con firmeza á los extranjeros el derecho de decidir el número de hombres necesarios en cada lugar, tarea que se reservó al general Monteagudo por modo exclusivo, en uso de su derecho y en cumplimiento de su obligación, sino que, de acuerdo con lo

dispuesto, las fuerzas cubanas comenzaron á retirarse en el acto de todos los lugares que ocupaban las americanas, haciendo constar que dejaban intacta la propiedad que se intentaba proteger.

Esta conducta hizo ver á las tropas extranjeras la responsabilidad en que podrían incurrir, al verse en la imposibilidad de realizar lo que á nosotros nos era relativamente fácil, y sobre todo, les hizo ver cómo la protección á ellas encomendada podía resultar contraproducente.

Si nuestros hombres de gobierno no hubiesen estado á la altura de las circunstancias; si el general Monteagudo, ignorante de su misión, ó débil, no se hubiera mostrado como un militar resuelto á hacer cumplir con su deber á todo el ejército que tenía á sus órdenes; si no nos hubiésemos mostrado fuertes, en una palabra, haciéndonos respetar, no seríamos independientes.

Nadie podrá suponer que con lo anteriormente expuesto trato de menospreciar la representación de las fuerzas ame-

ricanas que entonces desembarcó en Cuba, ni que atribuyo al Gobierno de aquella nación una perversa intención contra nuestra independencia; pero sí importa mucho deducir de aquellos hechos, *para nuestra seguridad,* que la entera y resuelta actitud del Gobierno, del país todo, y especialmentie del ejército, manifestada por su jefe, desbarató é inutilizó una multitud de circunstancias desfavorables, que hubieran producido una intervención definitiva, impuesta por la lógica misma de los sucesos que hubieran podido desarrollarse.

Yo creo sinceramente que nosotros no tenemos nada que temer del pueblo de los Estados Unidos, que de modo tan generoso se puso de nuestro lado en nuestras grandes luchas por la libertad y la independencia; y por tal razón, sería grotesco pensar en la posibilidad de una contienda con la gran nación amiga.

Pero la actuación de los gobiernos no siempre representa el pensamiento nacional, y nada tendría de particular que un

día—que puede ser muy remoto, pero siempre posible—un gobierno norteamericano, desoyendo los clamores de la gran masa que sinceramente simpatiza con nosotros, quisiera atropellarnos. En tal caso, por espontánea y profunda que sea nuestra gratitud hacia la nación que nos ayudó á emanciparnos del poder español, no puede llegar al extremo de hacernos olvidar nuestro deber para con la patria. En ese momento extremo y difícil, posiblemente las fuerzas de que podamos disponer no serían bastantes para contender victoriosamente con las del atropellador; pero sí lo serían para resistir los primeros choques, y dar tiempo con ello á que, reaccionando el gobierno, equivocado ante las exigencias de una opinión nacional que habría de serle manifiestamente hostil, se nos respetase en definitiva.

Nuestra vigorización militar, por lo demás, lejos de mirar torvamente al Norte—porque el caso de la injusticia manifiesta, como he dicho antes, sólo está en el terreno de la conjetura como posibili-

dad humana—, puede hacerlo buscando horizontes más amplios.

La nación norteamericana se ha convertido en una potencia mundial, que compite con las demás del universo la influencia y el dominio comercial, industrial é intelectual. Lucha en los mercados del mundo contra los productos de Alemania, de Inglaterra y de Francia, y lucha, especialmente, contra la influencia japonesa en el mar Pacífico. Sin contar con que la Doctrina de Monroe la pone frente á todas las que, en sus anhelos de expansión colonial, dirijan las avanzadas de sus ambiciones á cualquier lugar de la América toda.

Y el día que el conflicto surgiera, bien por una razón ó por otra, como quiera que Cuba no es sólo la llave del Golfo Mexicano, sino también una posición de gran importancia frente al Canal de Panamá, y es de todos modos una gran base naval de operaciones que ya los Estados Unidos tienen por virtud de la Enmienda Platt, nada sería más fácil y posible para nos-

otros que el vernos, sin desearlo, metidos de lleno en la contienda.

Para entonces, si el caso nos sorprendiese en las condiciones actuales, tendríamos que pasar por la inmensa vergüenza de dejar que sea el extranjero, el norteamericano, quien defienda nuestra independencia, ó por el ridículo y la incomparable tristeza de no poder hacer nada útil por falta de preparación suficiente.

* * *

Tenemos, por consiguiente, que pensar en la formación de un ejército, que sirva no sólo para guardar el orden interior, sino principalmente para garantizar la honra y la independencia de la patria.

Pero es que los tiempos en que los ejércitos se formaban por simples levas de hombres en masa, recogidos al toque de los tambores y de los clarines cobijados bajo los estandartes del Príncipe, para mandarlos incontinenti al campo de batalla, pasaron ya á la historia.

Con la civilización creciente, la capa-

cidad militar cambia de continuo. Los deberes que se esperaban de los legionarios romanos y griegos, de los soldados de Federico el Grande ó de los gruñones barbudos de Napoleón, eran completamente distintos de los que hoy se esperan de los jinetes, de los infantes, de los artilleros y de los ingenieros, en una lucha feroz de mecánica y de ciencia. No han cambiado las condiciones físicas del servicio militar; pero han cambiado las condiciones morales é intelectuales de los cambatientes.

Pelear en la Edad Media, manejando grupos de hombres que todos podían estar bajo la mirada del jefe, en una lucha cuerpo á cuerpo, no es lo mismo que manejar grandes masas utilizando los recursos de la ciencia moderna, en batallas en las que las más de las veces no logran verse los combatientes.

Teniendo el hombre hoy á su disposición todas las fuerzas de la Naturaleza, habiendo llegado el estado de la cultura universal al extremo de que los arma-

mentos, las máquinas de guerra, constituyen algo tan extenso y complicado que ni por virtud de estudios especialísimos podría llegar á conocerlas todas con habilidad persona alguna sobre la tierra, para que sea eficiente el ejército, para que realice cumplidamene su misión, es preciso que se prepare en tiempos de paz con verdadera escrupulosidad hasta en los más insignificantes detalles.

Para que el ejército responda á los motivos de su creación y de su sostenimiento, tiene que atender, primero, al desenvolvimiento de la cultura física é intelectual de sus componentes; y después, tiene que pensar en el estudio de todas las posibilidades de entrar en funciones, de entrar en guerra, preparando los elementos de combate que habrán de ser utilizados una vez rotas las hostilidades.

No se puede perder de vista que, dentro de ciertos límites, cuando es poca la diferencia entre todas las condiciones intelectuales, morales y físicas, es el número el que domina; pero que los verda-

deros elementos de superioridad con el presente sistema de lucha están en la preparación científica y moral de los combatientes. En tales condiciones, grandes masas pueden ser batidas por masas pequeñas bien dirigidas, como sucedió durante la guerra rusojaponesa, como ha sucedido en esta guerra con alemanes y rusos, y con serbios y austriacos.

Ahora bien, aunque el desenvolvimiento de la fuerza militar es el primer deber de todo Estado consciente de su misión—con tanto más motivo en los tiempos de desequilibrio que corremos—para asegurar el poder y el respeto interior, como una base de respeto y de estimación exterior, no es posible llegar á pensar que el Estado debe gastar todos sus recursos personales y financieros exclusivamente en vigorizar sus fuerzas militares, en el sentido estricto de su defensa, porque no sería hacedero ni provechoso.

Pero el Estado sí debe encaminar todos los elementos disponibles de la nación hacia esa defensa, porque el poder mili-

tar no se forma sólo con hombres que manejen los armamentos, sino con el armónico desarrollo de todas las fuerzas físicas, espirituales, intelectuales y económicas de la nación. El más efectivo sistema militar no puede desarrollarse sin una ancha y bien construída base, que descanse en el país entero.

Como prueba de ello, durante la guerra de la Mandchuria, en la que los ejércitos japoneses hicieron marchas y movimientos tan precisos que á poco hacen olvidar los del ejército alemán durante la guerra del 70-71 contra Francia, en el más crítico momento, cuando la fuerza impulsiva y la acometividad de los japoneses parecía agotada, el sistema militar de Rusia vino al suelo y se hizo mil pedazos, porque sus bases no eran sólidas; porque, en ruina política y moral el Estado, todo el ejército estaba minado por ideas revolucionarias.



Al tratar de la vigorización del ejérci-

to, surge, naturalmente, la cuestión de su reclutamiento.

Aunque de primera intención parezca un poco exagerada mi proposición, porque pugna con nuestros hábitos y nuestra tradición, yo abogo resueltamente por el *servicio militar obligatorio.*

Si *todos los ciudadanos están obligados,* según el inciso 1° del artículo 9° de la Constitución, *a servir á la patria con las armas, en los casos y forma que determinen las leyes,* la única manera de hacer efectiva esta obligación es regular el principio de que toda la juventud debe pasar por el cuartel durante un tiempo determinado, para que sean utilizables en el momento en que se necesiten.

Un ejército numeroso, sólido, capaz de responder á las contingencias que puedan presentarse, no se obtiene sino dedicando todo el material disponible al aprendizaje del oficio, de manera lenta, pero segura.

El que no ha pasado por el cuartel, que no ha aprendido el manejo de las armas,

que no ha hecho ejercicios, no puede ser un soldado de la noche al día.

En los tiempos que corremos, no bastan la bravura y el arrojo; es necesario adquirir el espíritu militar, estar preparado para la obediencia, para doblegarse á las exigencias de la disciplina.

El servicio militar obligatorio, con el carácter de universal, sin exclusiones que resultan siempre vejaminosas y degradantes, porque constituyen un privilegio en favor de los poderosos, de la influencia ó del dinero, es lo que ha preparado la cultura y la fortaleza de los alemanes y de los franceses: haciendo pasar en tiempo de paz todos los hombres útiles por los cuarteles, no sólo han preparado soldados en cantidad que parece fabulosa, para enviarlos á la línea de fuego al día siguiente de la ruptura de las hostilidades, sino que han extendido la cultura nacional y el desarrollo físico de su población.

El servicio militar obligatorio entre nosotros, no sólo sería el único medio de

preparar un contingente respetable para emergencias futuras, sino que, además, constituiría una inmejorable escuela de educación nacional.

En primer lugar, desenvolvería la educación patriótica del país, porque el respeto que se adquiere en el servicio por las instituciones y por la bandera, la enseña de la patria, no puede ser igualado ni en las mismas escuelas públicas; y ese respeto, una vez arraigado en el corazón de los hombres, difícilmente deja de acompañarles por todo el resto de la existencia. Interesados en la cosa pública, porque de su buena ó mala actuación como ciudadanos puede depender el que un día se vean ó no obligados á dar su sangre y su vida por la patria, desaparecerían los indiferentismos criminales ó los desalientos injustificados.

En segundo lugar, infiltraría en nuestra masa popular hábitos de disciplina social y de respeto bien entendido a la Autoridad. El cubano, por no haber hecho jamás servicio militar obligado, y por la

facilidad con que en un país nuevo y pequeño se escalan los primeros puestos, aun sin preparación, desde las más bajas esferas, *no sabe obedecer,* no resiste la superioridad y el mando de otro.

Durante todos nuestros disturbios nacionales, ha sido incalculable el número de hombres que se han presentado á las autoridades ofreciendo su apoyo, *siempre como jefes.* A ninguno de los que ha ido á ofrecer su brazo y su espada cuando ha considerado que la patria estaba en peligro, se le ha ocurrido pedir un fusil para luchar como simple soldado: en su mayor parte han solicitado el mando de guerrillas ó fuerzas independientes, para proceder y operar por cuenta propia, con gentes organizadas por ellos mismos.

Y ese afán de mandar y no ser mandado está en nosotros tan arraigado, que todavía no hace mucho tiempo se organizó con niños de las escuelas públicas una fuerza que se titulaba "Ejército Infantil," en la cual, *para no despertar recelos entre los padres de los bebés, todos, abso-*

lutamente todos, eran jefes y oficiales. No había soldados. Y lo más particular del caso es que la tal organización desapareció, no porque fuese perjudicial á la educación nacional; no porque infiltrase demasiado temprano hábitos malsanos en nuestra niñez, sino porque los niños oficiales vestían un uniforme exactamente igual al nuestro, y dióse el caso de que algunos zagaletones se confundiesen con nuestro hombres de armas.

En tercer lugar, desarrollaría nuestra cultura física, formando hombres habituados á los ejercicios gimnásticos y preparando generaciones vigorosas para el futuro, con lo que desaparecería el *raquitismo,* que parece enfermedad crónica en nuestra población.

Todo ello, sin contar que unificaría la preparación intelectual del país poniendo en contacto á los más bajos con los más elevados, que acostumbraría á los cubanos á mirar *hacia afuera,* hacia el exterior, con lo que los apasionamientos de la política serían menos enconados; y que,

al paso que disminuirían más las probabilidades de un ataque extranjero y de una revuelta interior, el país iría beneficiándose en todos sentidos con la ola de savia nueva que, una vez pasada por el tamiz de los cuarteles, correría por las arterias de la nación, abriendo otros horizontes y otras actividades.

A nadie puede ocultarse que si Inglaterra hubiera tenido un servicio militar obligado, en el caso entonces improbable de que la guerra actual hubiera estallado, en un plazo máximo de dos meses hubiera podido poner en el Continente un ejército de más de dos millones de hombres listos para el combate—con lo cual la victoria hubiera sido fulminante—, y no hubiera tenido necesidad de idear á diario medios artificiosos para convencer á los ciudadanos útiles para el manejo del fusil de que su puesto de honor está en las filas; ni hubiera tenido que esperar, así que logran conquistar á los más decididos, á que aprendan los ejercicios, las ordenanzas, el manejo de sus armas.

Si los Estados Unidos, que en esto han seguido el ejemplo de Inglaterra, no hubieran estado en las mismas condiciones, y hubieran podido levantar, como es consiguiente, un ejército formidable en corto plazo, no se hubieran visto en la necesidad de soportar por tanto tiempo la vergüenza que representan las revoluciones mexicanas, hubieran podido reclamar con más firmeza su derecho ante las arrogancias de los soberanos teutones, sin necesidad de andar buscando, en textos viejos y apolillados, precedentes diplomáticos que anticipadamente garanticen la paz al hacer sus representaciones; tendrían, por último, absoluta seguridad de que la Doctrina de Monroe no sería discutida por nadie en el futuro.

Debemos, pues, vigorizar intelectual y moralmente el ejército. La historia nos muestra, con incontables ejemplos, que el número ha sido sólo un factor decisivo en la guerra cuando todos los demás elementos disponibles han sido iguales por ambas

partes, ó cuando ese número, no siendo muy grande la desemejanza de los demás factores, ha sido más del doble en el instante crítico de la lucha.

En la mayor parte de los casos, ha sido una ventaja especial poseída por una parte—mejor equipo, mayor eficiencia de las tropas, una dirección brillante, ó mayor capacidad estratégica—la que ha dado la victoria sobre la superioridad numérica.

Roma conquistó el mundo con tropas inferiores; Federico el Grande, con tropas inferiores, luchó contra los ejércitos aliados de Europa; Napoleón, con fuerzas inferiores casi siempre, paseó victoriosa la bandera francesa por casi toda la Europa; los japoneses derrotaron á los rusos con tropas menores en número; y los cubanos, luchando contra todos los elementos, sin armas, sin municiones, cubiertos de harapos y de miserias, teniendo por tácticos y estrategas los que improvisó el heroísmo voluntario, con un puñado ridículo de hombres logramos arrebatar la

independencia de la patria al poder secular de España, que la conservaba entre sus garras apoyada por cientos de miles de bayonetas...

V

EL SOLDADO, BASE ESENCIAL DEL EJERCITO.

Nos hemos ocupado anteriormente de la patria, como idea fundamental; de la guerra, como un hecho constante, inevitable, en la historia de la humanidad; y del ejército, como fuerza puesta al servicio de la primera, para garantizar su tranquilidad en lo que á su vida *interior* se refiere, y su *seguridad* en cuanto á los peligros provenientes del *exterior*.

Ahora bien, para que el ejército sea eficiente, para que responda cumplidamente y de modo honroso al motivo trascendental de su creación y sostenimiento, *tiene que tener como base un buen soldado.*

Para que el soldado sea bueno, es necesario que posea una larga serie de con-

diciones ó cualidades, que podríamos resumir en tres grandes grupos, de la manera siguiente:

A) Condiciones físicas, de fortaleza ó vigor corporal.

B) Condiciones profesionales ó intelectuales.

C) Condiciones ó cualidades morales.

* * *

Antes de pasar adelante en el estudio separado de esas condiciones ó cualidades, es preciso que dejemos sentado que la palabra *soldado,* en términos generales, no la empleamos aquí sino en el sentido de militar, de hombre que se dedica á la carrera de las armas, comprendiéndose en ella, desde luego, á todos los hombres, sea cual fuere su categoría, que prestan servicios en el ejército.

No obstante, es absolutamente necesario, para que se comprenda mejor ese estudio, que distingamos la gran diferencia que existe entre el *soldado* (alistado ó

conscripto), elemento transitorio, y el *oficial,* elemento permanente, definitivo, que hace de la profesión militar el objeto único del empleo de todas las energías de su espíritu y de las manifestaciones todas de su vida, la base primordial de su subsistencia, no sólo por vocación, que es el móvil que principalmente lo guía, y por amor á la patria, que es el sentimiento que más actividades impulsa, sino también por ambición de gloria, de mando ó de desahogada posición.

El soldado, como elemento accidental bajo las banderas, como materia de utilización de poco tiempo, lo mismo cuando se trata del servicio voluntario que cuando del obligatorio, procura hacer su trabajo de la manera menos gravosa posible, y no aprende sino lo que el oficial le enseñe con tenacidad y persistencia.

El soldado, que en tiempos de paz viene á filas porque la ley lo obliga, cuando la conscripción existe; ó que viene á ellas, cuando el servicio es voluntario, porque al alistarse encuentra un medio honrado

y decoroso de ganarse la subsistencia, ó que lo hace más estimulado por el entusiasmo que sabe despierta en el alma de todas las mujeres la vista de los uniformes y de los fusiles, que por el orgullo de llevarlos y lucirlos; el soldado, que es *ave de paso* en el cuartel, no se interesa gran cosa por los estudios, no se preocupa mayormente por los adelantos de la ciencia y del arte militar sino de una manera remota, no se interesa más que en tanto en cuanto esos adelantos le obligan á una mayor cantidad de esfuerzo y de trabajo.

Si consultáis su opinión, desea más la paz que la guerra, porque en ésta, á la hora de las grandes hecatombes de los campos de batalla, es él, son las masas que con él se forman, las que dan el combustible á la inmensa hoguera, mientras que el oficial recoge la recompensa y la gloria.

El oficial, por el contrario, que permanece en las filas mientras el soldado pasa y se renueva, tiene toda la existencia por delante para pensar de continuo en la de-

cadencia ó en el progreso de la profesión que voluntariamente se ha dado.

Para el oficial, la guerra, es decir, la obligación de exponer la vida y hasta de darla cuando se le pide á nombre de la patria, es su razón de ser, es su medio propio, es la justificación, tanto á sus ojos como á los de todos los demás, de la preferencia que ha dado á la carrera de las armas sobre todas las otras á que hubiera podido dedicarse.

En todas partes del mundo es mirado el militar, en tiempos de paz, como un zángano de la colmena humana, como un holgazán sin otra ocupación que la de engordar pacientemente en el cuartel, en espera de la hora en que deba ser utilizado como carne para el cañón, ni más ni menos que espera el cerdo en el corral hasta que llegue la hora del sacrificio.

Es necesario, para que cambie la opinión en su favor, que llegue el momento crítico de los apuros nacionales; entonces, cada hombre uniformado es una legítima esperanza de tranquilidad para el

que tiene qué perder; á su paso, por calles y paseos, donde antes recogía miradas entremezcladas de envidia y de desdén, no ve más que ternura y admiración.

Por consiguiente, con la rareza de las oportunidades de arrostrar peligros en el cumplimiento de su misión, el oficial pierde en vez de ganar.

La disminución de los riesgos de herida ó de muerte no puede ni debe tener gran importancia para el hombre cuya virtud profesional por excelencia tiene que ser la de considerar como despreciables los peligros de esa índole; porque desde el día que vistió por primera vez el uniforme, ha tenido que comenzar á entrenarse en el desprecio de tales riesgos, por una comunicación constante con las nobles ideas de honor, de abnegación y de valor, cada una de las cuales impone, á aquel que las ha adoptado como regla de conducta á título de oficial, el deber de realizar, en ciertos momentos, un buen negocio con la vida.

El oficial tiene que pensar en la lucha,

porque es de ella de donde puede venirle la ventaja material del ascenso, la mejora y el adelanto en su carrera, aparte de la gloria y la oportunidad de mostrar al exterior todo cuanto de poderoso y noble, utilizable para la comunidad en que vive, lleve en su corazón y en su cerebro.

Sin embargo, el oficial piensa en la guerra—que es la justificación de su carrera—, por término general, más por la sensible extensión de derecho al mando que cada ascenso le representa, que por el ligero aumento de remuneración que éste le comporta.

Ese derecho al mando lo anhelan los oficiales, por razones que no puede llegar nunca á comprender aquel que no tenga por lo menos una de las predisposiciones que más inclinan al hombre á la carrera militar, como son el placer de la autoridad, el gusto del mando, el amor al poder y á la gloria.

Para los espíritus fuertes, dotados de ese gusto ó afición al mando, hay en su ejercicio una fuente de goces que el vulgo

ignora, cuya intensidad crece á medida que se extiende el poder que abarca, y que les hace amarlo por el mando en sí, independientemente de todas las demás satisfacciones subsidiarias de amor propio que proporciona al ampliarse.

Pero no es eso todo. Por nobles y laudables que sean las razones que deciden al oficial á aceptar el deber de la obediencia y de la disciplina como uno de los más esenciales de su carrera, ese deber no es siempre, en todo caso, agradable y fácil de cumplir; es decir, no siempre puede llenarse sin esfuerzo contra la voluntad, sin violencia contra la propia estima ó el criterio individual, porque no son pocas las veces en que el oficial se ve en la necesidad de dar cumplimiento sin titubear á órdenes que en su concepto son innecesarias, arbitrarias, contraproducentes ó injustas, sin que esto quiera decir que su propio pensar no sea erróneo.

Subir un grado en la jerarquía militar no es, pues, adquirir solamente el derecho al mando sobre un número mayor de in-

feriores, con una extensión más compleja de facultades; es también procurarse la ventaja de verse obligado á la obediencia hacia un número menor de superiores, es franquearse un poco más el horizonte de la subordinación.

Todavía más: con cada ascenso, no es sólo la autoridad personal del oficial la que aumenta; sino que aumenta también, al propio tiempo, la independencia que lleva consigo, siempre relativa desde luego, pero muy saboreada sin embargo.

Por todo ello, aunque la comparación resulte un poco material, tenemos que llegar á la conclusión de que del mismo modo que no puede ser un excelente tirador aquel que no mantiene su rifle en perfecto estado de limpieza; que no puede ganar una carrera el jinete que no entrena y cuida con esmero extraordinario su caballo, no puede tampoco hacer adelantos en su profesión el militar que no sabe preparar y adiestrar física, intelectual y moralmente sus hombres, para hacer gran-

des cosas con ellos el día siempre ansiado y temido de la contienda.

Es una cuestión de lógica, de deducción tan diáfana como la luz cenital.

Con buenos soldados, hábiles, fuertes, diestros, disciplinados, animosos y bravos, se forman los regimientos que, al realizar proezas y acciones brillantes, elevan á su coronel y lo colocan en distinguido lugar en la opinión de su país; con regimientos de *élite,* se forman las divisiones y los cuerpos de ejército que ganan batallas estupendas y cubren de palmas y laureles, de cruces y bandas las testas y los pechos de generales cuyos nombres después repite la posteridad con admiración y con orgullo; con ejércitos que ganan batallas estupendas y cubren de gloria, de cruces y de bandas á sus generales, se forma la tradición heroica y la historia nacional; se mantiene enhiesta, orgullosa de verse protegida por hombres de corazón, la bandera de la patria; se obtiene el respeto y la consideración de las demás naciones en el concierto del mundo civilizado; se man-

tienen incólumes su dignidad y su independencia!...

* * *

El soldado no es un ciudadano como otro cualquiera. Desde que se pone al servicio de la bandera, desde el instante sagrado en que le jura fidelidad y se echa encima el uniforme honroso de los que la siguen, cambia de vida al cambiar de indumentaria, porque contrae extraordinarias obligaciones al mismo tiempo que pierde derechos preciosos.

El soldado no puede hacer política. No es elector; no puede ser elegible. No tiene derecho á asistir á las reuniones públicas en que se discutan ideas favorables ó contrarias al gobierno; no puede expresar sus opiniones á la luz del día por medio de la pluma ó de la palabra.

La Constitución, la ley, los reglamentos limitan su libertad individual, ponen un freno á su independencia personal, restringen sus derechos, para que no se mezcle en las querellas partidarias y pueda

consagrarse, sin preocupaciones ni distingos, al servicio del país.

Pero el soldado no es solamente un hombre que, en el interés común, abdica de su carácter, de su voluntad y de sus opiniones; el soldado es también un hombre de honor y de deber, disciplinado, obediente y sumiso, valeroso y heroico, pronto á sacrificar sus intereses y su vida por la glorificación de la bandera jurada y la salud de la patria.

El conjunto de las obligaciones del soldado constituye esa "servidumbre militar" de que habla el poeta Alfredo de Vigny, que no se parece en nada á la esclavitud, que no tiene nada de humillante ni de vejaminoso, porque se establece siempre teniendo en cuenta el elevado interés de la grandeza nacional.

El soldado se forma en el cuartel ó el campamento. Es allí donde adquiere las cualidades que más tarde le serán necesarias para cumplir sus obligaciones, lo mismo en tiempos de paz que en tiempos de guerra, desarrollándose físicamente, ad-

quiriendo hábitos de orden y de limpieza, acostumbrándose al trabajo cotidiano.

Como el soldado es la base esencial de un buen ejército, y éste es la garantía de la independencia y de la honra de la patria, sobre el soldado pesa hermosa misión, que envuelve, al mismo tiempo, una gran responsabilidad, por las innumerables virtudes indispensables para cumplirla á conciencia.

Por todo lo anteriormente expuesto se ve que aunque las cualidades que debe tener el buen soldado comprenden de un modo general á todos los militares, sea cual fuere su categoría, establecida la diferencia que hay entre el elemento transitorio y el permanente del ejército, es á éste á quien corresponde de modo especial preparar á aquél, instruirlo para las luchas futuras, formar su alma y su cuerpo, habilitarlo para que realice á conciencia todos los sacrificios que el país tiene derecho á exigirle, no sólo porque ésa es la primordial obligación de su carrera, y por propio interés, sino por patriotismo, ya

que con ello, al devolver á la sociedad los hombres cumplidos, los dejarán mejor templados para la lucha por la existencia, y mejor educados para la ardua labor de trabajar por la grandeza nacional.

VI

A) CUALIDADES FISICAS DEL SOLDADO.

En otros tiempos las guerras duraban mucho, no terminaban sino después de largos años de lucha.

Fué así con Julio César y con Carlo Magno; fué así durante las guerras sin cuento sostenidas por los Príncipes contra los Señores feudales; de igual modo cuando Carlos I de España y V de Alemania era señor del mundo, que cuando el Rey Sol, la más concentrada personificación de la autoridad y la soberbia, podía permitirse el lujo de decir: "El Estado soy yo;" así fué durante la vida batallosa de Federico el Grande; así era todavía durante las guerras gloriosas de la Revolución, del Consulado y del Imperio, cuan-

do Napoleón anhelaba mantener su autoridad contra toda Europa; así era preciso que sucediera todavía, hasta que las industrias y los inventos modernos han facilitado al mundo los rápidos medios de comunicación con que hoy contamos.

Anteriormente, rara vez se peleaba durante el invierno, porque los ejércitos se fortificaban en sus acantonamientos durante la estación de los hielos. Las hostilidades se recomenzaban en la primavera con los recursos acumulados á tal objeto, interrumpiéndose de nuevo con la proximidad de los malos días.

Esta tregua tácita, que se acordaban recíprocamente los ejércitos beligerantes, permitía á los soldados rehacerse durante largos meses de reposo, aparte de que los contingentes maniobraban con lentitud y no se exigía á los soldados esfuerzos constantes.

Hoy la guerra es más rápida, termina más brevemente, es casi fulminante; pero es más penosa y exige esfuerzos físicos más considerables. Hoy se hace sin inte-

rrupción, en invierno como en verano, de día como de noche, al igual por tierra que por el mar y por el aire.

Las marchas, cuando no pueden utilizarse los rápidos medios de transportación modernos, son más frecuentes y más rápidas, porque el éxito pertenece á las tropas que pueden ser trasladadas con más rapidez de un punto á otro, que pueden ocupar primero una posición estratégica.

Al presente es preciso no olvidar que una batalla puede ser ganada ó perdida antes de que haya comenzado. Los japoneses, por sus marchas asombrosas, mantuvieron siempre la ofensiva contra los rusos. Los alemanes, gracias á sus fabulosos medios de comunicación, pueden atender con contingentes siempre considerables todos sus frentes de batalla. Si esos medios no los hubieran preparado antes de la guerra y durante ella, con un escrupuloso estudio, no hubieran podido resistir con éxito la lucha contra los aliados.

Y como de todos modos la guerra exi-

ge hoy esfuerzos continuos y sacrificios de cada instante, los que la hacen deben tener cualidades físicas de primer orden.

El buen soldado debe ser robusto, vigoroso, pleno de salud; debe estar preparado para soportar privaciones de todo género, para resistir las más duras pruebas, para que pueda marchar, armas y bagajes al hombro, días enteros sin sucumbir á la fatiga.

Es preciso que pueda acostarse de noche, sobre el suelo empapado por un aguacero reciente, sin contraer una enfermedad, y que al día siguiente recomience las tareas de la víspera dispuesto á la batalla; es necesario que soporte el hambre, la sed, los fríos más rigurosos, los calores más tórridos, sin que estos sufrimientos ataquen su constitución orgánica y le arrebaten sus medios de acción.

La instrucción y la bravura no hacen sino un soldado incompleto si á estas cualidades no se agrega la aptitud física, que le permita plegarse á las exigencias de la vida de campaña.

Los soldados de la división del general Massena, en el 1797, se batieron el 13 de enero delante de Verona y marcharon toda la noche para combatir el 14 en Rivoli; marcharon de nuevo toda la noche y el día del 15 para asistir el 16 á la batalla de la Favorita, delante de Mantua. En cuatro días estos soldados habían tomado parte en tres combates y hecho dos marchas de noche, con lo cual realizaron uno de los más maravillosos actos de vigor que encierra la historia.

Los soldados del general Pichegrú conquistaron la Holanda con un frío de 17 grados bajo cero; y el 20 de enero de 1795, dice un historiador, Amsterdam, la ciudad famosa por sus riquezas, vió con justa admiración diez batallones de aquellos bravos, sin zapatos, sin los más indispensables vestidos, cubriendo su desnudez con trenzas de paja, entrar triunfantes dentro de los muros al son de una música guerrera, colocar sus armas en pabellones, y vivaquear durante varias horas en medio de la plaza pública sobre la nieve, esperan-

do con resignación y sin murmullo que se proveyera á sus necesidades y á su acuartelamiento.

Nosotros, sin tener que acudir á las inmensas páginas de la historia guerrera de la vieja Europa, podemos ofrecer, especialmente en este terreno de la resistencia física hasta el sacrificio, de la vigorosa acometividad hasta el heroísmo, ejemplos sin cuento.

Diez años consecutivos de lucha constante, de ansiedad inacabable, combatieron nuestros mayores, más que contra las aguerridas huestes del gobierno de España, más que contra las columnas compactas de hombres disciplinados con necesidades cubiertas, repletos de buenos armamentos y de abundantes municiones, contra la desnudez y la miseria, contra el hambre y la desolación, contra el sol y el agua, contra las enfermedales y la escasez de todo humano auxilio.

Y no obstante, aquellos buenos ciudadanos—que nos enseñaron con su heroico martirio el glorioso camino de la libera-

ción, para que, mejor preparados por las experiencias de sus ejemplos, pusiésemos más tarde bien en alto la bandera de sus ideales en el horizonte risueño de la patria—resistieron todos los embates de la suerte contraria y todos los infortunios con tanta energía como los soldados de Massena y Pichegrú, con tanta fe como la que animaba á las legiones de Atenas y de Esparta.

Desde la Reforma, en 1° de Diciembre, hasta fines de ese propio mes, las tropas revolucionarias trasladaron su campamento á las márgenes del río Almendares, cubriéndose de gloria el día 2 en Río Grande, el 3 en Iguará y el 9 en los Indios, al lado de Fomento, después de atravesar terrenos ásperos y desiertos, de recorrer caminos y senderos pedregosos, de serpentear vertientes casi inaccesibles; alcanzándola también el 11 en el Valle de Manicaragua, el 12 en las lomas del Quirro, el 13 en las crestas empinadas de la Siguanea.

Y toda esta obra, que se realiza con las fuerzas físicas del soldado cubano, mil

veces acrecentadas por el fuego sagrado del patriotismo que bullía en los corazones, tal parece como que multiplica su audacia y su agilidad, porque el 14, al bajar á los llanos los mantenedores del pendón de la patria, guiados por los animosos villareños al través de las guardarrayas de hermosos campos de caña, caen como una avalancha, en Mal Tiempo, sobre los batallones de Canarias y de Bailén y los escuadrones de Treviño, destrozándolos en jornada imborrable.

Al tercer día, el 17, ya á la vanguardia de las tropas de Maceo los regimientos villareños que le acompañarán hasta el final, se da la victoriosa carga á la guerrilla de Santa Isabel de las Lajas, á las puertas del poblado; el 18 se da la de Lequeito; el 20 la de la Colmena; el 21 tienen lugar las acciones del Desquite y Antilla; el 23 se da el combate de Coliseo, en cuya acción sintióse ya impotente para contener la avalancha el caballeroso general español Martínez Campos; después la Ciénaga, Calimete é Iberia...

Y para que ustedes puedan formarse una idea de lo que eran estas luchas gigantescas en que á prueba se ponía la resistencia y la fortaleza de las tropas de la Revolución redentora, tomad nota de estas palabras, sacadas del diario de operaciones de uno de los principales actores de aquella hermosa epopeya, del general Miró:

"El 26 de diciembre acampamos en Sabanetón, después de una penosísima marcha por los vericuetos venenosos de la Ciénaga de Zapata. La jornada del 27 no fué ni con mucho tan ruda, porque *como cosa extraordinaria, como día de asueto ó de gran solemnidad, sólo anduvimos cinco leguas,* desde Sabanetón hasta el ingenio "Indio", enclavado en el distrito de Cienfuegos, y logramos, al fin, después de muchos días de acampar á altas horas de la noche, echar pie á tierra con el sol en el firmamento. *Sin embargo, se nos ponía de cara; se nos ponía otra vez mirando hacia Occidente,* y la mágica visión oriental

se desvanecía en el ocaso abrumador de la realidad."

Todavía más: en el período de tiempo que medió entre el 13 de febrero y el 15 de marzo de 1896, es decir, en una campaña de treinta días que nuestro general Antonio Maceo se vió obligado á hacer en las provincias de la Habana y Matanzas, poco después de llevada á término feliz la Invasión, que fué sellada y firmada de modo aparatoso y solemne en el Ayuntamiento de Mantua, las fuerzas cubanas que le seguían sostuvieron veinte y un combates, al mismo tiempo que hicieron *setecientos sesenta kilómetros de marchas,* que representan un promedio diario de *veinticinco kilómetros y un tercio!* Hicieron más que los soldados de Massena y de Pichegrú.

Pero lo mismo los soldados de Massena y de Pichegrú que los de Máximo Gómez y Maceo, eran hombres sanos y robustos; gracias á su buena constitución física, pudieron triunfar de los elementos y de las privaciones, enemigos más terribles del

soldado en la guerra que los que afronta en el campo de batalla.

Bien es verdad que tanto unos como otros no eran solamente soldados vigorosos, sino que, además, eran poseedores de un excelente espíritu y de una enérgica voluntad de vencer capaces de arrollar todos los obstáculos.

Aunque más adelante trataré de las cualidades morales del soldado, se puede decir anticipadamente, de paso, que la fuerza moral decupla las fuerzas físicas, y que en las rudas tareas de la guerra un soldado no vale sino en cuanto está sostenido por esa fuerza interior que convierte el cuerpo en servidor del alma.

Un soldado de firme voluntad, triunfa donde el débil alcanza una derrota. Por eso es mejor aquel que une á la fortaleza del espíritu la entereza y la salud del cuerpo.

VII

B) CUALIDADES PROFESIONALES DEL SOLDADO

La instrucción militar tiene por objeto dar á los soldados la preparación necesaria para que puedan sacar el mejor partido de las armas que el gobierno pone en sus manos, maniobrar con habilidad é inteligencia, ejecutar con rapidez y precisión las órdenes superiores, cumplir bien y fielmente con los deberes impuestos por los reglamentos militares.

En una palabra, la instrucción militar es la que da al soldado las *cualidades profesionales* necesarias á su estado, la que lo prepara para hacer bien la guerra cuando haya que hacerla.

El soldado debe conocer de manera precisa el manejo de las armas. Es indispen-

sable que el infante se sirva de su fusil y de su bayoneta, el jinete de su caballo y de su sable, el artillero de su cañón y de su tiro, con tanta destreza y habilidad como la que puede emplear un obrero bien entendido en el manejo de sus útiles de trabajo, porque las armas no son temibles sino en poder de hombres que sepan manejarlas con precisión y prontitud.

A primera vista, parece muy fácil dar á un hombre las cualidades profesionales necesarias; y hasta hay muchos que creen que basta equipar, uniformar y armar á un hombre para convertirlo en un soldado. Así piensan todos los que claman á diario, en huecas frases, cuyas consecuencias de seguro no calculan, que son maestros los que se necesitan para engrandecer la patria, y no fusiles y soldados.

Yo no podría incurrir ni por un solo instante en el error de negar la inmensa influencia que en la grandeza de la nación tiene la escuela; pero sí me atrevo á negar rotundamente la razón á los que

creen que toda esa grandeza descansa por modo exclusivo en ella.

La grandeza de la nación descansa en el maestro, en tanto en cuanto éste enseñe al niño, junto con los conocimientos necesarios para que pueda desenvolverse en la existencia, la necesidad de amar á la patria por sobre todas las cosas, de reverenciar y bendecir á los hombres gloriosos que dedicaron toda una vida de sacrificios sin tasa á luchar por sus libertades y su independencia; pero descansa también esa grandeza en la fuerza y en el vigor que puedan desarrollar los hombres encargados de su protección y de su defensa, no tan sólo por razón de esta misma fuerza, sino también por la de que el servicio militar constituye una escuela de educación nacional que completa la otra, y sin la cual ésta no puede producir resultados satisfactorios.

No hay disparate más lamentable que el de creer que los soldados se forman de la noche á la mañana. Inglaterra ha tenido necesidad de acumular, en cuarteles

preparados á toda prisa, cientos de miles de hombres, á quienes se ha dado instrucción durante largos meses de día y de noche, sin poderlos mandar al campo de batalla—donde todos los refuerzos hasta ahora han sido pocos—hasta tanto no conozcan el oficio.

Nosotros sabemos por propia experiencia los resultados que dieron las guerrillas españolas durante las guerras de independencia, y el desastre militar á que condujo el procedimiento de la improvisación durante la revolución de agosto, sin contar las preocupaciones que produjeron los contingentes voluntarios durante la revuelta de Oriente.

Un hombre no se rompe al duro oficio de las armas sino por una larga experiencia y una extensa práctica de la vida de cuartel, por la repetición constante de los más variados ejercicios, por las maniobras de cada día, por el entrenamiento progresivo y continuo.

De la única manera que Cuba podría tener en un tiempo relativamente corto una

fuerza suficientemente *preparada profesionalmente* para cualquier contingencia exterior — ó que tenga caracteres de gravedad en el interior — sería con el servicio militar obligatorio, como hemos expuesto anteriormente. Un año sería el tiempo indispensable para romper los conscriptos el servicio. De lo contrario, sería preciso *organizar las milicias con carácter obligatorio,* a fin de que los hombres útiles para el manejo de las armas se dediquen uno ó dos días á la semana á su instrucción militar; con lo cual, aunque los resultados serían muy lentos, al menos siempre estaríamos infinitamente mejor que hoy, porque los hombres conocerían *sus cuadros,* tendrían algunos conocimientos, y de todos modos quedaría ya sentado el principio de que los que estuviesen dentro de la edad fijada, podrían ser llamados al necesitárseles.

La instrucción militar es árida. Los movimientos que al comienzo se imponen al recluta parecen inútiles, fastidiosos, al extremo que aquéllos se preguntan frecuen-

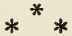
temente por qué se les obliga á repetir, durante meses consecutivos, ejercicios de extraordinaria simplicidad.

Esos movimientos son útiles, su repetición es necesaria, porque sin ese trabajo no pueden familiarizarse las tropas con sus medios de acción, sin los cuales no pueden ser un instrumento dócil, manejable, de fácil y rápida actuación bajo la voluntad de sus jefes.

Una tropa no vale sino por la homogeneidad, por la cohesión, por la unión de las diversas partes que la componen, por la rapidez y la uniformidad con que puede ejecutar las órdenes superiores. Y estas cualidades no se adquieren sino á la larga, después de ejercicios numerosos y repetidos.

Además, estos ejercicios no sólo enseñan al soldado el manejo de sus armas, no sólo lo desarrollan físicamente, sino que también educan su moral, porque preparan su atención y los forman á la obediencia y á la disciplina por la obligación en que están de ejecutar con seguridad y

rapidez, casi instintivamente, los movimientos ordenados de conformidad con las voces de mando.



Cuando el soldado sabe manejar su arma, cuando ya conoce su mecanismo y su funcionamiento, debe ejercitársele *en el tiro al blanco.*

La *cualidad profesional* por excelencia de un soldado es la de ser *buen tirador.* Por eso el tiro debe ser su preocupación constante. Un buen tirador hace mucho daño al enemigo, porque de primera intención, el objetivo del momento al comenzar el combate es siempre el de hacerle el mayor número de bajas posible.

Los tiradores excelentes son raros, pero con cuidado y buena voluntad cualquiera puede ser un tirador pasable. Los suizos son generalmente buenos tiradores, al igual que los ingleses y norteamericanos, con poco ejercicio dentro de la fuerza. Los cubanos también tienen excelentes condiciones para el buen tiro.

No se necesitan disposiciones especiales para llegar á ser un hábil tirador. Siguiendo con atención los actos preparatorios, se aprende á llevar el fusil al hombro y apoyarlo, á manejar el alza, á apuntar y hacer presión sobre el disparador en el momento necesario sin cambiar la puntería hecha.

En la guerra es indispensable evitar que el soldado *tire al montón,* como se dice vulgarmente. Cada soldado debe tirar sobre un blanco definido, procurando abatir un soldado enemigo á cada disparo.

Claro está que ése es el ideal, difícil de alcanzar; pero cuando el soldado sabe tirar, si es de sangre fría, ó cuando la emoción de los primeros momentos no le impide buscar su línea de mira y apuntar, tiene grandes probabilidades de que sus balas no se pierdan.

Los soldados que tiran más rápidamente no son los que más enemigos abaten. Unos cuantos disparos hechos con calma, producen mejores resultados que un tiro precipitado y en desorden. Los soldados

que creen hacer un gran trabajo gastando lo más pronto su cartuchera, no son más que consumidores inútiles de municiones.

"No basta, ha dicho el general francés Morand, que un soldado sepa cargar su fusil y tirar seis veces por minuto; es preciso que haga disparos seguros y que sus balas detengan al enemigo y lo pongan en desorden. El objeto de toda instrucción es resistir y vencer, escapar al peligro y sobrepasarlo. El medio más seguro para lograrlo, es el de tirar con justeza. ¿De qué serviría el fuego más vivo si no llega al enemigo, si los proyectiles se pierden detrás de él, ó no logran otra cosa que levantar el polvo á su lado?"

El general Bugeaud, también francés, ha llegado á decir que sesenta cartuchos bastan para decidir la más grande batalla; según su opinión, con sesenta y ocho cartuchos que ordinariamente se dan al soldado de su país, pueden luchar hasta el final en el más comprometido lance, soldados que no desperdicien sus municiones

y que no tiren sino apuntando á conciencia sobre blanco determinado.

En nuestro país, á los *buenos tiradores* se les conceden ventajas especiales, como la de poder usar condecoraciones sobre el pecho que muestren su habilidad, y ciertos beneficios monetarios, con lo que se quiere demostrar la gran importancia que tiene el tiro, porque con los fusiles modernos de gran alcance, ha ido desapareciendo poco á poco la posibilidad de la lucha cuerpo á cuerpo.

* * *

A pesar de lo anteriormente expuesto, no se puede desatender el ejercicio del arma blanca, sean cuales fueren los adelantos del fusil ó de otros armamentos, porque el fuego solo no siempre conduce al resultado definitivo. Las cargas á la bayoneta son frecuentemente necesarias, porque desconciertan al enemigo.

Dando cuenta de un combate que libró en el Arly, el 15 de julio de 1815, el general francés Bugeaud, dice: "El enemigo

recibió nuestros granaderos con una viva fusilería, á la que no se contestó sino marchando más pronto. Y cuando ya comenzaba el enemigo á replegarse, no habia partido de nuestro lado un solo disparo, viéndose en el campo contrario la confusión precursora de la derrota."

Durante la guerra del Transvaal, dice el teniente coronel Colín ("*Les transformations de la guerre*"), el 28 de noviembre de 1899, en Modder River, los boers tuvieron durante cinco horas consecutivas encerrada en un semicírculo de fuego, bajo una mortífera lluvia de balas, á una tropa inglesa, sin hacerla recular, *porque no la atacaron.*

El capitán Solowiew, de la infantería rusa, dice ("*Impressions d'un chef de compagnie*") que durante la guerra de la Mandchuria, aun con un fuego de infierno, los japoneses no lograron nunca, por la sola virtud de ese fuego, desalojar á los rusos de sus posiciones. Y agrega que los días 12, 14 y 16 de octubre de 1904, el

combate á la bayoneta era rabioso en todo el frente.

El general Percin sostiene (*"Le Combat"*) que el fuego más violento no puede echar al enemigo de la posición que ocupe, que es preciso el abordaje, ó, al menos, la amenaza del abordaje, para obligarlo á recular; y por consiguiente, que no se debe cargar sin tirar, como hicieron los granaderos de Bugeaud, ni tirar sin atacar, como hicieron los boers en Modder River, sino tirar atacando, como hicieron los japoneses.

El coronel Ardat Du Picq (*"Études sur le Combat" 8e. edition*), preocupado por hacer resaltar el efecto moral de la marcha hacia adelante del soldado, para desconcertar al enemigo, en sus entusiasmos por el ataque, habla de "la necesidad de esas cargas espantosas á la bayoneta, *en que no se da un bayonetazo jamás."*

Ardant Du Picq exageraba algo voluntariamente, y así lo dice el general Percin, porque según una estadística alemana publicada después de la guerra de 1870—á

la que hacía referencia el doctor Nimier en 1901, en el curso profesado en Val de Grace—, se contaron 545 casos de heridas de bayoneta, de las cuales han ocasionado la muerte inmediata 30, lo que da un 0.5 por ciento del conjunto de muertos y heridos, que no es despreciable.

Y esa proporción la acusan también las estadísticas rusas en la guerra de la Mandchuria, bajo el título de "heridas por armas blancas," sin especificar si se trata de la bayoneta ó del sable, aunque debe suponerse sea de la primera, dado el papel secundario que en esa guerra jugó la caballería, según el curso profesado en el propio Val de Grace en 1912, por el doctor Ferratón.

Las estadísticas japonesas acusan en esa propia guerra de la Mandchuria una proporción de 0.8 por ciento, lo cual confirma la expresión del capitán Solowiew, al decir que en ciertos días el combate á la bayoneta era rabioso en todo el frente.

Las estadísticas de las guerras de los Balkanes mencionan en los hospitales ó

ambulancias de Belgrado, de Sofía, de Philippopoli, el Pireo, Corfú y Cefalonia, 2,740 entradas, de las cuales 15 heridas por bayoneta, lo que sigue representando el 0.5 por ciento.

Si se considera, como hace notar el documento de donde se toman los datos anteriores (*Archives de médecine et de pharmacie militaires, aout* 1913), que un gran número de hombres heridos por la bayoneta sucumben sobre el campo de batalla, se puede valuar *grosso modo* en un *uno por ciento* del efectivo de heridos, ó á *uno por mil* del efectivo de combatientes, la proporción de hombres que han afrontado el cuerpo á cuerpo y hecho uso del arma blanca que tenían en sus manos.

Hasta ahora no son conocidas las estadísticas de los hospitales de las naciones que actualmente se encuentran en guerra; si fuéramos á juzgar por los partes oficiales publicados por los Estados Mayores respectivos, ésta es la época de la bayoneta, pues raro es el día que no se da cuenta de muchas cargas espantosas.

Lo cierto es que las ventajas que se obtengan por un tiro certero de cañón, no pueden hacerse efectivas y consolidarse si no van seguidas de cargas á la bayoneta, por virtud de las cuales se toma posesión del lugar que antes ocupaba el enemigo, aunque por la frecuencia con que se dan y por la efectividad y precisión con que hoy puede hacerse el tiro, no deben ser pocos los casos en que, como dice Du Picq, *no se dé un bayonetazo.*

Con lo expuesto se ve que si es de grandísima importancia la obtención de buenos tiradores, no se puede olvidar la conveniencia de que los hombres estén ejercitados debidamente para la carga al arma blanca, ya para usarla efectivamente si el enemigo resiste después de iniciada, ó ya para darla tan sólo como complemento del tiro.



Entre las condiciones que se consideran como profesionales del soldado, se cuenta la *preparación física*—que es preciso dis-

tinguir de las cualidades físicas, porque ésta representa el medio de alcanzar aquellas cualidades—, no sólo por el ejercicio continuado y progresivo, como hemos visto anteriormente, sino también por medio de la gimnasia.

La gimnasia ejercita y fortifica los miembros del soldado, aumenta su fuerza muscular y desarrolla su ligereza, al mismo tiempo que consolida su salud.

Un soldado fuerte en gimnasia, que hace escaleras con éxito, que sube las cuerdas y las perchas, está prepardo para el escalamiento, y vence obstáculos que obligan á detenerse á los más débiles ó menos ágiles.

La práctica de la marcha, de la carrera y del salto, son de gran utilidad, porque dan resistencia al soldado; y el que no tenga el hábito de la marcha sucumbirá á la fatiga tan pronto se vea en la necesidad de hacer varias etapas seguidas y maniobrar todo un día sobre el campo de batalla.

Aunque la marcha sea una de las maneras normales del hombre, aunque se ca-

mina todos los días, no abundan los buenos caminadores, porque no todos los hombres saben cuidarse evitando gastos inútiles de fuerza cuando se trata de hacer una larga tirada; para el militar existe una manera de marchar en la que se gastan las menos fuerzas posibles, que es la que enseñan nuestros manuales.

En la guerra es preciso saber correr. El paso gimnástico, ó sea el paso doble, tiene la ventaja de desarrollar considerablemente el aparato respiratorio y de suavizar las articulaciones de los pies y de las rodillas, y da al sistema muscular el vigor necesario para que el soldado pueda, en tiempo de guerra, hacer jornadas relativamente largas.

En ataques decisivos, es frecuente que una tropa se vea obligada á lanzarse rápidamente hacia adelante, bajo el fuego enemigo, para dar las cargas á que me refería anteriormente, en las que puede llegar á emplearse el arma blanca, ó en las que sólo se consolida, con el avance, la ventaja alcanzada por la desmoralización

que en el campo enemigo ha producido un tiro certero, de cañón ó de fusil.

Estos ataques, naturalmente, tienen que hacerse de manera brusca y pronta, las más de las veces á paso doble, tanto para desmoralizar al enemigo como para evitar las grandes pérdidas.

Y los hombres no habituados á marchar y á correr no sabrán defender ni su respiración ni sus piernas, y un inmediato cansancio será el resultado de su inexperiencia.

Hoy en día, ante los poderosos medios de acción que la ciencia ha puesto en las manos del hombre para hacer la guerra, todas las armas necesitan una movilidad mucho mayor que la que en otros tiempos se requería: es necesario posesionarse rápidamente de un dispositivo de combate, desplegarse en línea en direcciones distintas, marchar bajo el fuego de la artillería ó de la infantería, lanzarse sobre el enemigo con impetuosidad.

Sólo la práctica constante, no me cansaré de repetirlo, puede dar á las tropas

la elasticidad deseable, hacerlas fácilmente manejables y más capaces, en una palabra, de contribuir al éxito.

Para terminar, puede asegurarse de la manera más categórica que las *buenas cualidades profesionales* ejercen sobre el soldado la influencia más saludable desde el punto de vista moral, porque la fuerza, la destreza, la habilidad, aseguran la confianza en el propio valer, y esa confianza es la mitad de la victoria.

Mientras más instruído sea el soldado, técnica ó profesionalmente, más valeroso y audaz será, porque más seguridad tendrá de alcanzar resultados satisfactorios.

Sostenido por una fe inquebrantable en su fuerza y en su preparación, sabiendo que tiene en sus manos todas las probabilidades del triunfo, querrá vencer con voluntad firme, y vencerá.

VIII

C) CUALIDADES MORALES DEL SOLDADO.

Dentro del grupo que he calificado con el título de *Cualidades ó condiciones morales,* puede asegurarse que se comprenden todas las nobles virtudes capaces de alentar y conducir al corazón humano hacia todo lo grande y generoso, porque sin su íntima correlación no se concibe apenas acción meritoria sobre la tierra.

Para ser un soldado de *élite* no basta la posesión de un cuerpo robusto, de miembros ágiles y entrenados; no basta el conocimiento á fondo del manejo de sus armas y de los movimientos comprendidos en los manuales.

El soldado necesita cualidades morales de otra índole, superiores á todas las demás, porque ponen en acción las anterio-

res y garantizan la victoria al que la posee.

Todos los grandes escritores militares que se han ocupado de estudiar el combate—entre ellos el coronel Ardant Du Picq, el coronel Cardot, el teniente coronel Colín, el general Percin—dicen que aquél no es otra cosa que un conflicto de fuerzas morales. Fortalezas formidables, cañones y fusiles del más perfeccionado y mortífero modelo, soldados numerosos y habituados á los ejercicios y á las maniobras, todo eso no sirve de nada cuando las cualidades morales faltan á los ejércitos, cuando no tienen sus hombres el alma templada para la lucha, cuando sus espíritus no están disciplinados para hacer que el cuerpo les obedezca.

El alma de los combatientes es la fueza que precisa formar y desarrollar con el más resuelto empeño, porque puede decirse que es el elemento esencial de la victoria.

*
* *

El espíritu militar se forma, dice Geor-

ge Duruy (*"Evolution de l'esprit militaire"),* con cierto número de ideas, *de virtudes fundamentales,* que se encuentran efectivamente, desde hace siglos, en todos los hombres á quienes una vocación especial, que no es otra cosa que el despertar de este espíritu, ha compelido á abrazar la profesión de las armas.

Estas virtudes casi pueden condensarse en las fundamentales, que son el *honor,* el *valor,* la *disciplina* y la *abnegación.* Aun en los ejércitos de países en que, como en Francia, el sistema de gobierno ha cambiado frecuentemente, cambiando hasta la bandera y el uniforme, las virtudes profesionales se han conservado intactas.

Y son de tal modo ésas las virtudes profesionales del soldado, que se les encuentra en todas partes donde hay un ejército, en todos los tiempos y en todos los países. El ejército es un terreno donde esas primorosas flores se producen espontáneamente. No quiere esto decir que sólo se encuentren en la vida militar, sino que

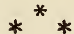
no hay verdadera vida militar donde no se encuentren.

Tan es así, que una especie de confraternidad misteriosa, más fuerte y atrayente que las enemistades nacionales, une no sólo á los hombres de un mismo ejército, sino á los de dos distintos que se encuentren en guerra. Enemigos sobre el campo de batalla, se consideran camaradas cuando la acción ha terminado, porque sin necesidad de mutuas confesiones se sienten creyentes de una misma fe, adoradores de un culto igual, bajo banderas y uniformes distintos.

Como prueba de ello, durante la Pascua de Navidad de 1914, los soldados franceses é ingleses llegaron á confraternizar de tal modo en las trincheras de la Champagne con los soldados alemanes durante la tregua tácita que en algunos lugares acordaron por cuenta propia los combatientes, que no fueron pocos los lugares donde pudieron obtenerse fotografías en las que podían observarse los cambios de

gorras por cascos, mientras se vaciaba la misma botella.

En el *Carnet de Campaña* del coronel Villebois-Mareuil, puede verse de qué manera este oficial distinguidísimo, de cuyo amor á Francia nadie podía dudar, en la noche de Noel de 1899, sintiéndose aislado y entristecido en medio de los boers por quienes había ido á luchar, fué á buscar calor y aliento en medio de oficiales alemanes que, como él, habían ido allí á servir con su espada una causa que consideraban justa. Y en esa hora, en que todos los hombres piensan en el hogar lejano, al chocar su copa con las de los enemigos tradicionales, él se sentía más en familia entre *oficiales de profesión,* aunque fuesen alemanes, que entre aquellos rudos milicianos que no consideraba como soldados.



Estas virtudes esenciales no han sido consideradas desde el mismo punto de vista al través de todos los tiempos. Con ellas

sucede lo que con el *delito natural,* cuya evolución estudia tan sabiamente Garófalo en su *Criminología.*

Del mismo modo que en otros tiempos no se conceptuaban como delictuosos actos que hoy reprueba horrorizada la conciencia pública, ó que se castigaban con dureza acciones que al presente se disculpan como propias de la frágil naturaleza humana, se realizaban acciones que el espíritu militar contemporáneo reprobaría unánimemente.

En el siglo XVIII, por ejemplo, el concepto del honor militar toleraba procedimientos que hoy se rechazan como vergonzosos. Durante la guerra de sucesión de Austria, el duque de Richelieu, á quien sus propios soldados habían bautizado con el sobrenombre de *el buen padre Merodeo,* se distinguió en Hannover por sus extorsiones á expensas de la población. La opinión pública se contentó con apodar "pabellón de Hannover" la casa que aquel jefe rapiñador había hecho construir con el producto de sus saqueos, sin duda porque

hechos semejantes eran demasiado frecuentes.

Hoy se elevaría la conciencia indignada contra el jefe militar que realizase hechos similares, y es por eso que se han levantado tantas protestas en Francia por los actos á que en algunos lugares, al decir de la prensa, se han entregado los invasores.

Lo mismo podría decirse *del valor*. El valor, sin duda alguna, figura siempre entre las virtudes cardinales del buen militar en todas partes del mundo, poniéndose en práctica como cosa natural, como elemental, al punto que ninguno se vanagloriaría de ser valeroso, por la misma razón que no podría alardear de no hacer trampas en el juego.

Pero la concepción del valor es distinta en nuestros tiempos á la que de él se tenía en épocas aún no muy lejanas. ¿Se concebiría á Condé, á Federico el Grande, á Ney, á Molke ó á Canrobert enseñando cuidadosamente á sus soldados el arte de preservarse contra las balas del enemigo,

aprovechando las quebraduras del terreno? Sin embargo, ese arte es el que se enseña con más cuidado en todos los textos que tratan del combate moderno.

En cuanto á la disciplina, á la manera de hacerse obedecer, á las relaciones que deben existir entre los jefes y sus subordinados, los sistemas puestos en práctica son totalmente diferentes. En tiempos de Luis XIV se hacía pasar por las vergas á los soldados indisciplinados. Federico Guillermo I utilizaba contra los insubordinados el *"Gassenlaufe,"* castigo que consistía en hacer pasar diez y seis veces al reo desnudo, con una pelota de plomo mordida entre los dientes, por delante de la tropa, que descargaba en sus espaldas las baquetas de los fusiles empapadas en agua salada...

¿Cómo podrían concebirse hoy castigos semejantes para imponer la disciplina y la obediencia?

Lo mismo podría decirse de todas las demás virtudes militares, cuyo concepto ha variado con los tiempos, aunque siempre,

de conformidad con las opiniones y las ideas reinantes en cada momento, esas virtudes hayan sido en el fondo las mismas.

Al estudiarlas á continuación, resultan divididas las virtudes militares en grandes grupos, que admiten, á su vez, nuevas subdivisiones, como veréis más adelante.

IX

EL HONOR, VIRTUD PRIMORDIAL.

Al tratar de las cualidades morales del soldado, es indispensable colocar el sentimiento del honor en primer lugar.

¡Qué difícil es hacer de esta humana virtud una definición que lo comprenda en toda su sublime grandeza!

Sin embargo, procuraré explicarlo, diciendo que el honor es el sentimiento de la *dignidad personal,* por el cual el hombre se propone merecer la satisfacción de su propia conciencia y hacerse acreedor á la estimación y al respeto de los demás.

Juez infalible, vigilante severo de nuestros actos, el honor no tolera ninguna mácula, ninguna debilidad, porque para todas las circunstancias de la vida impone una norma de conducta invariable.

Esa línea de conducta impone el horror á los medios vergonzosos ó inconfesables, amor á la justicia, culto por el respeto de sí mismo, pasión por los impulsos nobles y generosos. Por consiguiente, el honor es la fuente inagotable que surte toda la grandeza del corazón humano.

Es así como lo entendía el gran poeta Alfredo de Vigny, cuando lo ha expresado de esta manera: "El honor es el respeto de sí mismo y de la belleza de la propia vida, llevado hasta la pasión más ardiente."

El hombre de honor no se contenta con cumplir estrictamente con su deber, sino que siempre procura ir más allá: acciones heroicas, hazañas extraordinarias, sublimes locuras, sacrificios extremos, todo lo intenta para evitar la más ligera sospecha, para conservar al nombre toda su intangibilidad y á la vida toda su belleza.

Celoso de su reputación y orgulloso de la admiración de los demás hombres, desdeña, no obstante, el ruido, el fasto y las vanidades. No tiene necesidad de los mur-

mullos de aprobación de la multitud para seguir la ruta que aquel sentimiento le traza, y aun en el aislamiento más completo, con el convencimiento de que sus actos no serán conocidos de nadie, sigue siempre *semejante á sí mismo,* marchando por el camino derecho, y muere, si es preciso, lejos de las miradas de todos, sin aparato y sin gloria, antes que verse lastimado por la vergüenza.

El honor es un bien tan preciado, que los que lo saben tener por escudo, todo á él lo sacrifican. Batido y prisionero en Pavía por la indisciplina de sus ejércitos, Francisco I encuentra un consuelo al poder decir á su madre: *Todo se ha perdido, madre, menos el honor.*

En 1870, la Francia, vencida, luchaba sin esperanza tan sólo por el afán de salvar el honor nacional, al igual que han hecho Bélgica y Serbia en la presente contienda; porque sabían que el honor constituye siempre una pérdida irreparable, como la de la virginidad.

El hombre deshonrado pierde su propia

estima y la de sus conciudadanos; desterrado del mundo, odioso á sí mismo y á los demás, lleva sobre la frente el estigma de su falta, como una vergüenza que deja á los suyos en réproba herencia.

Arnold, después de traicionar á Wáshington, cuando terminada la guerra se fué con los realistas á Inglaterra, fué allí mirado con desprecio por todo el mundo, viéndose obligado á ir á residir á Francia; y todavía allí, era tal la impresión que había dejado en su país, que se vió obligado una vez á declarar á un estadista francés: *"Nací en América; allí pasé casi toda mi juventud; pero, desgraciado de mí, no puedo llamar amigo mío á ningún americano!"*

El general Moreau, después de haberse cubierto de gloria peleando por Francia en Italia y en Alemania, especialmente en la batalla de Hohenlinden, se pasó á los enemigos de su país, y, peleando por Rusia, cayó en la batalla de Dresde, execrado por aquellos á quienes antes había conducido á la victoria.

Durante la guerra de independencia, el comandante Guzmán, después de asesinar dormido al oficial que preso lo conducía y que lo había dejado en relativa libertad confiando en la amistad y en la palabra de honor que le diera, fué á incorporarse á aquellas fuerzas mercenarias formadas con *detritus* de la Revolución y de los pueblos, que mandaba Masó Parra, otro *presentado* como él. Y despreciados por todos sus conciudadanos, no pudieron residir en el país, viéndose obligados á irse lejos, tal vez para perecer como buitres sobre la presa muerta en una de esas *boleras* que tanto abundan en Hispano América.

Por el contrario, aquel que muere con honor, termina gloriosamente su carrera. Tal fué la muerte del hombre más bravo entre los bravos de la tierra, el mariscal Ney, que pudiendo acogerse al beneficio que le proporcionaba el lugar de su nacimiento, con lo cual hubiera salvado la vida, dijo altivo al consejo de guerra que lo juzgaba: *"Nací francés, y francés quiero morir;"* tal la de Dessaix en los campos de

Marengo, la de Martí en los campos de Dos Ríos y Maceo en los de Punta Brava; todos los cuales, llevándose á la tumba la admiración y las lágrimas de los hombres honrados, continúan viviendo en la memoria de sus compatriotas y sirviendo de ejemplo á las futuras generaciones.

El honor es una virtud que puede ser de todo el mundo; pero es, por encima de todo, la virtud suprema del soldado. Y es tan necesario al ejército, exige de todos, oficiales y soldados, una conducta tan conforme con la idea que de él vengo desarrollando, que el *honor militar* constituye una frase proverbial en el mundo, con la cual quiere expresarse que *militar* es sinónimo de *caballero,* y un caballero es un hombre que tiene el honor por norma de todos los actos de su vida. Por consiguiente, un *caballero oficial* tiene que ser un tipo perfecto de hombre ideal.



El honor militar evidentemente abarca todas las virtudes que forman al buen sol-

dado; pero desde el punto de vista particular en que aquí nos colocamos, hay ciertos deberes que el honor ordena cumplir de modo riguroso: la *probidad,* la *lealtad* y la *humanidad.*

La *probidad* consiste, en el soldado, en respetar los bienes y los derechos ajenos, lo mismo en tiempos de paz que en tiempos de guerra.

No es necesario demostrar la necesidad de ser *probo* en tiempos de paz, porque todo hombre, sea cual fuere, está obligado á conformarse en este punto á la ley moral lo mismo que á la social, consignada en los códigos; pero conviene hacer notar que el militar, precisamente á causa del aspecto de fuerza con que se cubre, debe dar pruebras de una honradez tan escrupulosa, que desafíe la menor sospecha.

Esta obligación de la probidad para el militar es imperiosa en tiempos de guerra. En otras épocas, como hemos dicho anteriormente, las leyes de la guerra autorizaban el pillaje de una ciudad asaltada y permitían á los soldados despojar á los ha-

bitantes de los países conquistados y de las regiones enemigas que atravesaban.

Durante la campaña de Italia, no sólo vivió Napoleón á expensas de los territorios que ocupaba, sino que todavía pudo permitirse el lujo de enviar dinero en crecidas cantidades al Gobierno Revolucionario, como producto de sus exacciones y de sus saqueos en gran escala.

Hoy el honor prohibe á los soldados hacer la guerra para de ella sacar provecho material, abusar de la fuerza para despojar á los desventurados habitantes de las provincias invadidas.

El *merodeo* no se permite tampoco, lo mismo que el pillaje. Es frecuente que los soldados intenten quedarse ex profeso á retaguardia de la columna en marcha, ó escaparse furtivamente del campamento para ir á saquear en los campos y en las haciendas vecinas. El *merodeo* es indigno de un soldado que se respeta, porque constituye un verdadero robo, aun cuando se realice en territorio enemigo.

Por lo demás, si fuera tolerado, causa-

ría á los ejércitos gravísimos perjuicios, porque el desorden engendra la indisciplina, permitiendo que á la hora del combate, en lugar de estar en sus puestos los combatientes, se ocupen en despojar á los pacíficos. Los soldados de Pichegrú, como hacía notar el otro día, se hicieron notar en Amsterdam por su desprecio hacia el botín, habituados como estaban los holandeses á las pillerías de los ingleses y de los teutones.

La *lealtad* es la franqueza en las palabras y en las acciones. *Ser leal* es, pues, proceder en toda circunstancia con corrección y rectitud; es decir la verdad y aceptar con entereza la responsabilidad de lo que se ha dicho ó se ha hecho; es ser fiel á la palabra empeñada, es cumplir los compromisos contraídos, respetar el juramento prestado.

El espíritu recto no puede representarse en un soldado mentiroso, hipócrita ó perjuro; el uniforme que lleva, parece un escudo que garantiza su lealtad.

El honor obliga al soldado á no entre-

garse durante la guerra á ningún acto de salvajismo hacia la población civil, de mostrarse *humano,* bueno y generoso después del combate. Las mujeres, los niños, los viejos, los hombres que no pertenecen á las fuerzas combatientes y que no toman parte en las operaciones militares, no son enemigos.

Durante la guerra actual, Francia se ha visto en la necesidad de discutir públicamente el problema de la situación ó condición de los hijos de la violencia, que en aquel país, al igual que en Bélgica, resultan en número abrumador.

El soldado debe abstenerse, como de un crimen, de todo atentado contra la vida y de toda violencia contra los no combatientes. Es de una obligación absoluta *respetar el honor* y los derechos de la familia, *no atacar el pudor de las mujeres,* la pureza de los niños, la debilidad de los ancianos. El homicidio, las amenazas condicionales, las heridas, las violencias, los arrestos, los secuestros arbitrarios, son crímenes en tiempos de guerra como en tiem-

pos de paz, en país enemigo como en territorio nacional. (*"Manuel de droit international á l'usage des officiers de l'armée de terre,"* en Francia).

De igual modo, toda cólera debe cesar desde el momento que la lucha ha terminado. Un enemigo desarmado, herido ó prisionero, deja al mismo instante de ser tal enemigo. No está permitido atropellarlo, humillarlo, dirigirle epítetos groseros ó avergonzarlo con su derrota; el enemigo vencido tiene derecho á todas las consideraciones del vencedor, porque "la generosidad honra al valor," según dicen casi todos los reglamentos de campaña del mundo.

Rendir honor al valor desdichado es dar pruebas de sentimientos elevados, es honrar la bandera bajo cuyos pliegues se combate. La guerra no supone necesariamente un odio profundo entre los pueblos que pelean.

En Crimea, los rusos y los franceses, á pesar del encarnizamiento de la lucha, no se odiaron, y al terminarla, como se ha-

bían conducido todos como hombres de honor, pudieron tenderse la mano en una amistad sincera y leal.

Rusos y japoneses lucharon con lealtad en la Mandchuria, y por eso hoy el Japón presta á Rusia un decidido apoyo en esta gran contienda. A principios de esta guerra, los australianos que tripulaban el *Sydney* se honraron rindiendo tributo de respeto y admiración hacia los heroicos alemanes que combatían desde el *Endem,* en la isla de los Cocos, en Oceanía.

* * *

El honor es el lazo que une entre sí los soldados de un mismo cuerpo. Un regimiento es una gran familia, en la que todos los hombres son solidarios de las acciones individuales, y en la que todos se empeñan por igual en conservar las tradiciones de que se enorgullecen.

El *honor del regimiento* se forma con el de cada uno de los hombres que lo integran, desde el coronel hasta el último sol-

dado. Cualquiera que lo disminuya con su mala conducta ó con su cobardía, ataca el honor de sus compañeros de armas; por el contrario, la bravura, las acciones meritorias de un oficial ó de un soldado, honran á todo el regimiento y agregan una página gloriosa á su historia.

De allí nace ese sentimiento que estrecha en íntima confraternidad á todos los hombres que en él figuran, y que se llama el *espíritu de cuerpo.*

Los soldados deben amar á sus regimientos, enorgullecerse con su pasado, con sus glorias y con sus títulos, porque llamados á combatir y tal vez á morir bajo la misma bandera, unidos entre sí por los mismos sentimientos é idénticas aspiraciones, no pueden dejar de engrandecerse á sí propios al engrandecer la fuerza en que figuran.

Gracias á ese espíritu de cuerpo, cuando se conserva cuidadosamente y con una *mira noble y elevada,* ciertas tropas han conquistado un renombre legendario. Napoleón, que tantas cosas sabía aprovechar en

los hombres para hacerlos combatir, explotaba y estimulaba ese espíritu de cuerpo otorgando nombres y títulos especiales á los regimientos, que los portaban en sus banderas. Así, en la bandera de la 84ª media brigada de línea, podía leerse: *Diez contra uno.* Sobre la de la 57ª: *La terrible 57ª media brigada que nada detiene.* Sobre la de la 18ª: *Brava 18ª, yo te conozco; el enemigo no podrá resistirte!...*

"La reputación merecida que se hace una tropa, dice el general Brack, corre rápidamente por el ejército. Si tenéis el honor de pertenecer á este bravo regimiento, los goces de vuestro amor propio no tienen límites. Yo he visto regimientos aplaudidos por todo un ejército. Se les gritaba ¡bravo! desde que aparecían en línea. Se formaban multitudes para ir á estrechar la mano de sus hombres. Y ¡qué impulso no daba su presencia!

—¡Está con nosotros—gritaban todos; —la victoria es nuestra!

Y si los heridos de estos regimientos

volvían á la retaguardia, todos querían darles cuanto tenían.

La reputación de un cuerpo no se adquiere solamente dentro del propio ejército, sino que el enemigo mismo está sometido á su influencia, porque esa reputación los desmoraliza y debilita su defensa con la sola vista de sus uniformes."

Y así es, en efecto, porque la Guardia Imperial de Napoleón imponía tan sólo con su nombre, como ahora sucede con la Imperial alemana. Los fusileros marinos franceses que pelearon en Dixmude y en la Champagne, los zuavos que iban á la vanguardia del general Castelnau en el Gran Couroné, y los *diablos azules*—cazazadores alpinos—que han combatido en Les Eparges, tienen ya ganada una reputación de heroísmo, bastante para enorgullecer á toda Francia.

La solidaridad que se establece entre todos los miembros de un regimiento no los obliga solamente á acrecentar su reputación, sino que les impone también el deber de defenderla con cuidado celoso.

Cada soldado, guardián del honor de todos, sería culpable si no se opusiese con la mayor energía á todo acto que pudiese ocasionar algún daño al cuerpo entero.

Los soldados de la Revolución y del Primer Imperio, cuando alguno de ellos cometía algún acto indigno, lo hacían juzgar sin pérdida de tiempo. A este respecto, dice el general Morand en sus *Memorias*:

"En los regimientos de mi división, dice, y en muchos otros regimientos del ejército, al día siguiente de una batalla se veia en los campos á las escuadras formarse en tribunales y llevar á ellos á todos los soldados ausentes de la pelea; se escuchaba la defensa de los acusados, y una decisión soberana y sin apelación los absolvía ó les sometía á una corrección, que los jueces aplicaban en el acto. La acusación ó la sospecha de cobardía no era solamente la que podía motivar un juicio; sino todo hábito, toda inclinación viciosa que hacía á un soldado incómodo ó peligroso para sus camaradas."

Por último, el honor exige que no se

abandone el campo de batalla, como no sea obedeciendo órdenes formales, que se pelee hasta el último extremo, que no se rindan las armas mientras con ellas pueda hacerse daño al enemigo.

El honor es un levantador del espíritu tan poderoso, que es muy raro que un jefe no obtenga todo lo que desee de una tropa disciplinada, cuando apela á este sentimiento de sus hombres. Porque cuando el honor está en juego, no le es permitido al soldado la duda, debiendo estar pronto á todo: resistencias heroicas, cargas desesperadas, sacrificios sublimes, ya que cuando el honor manda al soldado morir, debe obedecer sin vacilaciones.

X

EL VALOR.

Siendo el *valor* una de las virtudes fundamentales del soldado, porque sin él no se concibe que un hombre pueda dedicarse á la carrera de las armas, es indispensable que á su estudio dediquemos todo el interés que la índole de estas conferencias permita.

El *valor militar,* tal como se entiende comúnmente, es la calma y la sangre fría en medio de los riesgos de la lucha, es el impulso y la impetuosidad con que se bravean los peligros y se afronta la muerte sobre el campo de batalla.

Pero en su sentido más general, dice el profesor P. F. Thomas (*"Cours de Philossophie"*), "el término valor designa el

carácter de toda voluntad fuerte y reflexiva, que es capaz de proseguir libremente la finalidad que se ha propuesto, á pesar de los obstáculos con que tropiece y los sacrificios que le cueste."

El valor, pues, no se confunde ni con el atrevimiento imprudente del niño ó del demente que corren hacia los peligros sin verlos, ni con la violencia brutal del hombre que expone la vida cuando la pasión lo ciega; ni menos puede confundirse con las bravatas del fanfarrón, cuyo ardor decae cuando precisa actuar.

El verdadero valor no se encuentra sino en el hombre de corazón, de raciocinio y de voluntad.

A causa de esta complejidad, dice el propio Thomas, es extremadamente difícil apreciar el *valor moral.* Para hacerlo justamente, sería necesario, en efecto, saber:

1° Qué idea se hace el hombre valeroso del acto que realiza.

2° Qué sacrificios este acto exige de

él, porque su mérito será distinto según que se imponga simplemente una ligera fatiga, ó distraiga un poco de su tiempo, ó que, por el contrario, exponga su fortuna, su posición ó su vida.

3º Qué esfuerzo debe hacer sobre sí mismo para actuar de tal modo y contra qué resistencias interiores y exteriores tiene que luchar, porque todos no tenemos ni la misma fuerza física, ni idéntica energía moral; hay hombres para quienes el miedo es casi desconocido, y hay otros, aun entre los más bravos—como veremos más adelante—, á quienes hace temblar, por lo cual es más meritorio el valor de éstos que el de aquéllos.

4º Qué motivos ha tenido ó qué móviles le han impulsado para actuar; es decir, si son la vanidad ó el interés, ó la generosidad y el altruismo.

A todo lo cual debe agregarse si el acto valeroso ha sido realizado por accidente ó por hábito.

Los *estoicos* aseguraban que no había

verdadero valor donde no hubiera justicia, y es por eso que lo definían diciendo que "es la virtud combatiendo por la equidad."

* * *

Según las circunstancias en que se ejerce y las formas que reviste, se conocen varias clases de valor. El valor militar, hace la bravura; el valor cívico, hace la firmeza y la intrepidez; el valor para soportar las pruebas de la vida, hace la paciencia y la resignación. De todos modos, afirma Thomas, se necesita más valor para cumplir con sus deberes de hombre honrado que para afrontar la muerte en la pelea.

Del valor podrían hacerse muchas clasificaciones. Hay, primero, *valor personal* y *valor colectivo.*

Es frecuente ver hombres en tiempos de paz que se arriesgan de continuo en lances personales, como consecuencia de campañas periodísticas, de polémicas políticas,

de cuestiones amorosas ó familiares, y que, no obstante, se ven dominados por el temor cuando se trata de luchar á campo abierto, en nutrida compañía, contra adversarios numerosos.

Por el contrario, es más frecuente todavía ver otros que en tiempos normales pasan por hombres apacibles, de una prudencia rayana en la pobreza de espíritu, que, llegado el momento de ponerse frente al enemigo en el combate, son de una bravura digna de todo encomio.

El valor se puede dividir también en tres categorías: á la primera pertenece el valor por temperamento, por innata fogosidad; á la segunda, el valor reflexivo, producto de la propia estimación; y á la tercera, el valor que se forma por la fuerza de la disciplina, por el entrenamiento, por el ejemplo y la costumbre del peligro.

El conde Max Caccia (*"Du mérite de la carrière des armes en temps de paix"*), divide el valor en dos clases: en la primera comprende, de manera general, el valor

para luchar contra el peligro que venga del exterior, sea cual fuere la forma en que se presente; y en la segunda, el valor para consigo mismo, para resistir toda clase de obstáculos.

Hay, por último, para no continuar estas clasificaciones, el *valor activo* y el *valor pasivo,* en atención á que sobre el campo de batalla puede manifestarse de dos maneras fundamentales.

Cuando una fuerza se sostiene con tesón inquebrantable en su puesto, bajo las balas y la metralla, para permitir á otra fuerza hermana la ejecución de un movimiento importante, ó para cerrar un paso que no deba abrirse, da muestras inequívocas de *valor pasivo;* cuando una fuerza, al recibir la orden de su jefe, se lanza al asalto de una posición peligrosa sin titubear, da pruebas de un *valor activo.*

Uno y otro valor, la calma en un caso y la impetuosidad en el otro, constituyen el valor militar por excelencia, porque igualmente meritorio es para el soldado

sufrir fríamente un fuego violento, que correr con audacia hacia el enemigo.

***

Ahora bien, no sería posible estudiar el *valor* sin que al mismo tiempo nos ocupásemos del *miedo*.

En la guerra, desde que se escuchan los primeros disparos, es casi imposible dejar de *sentir miedo,* que es una sensación que todos los hombres experimentan cuando escuchan el fuego por primera vez.

Enrique IV decía que tenía miedo siempre al principio de cada combate. El Gran Turena, presa de una profunda emoción cada vez que comenzaba la batalla, solía decir, dirigiéndose á su propio cuerpo: "Tiemblas, vieja armadura... ¡cómo tú temblarías si supieras adónde yo voy á llevarte ahora!" El mariscal Ney, conceptuado en el universo como el bravo entre los bravos, ha dicho: "Triple mentiroso es el que se jacta de no haber experimentado miedo jamás..." Ignacio Agramonte, cu-

yo valor nadie pudo poner en duda ni un instante, no podía impedir un ligero temblor del lado derecho del labio superior, antes de comenzar la pelea.

Si, pues, los bravos han tenido miedo, ¿en qué consiste?

El miedo, dice el general Percin (*"Le Combat"*), *es la forma más simple del instinto de conservación.* El hombre que no tuviera miedo, no podría vivir un día.

"Todos los hombres, continúa, no aprecian un peligro igual de idéntica manera, ni ante él experimentan los mismos efectos. *El bravo es el que, aunque conturbado por el temor del peligro, pasa á segundo plano el interés de su conservación personal.* Es el tirador que, echado detrás de su abrigo, donde nada arriesga, se descubre para disparar ó para lanzarse al ataque, porque ha recibido orden de su jefe."

El *cobarde* no es aquel á quien el terror ha dominado al punto de hacerle perder la voluntad de actuar, de robarle hasta el instinto de la propia conservación, dejándose matar sin intentar la defensa.

El *cobarde es el que, formándose del peligro una idea exacta, afrontándolo con calma, combina fríamente los medios de evitarlo á todo precio;* se queda echado contra el suelo cuando sus camaradas van hacia adelante; finge estar dominado por el terror para justificar su escapada; se oculta en un foso con la esperanza de que no lo vean; se entretiene prestando auxilio á los heridos para quedarse detrás; pierde voluntariamente sus cartuchos para tener el pretexto de ir á buscar más sobre un muerto; simula una lastimadura en un pie para no marchar; coloca una piedra bajo la silla de su caballo para que se hiera y se imposibilite; se hiere por su propia mano para que lo lleven á la ambulancia.

El miedo, dice Alberge, profesor de la Escuela Militar Preparatoria de Infantería de Montreuil-Sur-Mer (*"Education militaire et patriotique de la jeuneuse et de l'armée"*) es una especie de rebelión de la carne, á la que todo el mundo paga tributo á su pesar.

Grandmaison (*"Dressage de l'Infante-*

rie en vue du combat offensif") dice que "exponer la vida á cada paso durante horas enteras, no es un juego para la mayoría de los hombres; por eso, sea cual fuere el adversario que le da la cara, *el hombre en el combate no tiene más enemigo que el miedo, que es de lo que habla menos á gusto.*

El *miedo,* dice Charles Richet ("*La Peur*" *Revue des Deux Mondes,* Julio de 1886), es una protección contra la muerte, que por saludable que sea debe ser combatida; es una emoción de orden inferior, que es preciso dominar.



Esa impresión de temor, en la que todos están contestes, por penosa que parezca de primera intención, no tiene nada de deshonorante, y llega á dominarse con relativa facilidad, actuando sobre los nervios con voluntad.

Al oír el silbido de las balas, muchos soldados, obedeciendo al instinto de con-

servación, bajan la cabeza; y sin embargo, ese movimiento instintivo no es, no puede ser una prueba de cobardía.

"No os apresuréis, ha dicho el general Brack—cita Alberge—, á calificar como cobarde al joven que palidece yendo al fuego por primera vez, porque su corazón y su voluntad pueden estar firmes. ¿Cuál es el viejo soldado que, francamente, con la mano sobre el pecho, puede alabarse de haber recibido el bautismo de fuego sin emoción?"

El miedo es excusable cuando es momentáneo y no degenera en cobardía; y es cobardía ceder al miedo, no tener fuerza de voluntad para reaccionar contra él, obedecer á ese instinto de conservación que impulsa al hombre á temer al peligro.

Es cobarde el que todo lo olvida por salvar la vida amenazada: ni el deber, ni el honor, ni el patriotismo hablan bastante alto á su corazón para imponer silencio al egoísmo, importándole poco su reputación, el nombre del cuerpo á que pertenece, los lazos de solidaridad que le unen á

sus compañeros de armas, los peligros de la patria.

Al principio de la guerra europea, leyendo periódicos con el afán insaciable de las noticias, encontré en un número de *Le Journal,* de París, un relato conmovedor, que ahora me viene á la memoria, aunque sin poder precisar con certeza el nombre del héroe, que me hizo una profundísima impresión.

Tratábase de resistir á pie firme en una trinchera un furioso ataque iniciado por los alemanes, después de algunos días de calma; y aunque todos los hombres eran aguerridos, la ansiedad de la espera viendo avanzar al enemigo, hacía que más de uno escuchase tembloroso el seco traquetear de las ametralladoras, el metálico chirrido de los obuses al estallar y el ruido de tela que se desgarra en el aire de las descargas cerradas...

En los instantes más rudos, surge de entre todos un hombre, de nariz grande, de barba corta, de pálidas mejillas, cejas espesas por encima de dos grandes ojos ne-

gros que brillan como ascuas, con una gorra inclinada sobre la oreja y una pipa colgando de los dientes, á la manera militar... Este hombre es el capellán del regimiento, que se dirige con paso lento á la trinchera, de la que escala el lugar más peligroso.

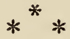
Silenciosos, cubiertos por una palidez intensa, los franceses esperan. Y el capellán, permaneciendo en pie, como si quisiera hacerse ver de todos, aprieta fuertemente los puños y las mandíbulas, hace esfuerzos para no sonar los dientes. Francamente *se ve* cómo el espíritu aprisiona brutalmente á un cuerpo dispuesto á la traición.

—¿Tenéis miedo, hijos míos?—les dice—. *¡Yo también lo tengo!* ¡No es vergonzoso tenerlo cuando se tiene, al propio tiempo, un corazón para dominarlo!... ¡Defendéis aquí vuestro suelo, vuestras familias, vuestra libertad!... ¡Por eso ni uno sólo flaqueará!... Vamos, ¿estáis de rodillas?... ¿os arrepentís de vuestras

faltas todas?... Pues voy á daros la absolución!...

Y saliendo por completo de la trinchera, encaramándose sobre el promontorio de defensa y dando la espalda al enemigo que avanza, traza lentamente en el aire la señal de la cruz...

Y este relato se me quedó grabado en la mente con una precisión que al recordarlo me imagino siempre ver al capellán haciendo trazos en el aire con la mano extendida, porque me dió la idea exacta, admirablemente expresada, del verdadero valor, del reflexivo y consciente, que es con el que más grandes proezas se han realizado en la tierra.



El miedo lo han estudiado desde el punto de vista fisiológico y psicológico, en trabajos admirables por todos conceptos, muchos notables pensadores, entre los que pueden citarse el doctor A. Mosso, profesor de la Universidad de Turín, autor de

una obra titulada "El Miedo", en la cual cita el caso de un militar amigo suyo, que al sentir el fuego por primera vez, "creía que el cuerpo se le derretía, á causa del flujo que le atormentaba, por lo que se veía obligado á estar siempre acurrucado en las zanjas, casi sin poderse levantar;" los trabajos del profesor Richet, publicados especialmente en la *"Revue des Deux Mondes"* de julio de 1886, y en la *"Revue"* de febrero de 1910; el estudio de Darwin, uno de sus más notables escritos, titulado *"The expression of the emotions,"* y la obra de Lange titulada *"Les Emotions."*

En esos trabajos se sostiene que el miedo es, ante todo, una emoción dolorosa, *un sufrimiento,* citándose, en su corroboración, el temor de una operación de cirugía, el miedo á una noticia desagradable que impide abrir un telegrama, ó el temor infantil, pero humano, de la noche silenciosa desde que la soledad comienza á imperar.

Después, se sostiene también que es *un esfuerzo, una tendencia,* ó un *conflicto* de

tendencias y esfuerzos. Tendencia á huir, á esconderse; esfuerzo para prepararse á sufrir un choque con el menor daño posible. Y que el miedo es, por último, un *pensamiento, una idea.*

De todo lo cual, se hace el resumen de esta manera: el miedo tiene cuatro elementos: *uno afectivo,* el sufrimiento; *uno intelectual,* la idea; *uno físico,* un trastorno general y sobre todo vaso-motor; y *otro activo,* el esfuerzo.

¿Cuál de esos elementos es el esencial del miedo? El sufrimiento no es, porque éste resulta, como fenómeno secundario, de la molestia ó de la paralización de nuestras tendencias; resulta del conflicto de tendencias que se desencadenan en el individuo, de esfuerzos contradictorios é impotentes del ser atemorizado.

La *idea* del peligro, es más bien la causa que la esencia del miedo. Lange y W. James pretenden que el elemento esencial del miedo está en el trastorno físico. Según la teoría por ellos sustentada, muy en boga desde hace algunos años, en toda

emoción el trastorno físico es el hecho real importante, porque aquélla no es más que la sensación confusa de este trastorno. El miedo es una mezcla de sensaciones musculares y viscerales; sentimos vagamente que nuestro corazón late con más fuerza, que nuestra garganta se cierra, y todo eso, que es la emoción misma, no es sino "la reverberación consciente de estos actos reflejos," llegando á figurarnos que es un sentimiento del alma, no siendo más que una enfermedad obscura del cuerpo.

Como no puede ser cuestión de discutir aquí el detalle de esta teoría, que ha seducido á muchos psicólogos, y que el profesor Enrique José Varona refuta con la claridad y precisión que le son habituales, me limito á señalarla.



Tratando de *las causas que producen el miedo,* hay quien asegura que tienen su fundamento en *una idea;* pero negando que esta idea sea la de *la muerte,* como

piensan otros, porque tiene miedo el candidato que teme acercarse á la lista de elegidos y no verse en ella, lo tiene el orador que va á hablar ante una muchedumbre, lo tiene el actor antes de presentarse por primera vez frente al público, sin que la idea de la muerte, donde no existe su peligro, pueda ser la causa de la sensación; negando, de igual modo, en contra de lo que aseguran Colin y Percin (obs. cts.), que sea *lo desconocido* la causa del miedo, porque hay muchos casos en que el miedo se produce aun estando de antemano todo previsto y calculado, como cuando sabemos que van á disparar á nuestro lado un pistoletazo.

Para Richet, el miedo tiene por causa la espera de una sensación ó de una emoción extraordinaria, de una sacudida física ó moral, ó de un choque nervioso. Los que con él piensan, sostienen que la mejor prueba de que es así, es que el miedo se produce aun cuando lo que se espere sea un placer, como cuando sabemos que se va á hacer nuestro elogio en público, ó cuan-

do, premiado un trabajo nuestro, esperamos también en público que se mencione nuestro nombre.

De esta teoría sobre la causa del miedo sacan sus sostenedores una clasificación simple: el miedo al sufrimiento físico y el miedo á las emociones.

Sea de todo ello lo que fuere, á nosotros lo que nos interesa es el miedo como fuerza moral, como elemento á considerar en el combate.

El general Percin y el teniente coronel Colin entienden que las causas principales del miedo son *lo desconocido, la sorpresa y el aislamiento.*

"Cuando se aproxima el combate, dice Colin (*"Les transformations de la Guerre"),* la ansiedad crece. Jóvenes vigorosos y bravos que se expondrían sin la menor emoción á un peligro cierto por salvar la vida de un semejante, se trastornan ante la idea del combate, *porque no llegan á formarse un concepto claro de lo que va á suceder.* Si de pronto oyen disparos *hacia adelante* y se les conduce al asalto contra

un *enemigo visible,* la ansiedad desaparece, porque ya *no hay desconocido* al saber cada cual de qué se trata. Estos jóvenes, en la mayor parte de los casos, desde que *ven la finalidad* y lo que de ellos se espera, miden el peligro y van atrevidamente hacia adelante."

El *aislamiento* agrava lo desconocido y, por consiguiente, las causas del miedo.

"Si no se puede encuadrar al soldado nuevo en una tropa de hombres aguerridos, dice Colin, el único medio de darle confianza es el de tener á retaguardia, á alguna distancia, *un sostén.*"

"Cada hombre debe—dice á este respecto un oficial que hizo todas las guerras del Segundo Imperio en Francia, el teniente Sacreste (*"Le tiralleur et la tactique de l'avenir"*)—ver detrás de él á corta distancia una tropa que siga y apoye su movimiento, porque ello le da confianza y lo hace más audaz. En varios momentos críticos, he podido oír esta reflexión: "¡No hay nadie detrás de nosotros!" La palabra corría, las cabezas se volvían ansiosas ha-

cia atrás y casi infaliblemente el impulso quedaba roto. No conviene equivocarse: los tiradores lanzados hacia adelante saben bien que están llamados á sufrir grandes pérdidas, y no ignoran su misión de sacrificio; pero este sacrificio no lo aceptarán de buena gana sino al ver que no es inútil y que hay cerca alguien que va á ayudarles, que los vengará si sucumben, y que en todo caso aprovechará sus esfuerzos..."



El miedo es inevitable, y por eso, repito, no es vergonzoso sentirlo; lo que es vituperable, es la falta de energía y de corazón para sobreponérsele, llegando á *la cobardía.*

El *cobarde,* dominado por el instinto y sin fuerzas para resistirlo, huye del combate y pretende esquivar las balas poniéndose á distancia, como si éstas no se le adelantasen, y como si el medio más seguro de defenderse contra la muerte en el

campo de batalla, no fuese el oponer al enemigo una encarnizada resistencia.

La energía perseverante concluye siempre por cansar al adversario, disminuyendo su audacia y quitándole los medios de acción. El bravo corre menos peligro que el poltrón, porque mientras éste, medio muerto por el terror, es incapaz de hacer daño al enemigo y se entrega sin defensa, el soldado valeroso, en plena posesión de su sangre fría ó de su voluntad de actuar, utiliza sus medios de defensa personal, con los que aumenta su posibilidad de salud.

Voy á citar un ejemplo práctico en breves palabras. Ya terminándose la guerra de independencia, con fuerzas del regimiento á que yo pertenecía, se dió una sorpresa á una guerrilla española en las cercanías de Camajuaní.

Como un relámpago caímos sobre el enemigo atribulado y confuso, desbaratándolo en pocos instantes; y momentos después, cuando recorríamos el lugar del combate, que era el batey de un ingenio

demolido, recogiendo nuestro botín nos encontramos conque dentro de las paredes del ingenio había tres hombres dispuestos á vender cara la vida, que disparaban sobre nosotros á muy corta distancia y sobre el montón.

En menos tiempo del que empleamos para dar la carga, nos hicieron estos tres hombres más bajas que las quq habíamos sufrido al dar aquélla; y nosotros tomamos el buen acuerdo de no entretenernos en la cacería de tres valientes, cuyas vidas hubieran sido pagadas con una extraordinaria usura por nuestra parte, sin contar conque el tiempo nos era preciso.

Si aquellos hombres no se hubieran resuelto decididamente á morir como valerosos, no hubieran logrado vivir como hombres de corazón.

Por lo demás, en la guerra es preciso llegar á creer en el destino. De otro modo no se explica que unos hombres perezcan desde que se disparan los primeros tiros, ó que resulten heridos siempre que van al combate, ó que, por el contrario, pasen co-

mo seres intangibles por cien campos de batalla sin que jamás los haya lastimado un rasguño.

A este respecto, cuéntase que Napoleón, en la batalla de Friedland, al ver á un soldado bajar la cabeza en los momentos en que pasaba un obús, le dijo sonriendo: "Si ese obús estuviese destinado para ti, hubiera ido á buscarte cien pies bajo la tierra;" y el general Maceo afirmaba "que la bala que viene derecha no trae jorobas."

El general Rapp salía herido en todas las batallas, "para no perder la costumbre," como él mismo decía; por el contrario, el general Murat, de una bravura loca, vestido como para gran parada, cubierto de dorados, de atributos multicolores y con un penacho de plumas riquísimas en las que ponía sus más extremos cuidados—con todo lo cual llamaba la atención del enemigo—, cargó durante veinte años á la cabeza de sus escuadrones sobre los campos de batalla de Europa, sin que en todas sus heroicas cabalgadas, en

las que parecía desafiar la muerte, fuese herido ni una sola vez.

Las balas y los obuses no hacen tantas víctimas como se piensa generalmente, y ello puede verse por el tanto por ciento de bajas que se han producido, en relación con el número de combatientes, en las campañas más notables de los últimos tiempos:

En la guerra de los Siete Años, hubo el	40 %	de	bajas.
En las guerras de Napoleón.	35 %	„	„
En la guerra de Crimea.	15 %	„	„
En la guerra de Italia.	10 %	„	„
En la guerra Franco-Alemana (70-71).	14 %	„	„
En la guerra de China.	10 %	„	„
En la guerra del Transvaal.	9 %	„	„
En la guerra Ruso-Japonesa.	35 %	„	„
En la guerra de los Búlgaros contra los Turcos.	12 %	„	„
En la guerra de los Griegos contra los Turcos.	5 %	„	„

(Estos datos aparecen recopilados por el General Percin en su obra *Le Combat*, tomándolos casi en su mayoría del curso profesado en Valde Grace en 1912 por el Dr. Ferratón, y de una información hecha por *Le Matin* del 30 de Septiembre de 1913).

Las cifras anteriores se refieren al conjunto de las fuerzas comprendidas. Naturalmente, en todas las guerras hay algunas batallas que son particularmente más sangrientas y encarnizadas que otras, de

igual modo que en todas las batallas hay cuerpos ó tropas que sufren mayor número de bajas que otras, como sucedió á un regimiento serbio de la división del Drina, que perdió el 60 por ciento delante de Monastir.

Por lo anteriormente expuesto, se ve que todo hombre que parte para la guerra tiene siempre muchas más probabilidades de volver sano y salvo, que de ser herido ó muerto.

Las fatigas y las privaciones, las enfermedades y las epidemias, son más mortíferas que los disparos del enemigo, sobre todo cuando el espíritu de los hombres no está fuertemente templado.

¡Cuántos compañeros de la guerra de Independencia no sucumbieron por su propia falta, por no haber reaccionado vigorosamente contra el desaliento! Muchos de ellos no hubieran perecido miserablemente en las rancherías, ó internados en las maniguas, si hubieran sido valerosos contra el sufrimiento, como lo habían sido en el combate. Son incontables los casos de hom-

bres que fueron impasibles bajo el fuego, ó ardorosos en el ataque, y que, sin embargo, se rindieron ante las privaciones, creyéndose incapaces de triunfar de tantos males.

El coraje del campo de batalla, pues, no es el más difícil de tener, porque en el combate todo excita y alienta al soldado: la voz y el ejemplo del jefe, el contacto con los compañeros, el olor de la pólvora; pero este género de valor, que hablando propiamente se llama *bravura,* no es el único que la guerra exige. Es preciso también soportar sin quejas las fatigas, los dolores materiales y morales, luchando contra la desesperanza, haciéndose firme contra la desdicha, fortaleciendo la confianza y la fe en los reveses de la suerte.

Sin duda que este género de valor es menos brillante que el que se muestra en plena luz sobre el campo de batalla; pero aunque atrae menos las miradas, es, á veces, más meritorio y útil.

Cualquier hombre de corazón tiene energía y ánimo durante un día; durante la

victoria, cualquiera puede ser héroe. ¡Pero qué raro es encontrar igual valor, idéntica firmeza, semejante ardor, en los días obscuros de la derrota, en los instantes terribles en que los sufrimientos torturan al hombre!

Es en este último caso donde se conocen los verdaderos bravos, aquellos cuyo corazón es firme y la energía ciertamente viril.

Es entonces cuando surge un Ney, en medio de la inmensa hecatombe de una retirada desastrosa, para infundir aliento á todos, multiplicándose, siendo general unas veces, soldado otras, un hombre de alma grande en todos los instantes.

Es entonces cuando surge un Ignacio Agramonte, en medio de una revolución que parece va á fracasar por completo llevándose en los pliegues de la bandera recogida las esperanzas de libertad y de redención, para unir restos dispersos, adiestrarlos, infundirles ánimos, convertirlos en fuerza apreciable, hasta hacer que flote de nuevo venturosa la bandera

de las ilusiones y de los sacrificios, la amada enseña de la patria.

La victoria será siempre de aquellos que no se dejen abatir, de los que sepan unir la paciencia y la tenacidad, sean cuales fueren los acontecimientos, conservando siempre con indomable energía la firme voluntad de vencer y una confianza inquebrantable en el éxito.



El *miedo* conduce al *pánico,* que es, según frase muy exacta del general Percin, el resultado del miedo colectivo de una tropa largo tiempo contenido, que encuentra una oportunidad de estallar como una explosión.

El miedo es contagioso, y lo es mucho más cuando la tropa se encuentre debilitada por la fatiga, por el hambre, por un revés anterior, ó por la emoción que le ha causado un acontecimiento cualquiera.

Cuando una tropa cae en ese estado, tiene los caracteres de *multitud.* Y la mul-

titud, según Le Bon (*"Aphorismes"*), es un ser colectivo, impresionable, cuyo estado es vacilante é inquieto, y en quien la imitación es un gesto natural como en el niño ó como en cualquier persona cuyo razonamiento es débil ó está debilitado momentáneamente por una causa exterior.

En los instantes en que una tropa se encuentra en ese estado, basta la más leve alarma para que se desbande, haciéndose imposible detenerla.

No obstante, una tropa puede tener miedo sin desbandarse, sin llegar al pánico, del mismo modo que un hombre puede tener miedo y cumplir, sin embargo, bravamente con su deber.

En unas muy documentadas é interesantes conferencias publicadas por el capitán Le Roy Eltinge (*"Psichology of War"*), del 15 de caballería de los Estados Unidos, y en las cuales hace un detenido estudio *del pánico*—tomado en su mayor parte de la *"Revue d'Infanterie"*, de noviembre de 1907, y de otro del coronel

Emil Pfluelf, traducido del alemán—, se dice lo siguiente: "Desgraciadamente, el estudio de los pánicos se hace difícil por la falta de archivos y de certeza histórica en los relatos. Tal vez no haya en la historia otra materia donde la verdad, voluntaria ó involuntariamente, haya sido más pervertida. El ganador de una batalla exalta el heroísmo de sus tropas, pero no menciona el pánico si lo hubo en el enemigo. Por consiguiente, si se desea buscar la verdad á este respecto en el pasado, hay que consultar las memorias de subordinados y soldados que relatan simplemente lo que han visto ó experimentado por sí, sin cuidarse de la publicidad. Y aun éstas deben ser motivo de fuerte crítica histórica antes de ser aceptadas..."

Y agrega: "El pánico tiene su origen y se desarrolla siempre de idéntica manera, y puede describirse en pocas palabras. Encontrándose las tropas en el estado peculiar de *multitud,* como consecuencia del combate, durante el combate ó en espera del combate, se desbordan al oír un grito

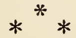
cualquiera, que se repite por unos cuantos que estaban alrededor y que con gestos de terror corren en una ó varias direcciones, habitualmente lejos del enemigo, ciegos por el miedo, sordos á toda voz."

Tal fué el pánico que se apoderó de los prusianos la noche de la batalla de Jena.

Al grito de ¡sálvese el que pueda!, un pánico súbito se apoderó de todas las almas, que se echaron á correr confusamente por todos los caminos, viendo enemigos por todas partes y hasta tomando á sus propios compañeros por franceses victoriosos.

Después de Te-lu-ssu, los rusos derrotados hicieron alto á unas doce millas del campo de batalla, y allí permanecieron todo el día siguiente; pero á causa de rumores sobre la proximidad del enemigo, decidieron marchar más hacia atrás esa noche. Y cuando cayó la noche, dice el "*British Official Account,*" las tropas, conmovidas por la pelea del día anterior, vieron peligros imaginarios, y presas del pánico, se hicieron fuego unas á otras.

A tal extremo llegaba la habitual estolidez de los hombres y sus jefes, que algunos disparos hechos por un destacamento de cosacos á eso de las tres de la mañana, obligó á la primera división de rifleros de Siberia á desplegarse y permanecer parada hasta que llegó la luz del día.



El miedo es tanto más intenso cuanto más se concentra el pensamiento en la causa que lo produce. Y como el espíritu humano está hecho de modo tal que le es muy difícil entretenerse con varias cosas á la vez, toda ocupación susceptible de distraer su atención del peligro, disminuirá los efectos del miedo.

Por eso el artillero, dice Percin, cuyo trabajo es complicado y entretenido, siempre parece más tranquilo en el combate que el infante, que echado de bruces detrás de su abrigo, tiene que esperar á que cese ó disminuya el fuego del enemigo para poder avanzar.

La cuestión de los medios á emplear para distraer la atención de los combatientes, y, por consiguiente, de prevenir los efectos del miedo, ha preocupado á los militares de todos los tiempos.

Davout, dice el comandante Bastien (*"Notions de tactique géneral"*) hacía maniobrar sus tropas bajo el fuego. Su ejemplo ha sido imitado el 30 de agosto de 1870, en Beaumont, por el teniente coronel Demange, que, viendo su tropa dispuesta á desbandarse, la conduce al borde del bosque de Fays, haciéndola maniobrar como sobre el campo de ejercicios.

Algunos aconsejan la construcción de abrigos, de trincheras, ó la realización de un trabajo material cualquiera.

El coronel Ardant Du Picq (*"Etudes sur le Combat"*) y con él el teniente coronel Colin (ob. cit.), aconsejan que para vencer la inquietud y la aprensión del infante que se ve obligado á la inmovilidad bajo el fuego, que se le deje tirar todo cuanto quiera, porque así se le abre una válvula de escape á las emociones, ase-

gurando con ello, tal vez, que esas emociones no produzcan una emoción más grave.

Este remedio, como observa muy acertadamente Percin, dados los armamentos de rapidísimo mecanismo utilizados al presente, produciría el grave mal de agotar casi inútilmente las municiones; y por eso propone, en su lugar, *el asalto hacia adelante rápido y corto,* porque poco á poco el soldado se aproxima al objeto que se le ha asignado, y concluye por comprender que en esta *huída hacia adelante* está tan protegido contra las balas enemigas como en la huída hacia atrás, á más de que la tarea le entretiene y le aminora la impresión del peligro.

Algunos escritores, tomando por base estas consideraciones, han indicado *la acción* como medio de vencer el miedo, con tal que esa acción sea bastante para distraer su atención, y no se limite á la realización de trabajos materiales, sino también á preocupaciones de carácter intelectual ó moral. Alegando, para corroborar la tesis, que si el oficial es generalmente

más bravo que el soldado, no es porque ame menos la vida, sino porque la obligación de pensar le aminora la idea del peligro.

Lo que sin duda alguna ejerce influencia sobre las tropas, a los efectos de disminuir el temor, es la acción moral del jefe, y en esto están conformes todos los escritores, porque aquel que haya sabido *ganarse la confianza y el afecto* de los hombres bajo su mando, podrá lograr de ellos los mayores esfuerzos. "Mientras mis soldados me quieran, ha dicho el general Dessaix, estoy seguro de la victoria."

En la toma de Guisa, encargado el coronel Galano del ataque al fuerte Don Panchito, que era una de las posiciones más peligrosas, como le faltase el aliento en èl momento más crítico de la carga, debilitado como estaba por largas enfermedades que minaban su organismo, se hizo conducir en hombros por dos de los suyos hasta la misma cima de la loma en que estaba situado el fuerte, con cuya actitud, no dejando flanquear un instante el

impulso de sus hombres, obtuvo el éxito más lisonjero.

Delante de Sebastopol, hubo un momento en que el coronel Clerc, mandando un regimiento de zuavos, se vió rodeado por todas partes, y entonces gritó: "¡Muchachos, no demos á esta gente la satisfacción de pasear en Rusia á un coronel de zuavos! ¡Valdría más la muerte!" Con lo cual logró abrirse paso por entre el enemigo.

Durante la guerra contra Dinamarca, un pelotón prusiano, que había recibido la orden de atacar hasta un lugar determinado, fué desbaratado después de rebasar la línea fijada. Y al preguntarse á un superviviente por qué no se detuvo, respondió simplemente: "¡El teniente pasó; era preciso seguirlo!..."

Durante la batalla de Froeschwiller, el tercer regimiento de infantería, atacando una posición, cae bajo el fuego de la artillería enemiga, que lo diezma. Inmediatamente el coronel da la orden: "¡Adelante!" y el regimiento, avanzando, gana el

abrigo de un grupo de casas. Rectificado el tiro del enemigo, vuelve á avanzar y gana otro abrigo. Los tiradores prusianos vuelven á abrir el fuego y el regimiento avanza otra vez, desconcertándose aquéllos un tanto; pero como la fusilería recomienza, el coronel ordena á su gente cesar el fuego y marchar hacia adelante de nuevo. Esta vez sus hombres titubearon, más dispuestos á dejarse matar que á ir más adelante. El coronel entonces se coloca cerca de la bandera y con la espada en alto dice: "¡Iré yo solo!", con lo cual logra rechazar definitivamente al enemigo.

(Las citas anteriores son tomadas de "*Notions de tactique générale*" del comandante Bastien.)

¿Cómo puede un jefe, pregunta Percin, hacerse seguir de tal manera por sus subordinados? Pues dando siempre el ejemplo en todas las circunstancias del servicio, y particularmente en el fuego, porque en ese momento toda la tropa tiene sobre él los ojos fijos, pronta á hacer lo que él haga.

Y agrega que el oficial debe poner á sus subordinados al corriente de la misión confiada á su unidad, previniéndole lo que puede suceder, para disminuir la sensación de lo desconocido: dándole con calma explicaciones sobre el alza, la distancia de los tiradores, y los detalles de la maniobra; y dejando escapar de tiempo en tiempo una interjección un poco viva ó una broma que haga reir, para hacer creer á sus hombres que el peligro es menor de lo que piensan.

El jefe que se inquieta, que se agita, que vocifera, prepara una tropa de poltrones, que no le seguirá.

Para terminar, digamos, con Ardant Du Picq, "que el instinto de la conservación puede hacer temblar á los más fuertes; pero éstos tienen la energía de sobreponerse y de no perder ni la cabeza ni la sangre fría."

Por lo demás, "aquel que no se siente con fuerzas para impedir que su alma llegue á ser presa del terror, *no debe pensar en ser un oficial jamás...*"

XI

LA DISCIPLINA.—EL DEBER.—LA BUENA CONDUCTA.—EL ORDEN.

La *disciplina* figura entre las virtudes militares por excelencia, como el honor y el valor. La disciplina tiene por base: *1°, la observancia de las leyes y reglamentos militares; 2°, la subordinación.*

Las leyes y reglamentos militares determinan de manera precisa las obligaciones de los que están bajo las banderas. Observar estas leyes y reglamentos con la más acuciosa exactitud, es proceder con disciplina, si así se hace no dejando pensar que se cede á la fuerza ó á la presión.

No da pruebas de disciplina el que aparenta que cede al temor del castigo, por-

que con tal acto se parece al que no roba ó no mata por cobardía ante el vigilante de policía y la cárcel. El hombre de bien procede honradamente, porque así se lo manda su conciencia y su educación, sin esperar recompensa; de igual modo debe proceder el soldado.

* * *

La *subordinación* consiste en la dependencia del inferior respecto del superior, en el conjunto de deberes que esta dependencia impone.

El primero entre los deberes de la subordinación, es la *obediencia.*

Se ha establecido generalmente un punto esencial en la explicación de la obediencia, diciendo que ésta puede ser *ciega ó debida.* La primera implica la obediencia sin titubear, sea cual fuere la orden recibida, aunque al realizarla el que la recibe cometa un crimen, ó lo cometa el que manda contra aquel á quien manda; y la segunda es aquella en que la obediencia está

limitada por la reflexión y por la condición de que la orden dada sea legal.

Esta distinción la establece nuestra Ley Penal al consignar en el artículo 9° que no son punibles los actos que, siendo ilícitos, fueren ejecutados en virtud de orden formal relativa al servicio, dada al que los llevó á cabo por superior jerárquico, el cual será responsable en tal caso.

No obstante, es decir, á pesar de la orden dada por el superior, el que la ejecuta podrá ser castigado si al ejecutarla se excedió, llevando las cosas más allá de donde se le mandó, ó si, *á juicio del tribunal,* la orden se encaminase evidentemente á la comisión de un delito, y el que la recibe y la ejecuta sabe perfectamente qué clase de delito es el que comete cumpliéndola.

Y aunque el artículo 79 de la propia ley establece que "ninguna reclamación dispensa de la obediencia *ni suspende* el cumplimiento de una orden militar," lo cual parece una contradicción con el artículo 9°, como á nosotros no nos incumbe el estu-

dio de la obediencia desde el punto de vista legal, sino desde el de la moral militar, dejaremos ese punto para su discusión en otro lugar.

Para que la obediencia pueda ser comprendida, es necesario que el militar esté bien penetrado de que una vez que se pone el uniforme, en la subordinación no hay nada de bajo, de servil ni de grosero.

Es necesario que sepa que en el ejercicio de su profesión, los deberes más penosos están dictados por la sabiduría y el conocimiento que del corazón humano tienen los superiores; que la ejecución de tales deberes, por arbitrarios que puedan parecerle de primera intención, no es sino el resultado de la experiencia más profunda.

El soldado debe obedecer, porque el superior no es, cuando manda, sino el órgano de los reglamentos y de las leyes, de los que recibe su autoridad y sus derechos. Obedeciendo, el soldado obedece á la ley, que otros hombres superiores dictaron mirando los intereses del país.

En la jerarquía militar, cualquiera que sea el grado, se está obligado á la obediencia, porque á todos alcanza por igual. Ni siquiera el Jefe Supremo puede disfrutar de una independencia absoluta, estad bien seguros, porque pesa sobre su conciencia la carga abrumadora del mando, del que es responsable ante el país entero.

El objeto de toda organización militar es el de agrupar varias fuerzas distintas haciéndolas actuar con el propósito de obtener un fin determinado; y ese fin determinado no puede alcanzarse si todos los que mandan las fuerzas parciales no se someten á la voluntad de aquel que pone en ejecución la fuerza.

Obedecer no es, pues, rebajarse ni dar pruebas de servilismo, como suponen algunos espíritus mezquinos y estrechos, sino engrandecerse por el sacrificio mismo que se hace de la propia independencia, en beneficio del bien de la patria.

* * *

La subordinación necesita todavía, por

parte del inferior, sentimientos de *respeto,* de *estimación,* de *confianza* y de *afecto*...

El respeto en general, es el sentimiento que se tiene de la inferioridad, y se manifiesta por los actos, por las palabras, por las consideraciones que es necesario tener hacia los superiores.

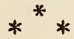
El respeto hacia los superiores es obligatorio siempre y en todas partes, lo mismo en presencia que en la ausencia, fuera del servicio al igual que dentro de él.

Un soldado da pruebas de respeto hacia sus superiores, saludándolos según las prescripciones reglamentarias, conservando delante de ellos una actitud correcta y digna, no dirigiéndoles la palabra sino con reserva y conveniencia; pero el respeto no reside tan sólo en estas marcas exteriores de consideración, de las cuales es difícil prescindir á causa de la represión severa que podría traer como consecuencia cualquier extravío.

El subordinado testimonia respeto hacia sus superiores, no denigrándolos jamás en sus conversaciones particulares,

no atacando ni su persona ni sus actos. Los jefes no son infalibles y pueden, como es natural, cometer errores; pero no corresponde á los inferiores juzgar su conducta, porque las críticas, al disminuir la personalidad objeto de ellas, dañan y quebrantan la autoridad, conmoviendo la disciplina.

El soldado debe, consiguientemente, respetar á sus jefes cuando los considera dignos de la autoridad que la ley les da; pero debe respetarlos de igual modo—y esto es más meritorio—cuando no lo son, en la seguridad de que los superiores á éstos más tarde ó más temprano, adoptarán contra ellos las medidas á que les haga acreedores su conducta, porque la justicia es inmanente y se cumple siempre con la ayuda del tiempo.



La *estimación* es el resultado del buen juicio que se tiene sobre el mérito ó las cualidades de alguna persona.

El soldado debe siempre pensar—aun-

que en la realidad, desgraciadamente, no en todos los casos sea así—que todos sus superiores deben los puestos y los grados que poseen y desempeñan á sus méritos. Unos han dado pruebas de inteligencia superior; otros han combatido por el honor y el engrandecimiento de la patria; otros han derramado su sangre en los campos de batalla; otros, no tienen en su activo ninguna acción brillante, pero es posible que no esperen más que la primera oportunidad favorable para dar el ejemplo de la valentía y del sacrificio.



La *confianza* es una disposición del espíritu que nos hace abrigar fe completa en la capacidad de una persona. La confianza de un soldado en su superior es de una necesidad y conveniencia absolutas, porque no es posible el éxito de ninguna operación militar sin fe en quien la dirige.

Poco importa que una tropa no se dé

exacta cuenta de la oportunidad ó de la utilidad de los movimientos que se le hace ejecutar, porque el soldado no ve más que un rincón de la batalla y no puede juzgar del conjunto, cuyos datos ignora.

Un movimiento táctico puede ser un fracaso; y, no obstante, ese mismo fracaso puede ser indispensable en la combinación general de un plan estratégico. Por eso el soldado debe estar persuadido de que el jefe que lo manda tiene su plan, y que al dar la orden sabe con qué objeto la da, aparte de que no puede en ningún caso corresponder al inferior juzgar sobre una combinación ó sobre un movimiento que el superior no puede haber ordenado sino después de una madura reflexión.

Si el soldado tiene una confianza completa en la instrucción, la bravura y la experiencia de sus superiores, el éxito está asegurado.

Sobre el campo de batalla, de manera muy especial, el soldado debe obedecer sin titubear. Nada impide á la inteligencia reflexionar sobre las órdenes recibidas; pe-

ro la razón y el buen juicio recomiendan limitar esas reflexiones á la parte instructiva del servicio, ó al menos no hacerlas sino con el deseo de encontrar en ellas una fuente de conocimientos y de luz.

Por último, la disciplina ofrece mayores garantías de estabilidad, cuando descansa, no ya en el respeto, que es obligatorio; no ya en la estimación, que es el resultado de un juicio; no ya en la confianza, que se impone á la voluntad para ejecutar las órdenes recibidas más fervorosamente, *sino en el afecto,* que es el sentimiento que conduce al heroísmo las más de las veces.

El jefe que sinceramente disfruta del respeto, de la estimación, de la confianza, y, sobre todo, del afecto de sus subordinados, puede realizar con éstos los esfuerzos más extraordinarios de que sea capaz la naturaleza humana. El hombre que sabe hacerse querer y respetar al mismo tiempo, puede estar seguro de que tiene trillado el camino de la gloria y de la in-

mortalidad, si la suerte le depara una oportunidad para emprenderlo.

El general ruso Dragomirow dice que "un solo hombre indica el objeto que se persigue; y el fin se logrará siempre, si todos los demás están acostumbrados á mirarlo como uno solo, sin titubeos ni suspicacias."

La disciplina no es la represión. Un ejército bien disciplinado no es precisamente aquel en que se empleen las medidas más rigurosas, porque la disciplina no debe descansar en el temor al castigo, sino en el sentimiento del deber.

Von der Goltz dice ("*A Nation in Arms*") que es siempre una autoridad muy débil la que se obtiene dando gritos; que "la peor disciplina en un ejército, es la que asume formas más despóticas."

Los ejércitos más disciplinados, dice una revista ilustrada francesa anterior á la guerra actual, son aquellos en que la obediencia es más voluntaria, más natural, como consecuencia de una inteligencia más desarrollada y de un amor á la

patria tanto más profundo cuanto más razonado; son aquellos en que los jefes no tienen necesidad de recurrir á cada instante á la amenaza y al rigor para hacerse obedecer y respetar, sino que apoyan su autoridad en la confianza y en el afecto que saben inspirar á sus soldados.

Se dice que un hombre tiene *sentimiento del deber* cuando está siempre dispuesto ó pronto á realizar todos los trabajos y á actuar en todos los sentidos que le impongan su conciencia y su profesión, arte ú oficio.

El sentimiento del deber es, en consecuencia, uno de los principios animadores de las virtudes laudables que hacen y forman al hombre honrado, al buen ciudadano, al excelente soldado.

La disciplina, el valor, la abnegación llevada hasta el sacrificio, todas las cualidades morales que con tanto brillo y lucimiento se manifiestan en el hombre so-

bre el campo de batalla, suponen indispensablemente en el que da pruebas de poseerlas, una perfecta *conciencia* de lo que es *su deber,* lo cual hace más fácil su práctica constante.

Nunca el soldado se habrá penetrado bastante de la importancia de todos *sus deberes,* y de la obligación de cumplirlos con la fidelidad más escrupulosa, porque el cumplimiento de su deber es la mejor, es la más segura garantía de éxito, el más firme camino para llegar á la victoria. Cuando el sentimiento del deber se ha debilitado en una tropa, no se puede esperar de ella más que una derrota vergonzosa, un desastre horripilante.

Un solo hombre que se olvide del cumplimiento de su deber, puede motivar un espantoso aniquilamiento de la tropa de que forme parte, dando lugar á pérdidas irreparables. El 31 de agosto de 1870, un soldado estaba colocado de centinela en un lugar avanzado de la Tuillerie, delante de Beaumont—donde estaba acampado el 5° cuerpo de ejército francés—, y oyó

el grito de una mujer, que dijo: "¡Los prusianos!..." Al escuchar este grito, el centinela, en lugar de dar la alarma para que se hiciera fuego hasta que llegase al cuerpo de guardia el refuerzo ó las órdenes á que debía conformarse, echó lejos el fusil, cubrióse con unos harapos de paisano que encontró al paso y se dió á la fuga. Como resultado, el 5° cuerpo fué sorprendido y derrotado de manera ignominiosa.

El general Bazaine encerró en Metz un ejército numeroso; y sin lucha, sin haber realizado esfuerzo alguno por salvarlo, olvidándose del cumplimiento de su deber, entregó al enemigo, al general Steinmetz y al príncipe Federico Carlos, tres mariscales de Francia, 6,000 oficiales, 173,000 soldados, 1,600 cañones, 280,000 fusiles...

Otro ejemplo. Terminaba ya la última guerra de independencia. Dos escuadrones del regimiento *Villaclara,* internándose audazmente hasta las primeras casas del poblado de la Quinta, jurisdicción de Remedios, sorprendieron á la mañana la gue-

rrilla, que salía á hacer su forrajeo cotidiano. Rápida y bien dirigida la sorpresa y la carga, nos permitió hacer un crecido número de bajas y apoderarnos de considerable cantidad de armas, municiones y bagajes.

Retirados á considerable distancia en campamento seguro, satisfechos de nuestro golpe de mano, teníamos dispuesta sobre el rastro, en empinada montaña, una guardia cuyos centinelas podían divisar al enemigo á no menos de tres kilómetros al través de una sabana, en el caso de que, reforzado, viniese á nuestro encuentro.

Al ver al enemigo, el centinela dió aviso al sargento de la guardia; y éste, en vez de disponer al instante se hiciese fuego para que nos preparásemos, como eran sus instrucciones, interpretando á su manera las órdenes recibidas, retiró la guardia con toda calma, y, *para no alarmar,* según decía, vino á dar cuenta de palabra.

Como el enemigo venía á marcha forzada, todavía no había comenzado sus explicaciones el sargento, cuando ya lo te-

níamos dentro del campamento, dando gritos espantosos de victoria... Como resultado, se deshizo el efecto de la buena operación de la mañana, porque perdimos todas las caballerías, y todas las armas, municiones y equipos que tan audazmente habíamos conseguido, más algunas nuestras...

Para el soldado, pues, cumplir con su deber, sin restricción ni debilidad, con prudencia y entereza, es el mejor medio de obtener la aprobación de la conciencia y la consideración y la estima de los superiores.

El soldado debe observar una *buena conducta,* que es llevar una vida ordenada y juiciosa, no sólo á la vista de todos sus compañeros y de sus jefes ó superiores, sino más principalmente á la de la sociedad en que vive, por orgullo, por amor propio, por respeto al uniforme que viste.

Cuando el soldado es correcto en sus modales, serio en sus tratos, pulcro en su

vestir y proceder, logra para el cuerpo á que pertenece una atmósfera de consideración y de simpatía, que después á todos por igual alcanza. Por donde quiera que pasa un uniforme de los suyos—lejos de observar miradas torvas de gentes que se vuelven al que tienen al lado para hacer un comentario vejaminoso, que ni siquiera puede reprimirse—, recoge rumores alentadores, de algo así como un impulso vaporoso que eleva sobre los talones al andar...

La buena conducta es una garantía para el cumplimiento de los deberes que el soldado tiene á su cargo, porque el soldado que lleva una vida honesta, moderada, juiciosa, que no bebe, que no juega, que no escandaliza, que no se llena de deudas, inspira en todo caso más confianza á sus jefes, porque muestra, con el solo hecho de así conducirse, un más elevado concepto de lo que son sus obligaciones.

* * *

Para comportarse bien es preciso ob-

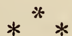
servar todas las reglas de la *temperancia,* virtud que consiste en evitar los excesos y el moderar la vivacidad de los apetitos y de las pasiones; porque la *intemperancia* conduce muy á menudo á acciones ó hábitos vituperables.

El soldado que se abandona á los excesos, de cualquier naturaleza que sean, pierde irremisiblemente su vigor físico y su energía moral; la debilidad de su cuerpo y de sus facultades lo inhabilitan para soportar las fatigas y las privaciones de la guerra, entorpecen su cerebro y lo imposibilitan para pensar con precisión y para proceder con audacia y arrojo; lo hacen inútil, en una palabra, para servir bien á la patria.

Cuando comenzó la revuelta de Oriente, en el deseo de dominarla brevemente, el general Monteagudo hizo llamar en el acto á su despacho á uno de nuestros jefes, y le confió el mando de una de las primeras columnas que partió á operaciones, seguro como estaba de que tal vez ningún otro como él sabría proceder eficazmente

al logro del restablecimiento inmediato del orden alterado, porque había visto siempre á ese jefe, siendo aún muy joven, durante la guerra de independencia, proceder con una actividad, una rapidez de acción, una prontitud en el ataque y un valor verdaderamente extraordinarios.

Cuando á poco de haber comenzado sus operaciones se vió que no había realizado todo cuanto de él justamente se esperaba, todos nos preguntamos con asombro qué había sucedido. Había sucedido, sencillamente, que ese jefe, en los momentos en que inesperadamente fué llamado para confiarle una misión de trascendencia, se hallaba bajo el peso de una depresión moral, en la que desempeñaban principal papel el juego y las mujeres...



La *temperancia* ordena al soldado evitar, sobre todo, la *embriaguez,* vicio que rebaja al hombre á un nivel que puede ser extremo. Un soldado ebrio es un sol-

dado sin honor, que mancha y atropella el uniforme que viste; borracho, es el soldado un hombre sin disciplina y sin valor. Embrutecido por la bebida, no sólo no puede servirse de sus armas, encontrándose á merced del enemigo, sino que puede llegar hasta á injuriar de palabra ó de obra á sus superiores.

Bazaine, el general que rindió á Metz sin pelear, estaba siempre, según se dice, bajo la acción del alcohol!... Se cuenta de un general, cuyo nombre no quiero recordar, que ahora en esta gran contienda, cuando recibió la orden de acudir á Charleroi estaba borracho, y la metió en el bolsillo de la guerrera. No acudió al lugar de la cita, perdiéndose por ello, tal vez, la batalla.

Es superfluo insistir sobre las consecuencias de vicio tan funesto. El soldado aficionado á la bebida está expuesto siempre á cometer alguna falta grave contra la disciplina ó contra el honor; después, cuando los vapores del vino se han disipado, viene el pesar, el remordimiento, y

se busca la excusa en la propia embriaguez, que momentáneamente había obscurecido la razón; pero en un soldado la embriaguez, lejos de ser una excusa, resulta una grave falta, duramente castigada.

Afortunadamente nosotors podemos vanagloriarnos, porque el soldado cubano es tal vez el más sobrio del universo, siendo rarísimos en nuestras filas los casos de alcoholismo irremediable.

El *orden* lo constituye la costumbre de realizar todos los actos de la vida con método en el momento deseado, de colocar cada cosa en su lugar; consiste en poner cuidadoso esmero en el cuerpo, en los útiles, en todos los objetos de uso personal.

El orden tiene tal importancia para el soldado, que el mariscal Marmont decía: "Una de las bases fundamentales del ejército es el amor al orden por parte de sus componentes; sin él, el ejército no tiene ninguna consistencia, no justifica ningu-

na esperanza, no satisface ninguna necesidad."

El soldado debe, pues, desarrollar en su espíritu el amor al orden, que se manifiesta por la *puntualidad,* la *limpieza* y el *buen aspecto* ó *pulcritud.*

Ser *puntual,* es ser exacto en el momento designado, en el detalle preciso. Para el soldado, es ejecutar las prescripciones reglamentarias en las condiciones determinadas, es conformarse á las órdenes de los jefes, es estar en su puesto y realizar su servicio con la más escrupulosa exactitud.

La *limpieza* y el *buen aspecto* son dos grandes elementos de orden. La higiene recomienda al soldado que tenga cuidado con su cuerpo y con sus efectos en atención á la salud, porque muchas enfermedades se engendran y propagan por la falta de aseo; pero la limpieza no es tan sólo una cuestión de higiene, sino también una cuestión de honor...

Llevar los efectos y los vestidos sucios, es faltar al culto que todo hombre se de-

be á sí mismo, es exponerse al menosprecio público, es rebajar el uniforme, porque éste honra al que lo lleva en tanto en cuanto éste sabe llevarlo con decencia y con orgullo.

El *buen aspecto* se deriva, necesariamente, de la limpieza y de la pulcritud; pero no es eso todo. El bien parecer se manifiesta también en las maneras, en el modo de andar, en ese yo no sé qué de atrayente y sugestivo que dan al exterior un aire digno y sereno.

Es necesario que del aspecto general del soldado emane esa noble seguridad, ese reposado dominio, esa varonil altivez, exenta de fanfarronería y vanidad, que corresponde al hombre que tiene conciencia exacta de la importancia de los deberes y de los servicios que está llamado á prestar á la patria en cualquier momento.

Un militar francés muy distinguido, el capitán Coquinet, ha dicho: "Tener los efectos limpios, las ropas bien cepilladas ó planchadas, así como los zapatos brillantes, es ya una gran cosa; pero es ne-

cesario, además, que el soldado tenga el aire marcial, el andar suelto, el cuerpo derecho, la cabeza erguida, todo el aspecto exterior cuidadoso."

El orden exige, por último, que el soldado tenga el más extraordinario cuidado con las armas que la patria pone en sus manos para que, sirviéndose eficazmente de ellas, pueda defenderla con honor y con gloria.

XII

LA FIDELIDAD.—LA ABNEGACION.—LA GRANDEZA DEL ALMA.

Todo militar, de cualquier categoría que sea, al ingresar en el ejército jura solemnemente defender la bandera de la patria y el gobierno legalmente constituído.

De primera intención, tal parece como que en este caso ha de corresponder al militar el decidir, á su propio juicio, si el gobierno que tiene que defender está ó no legalmente constituído; pero á poco que se medite, se llega á la inmediata conclusión de que para el militar no puede existir la diferencia entre un gobierno legal y uno que no lo sea, porque para él no debe haber más que uno.

Si un gobierno no está legalmente cons-

tituído, porque los procedimientos empleados para llegar al poder han sido fraudulentos, faltándose a los principios establecidos en las leyes para escalarlo, no es al militar al que corresponde dilucidarlo; para que pudiera resolver el particular, sería preciso que estuviese mezclado en las luchas de la política partidaria, y esto le está terminantemente prohibido por la ley y los más sanos principios de moral militar.

Los políticos, en sus luchas constantes, suben y bajan, y teóricamente ninguno cree nunca que ha perdido con razón; pero en cualquier forma que cambien los hombres, siempre la nación tiene un gobierno que la represente, y es á ese gobierno tan sólo al que debe fidelidad el militar, luchando contra todo el que lo ataque. De otro modo no habría unidad, y sin unidad no existe la fuerza.

Hay entre los latinoamericanos una tendencia demasiado marcada á hacer política con apasionada violencia, de lo que surgen las pequeñas venganzas en los que mandan cuando suben al poder, y las re-

beldías en los derrotados al ser víctimas de las hostilidades de los contrarios.

Y unos y otros, los que mandan y ejercen en pequeño alguna influencia en determinados elementos militares, y los derrotados por la que tenían en la época en que mandaban, frecuentemente acuden á esos elementos, empeñados en contaminarlos con sus pasiones, anhelando hacerlos instrumentos de sus apetitos y egoísmos, deseosos de asociarlos á las causas que en provecho propio defienden.

Lo mismo unos que otros son peligrosos para la estabilidad de las instituciones, para la paz moral y material del país, para la grandeza y dignidad de la patria. y de ellos deben alejarse los militares para que su reputación no sufra, y para que en el cumplimiento de sus deberes no flaqueen.

La fuerza de la patria reside en el ejército; y desde el momento que el militar se pone al servicio de las pasiones de los que no piensen con los gobernantes, ó al de los gobernantes que por medios ilí-

citos anhelen perpetuarse en el mando, descienden á un nivel personal que hacen al ejército inútil para la alta misión que le está confiada.

Un militar tiene de sobra en qué ejercitar su inteligencia y su razón ocupándose de su propio adelanto, echando á un lado los vanos ensueños de la política. Las ciencias diversas que abarca la vida militar ofrecen al hombre de imaginación é inteligencia un vasto campo donde aprender, inventar y aplicar. Que se ocupen los políticos de sus negocios, que los militares tienen espacio suficiente para no sentirse estrechos dentro de él.

Nuestro credo político está trazado: pensar que el gobierno que dirige es el mejor de todos, porque es el de nuestro país; mirar oficialmente como sagrados y respetables á todos los que lo componen, siéndoles fieles y obedientes en su misión de servir á la patria, porque sólo respetando á los que nos gobiernan podemos hacer respetable nuestra nación á nuestros ojos y á los de los extranjeros; y porque sólo

estando seguros de nuestra fidelidad á los altos destinos de la nación, es que los gobernantes pueden dirigir el Estado con serenidad y con acierto.

La fidelidad militar no consiste, por consiguiente, tan sólo en saber morir bravamente por la patria y por la bandera; sino también en saber vivir de modo que pueda contribuirse á su grandeza y á su prosperidad.

La *abnegación* es superior á la *fidelidad,* en el sentido de que la primera no es una obligación legal como la segunda: se puede ser fiel sin ser abnegado, pero no se puede ser abnegado sin ser fiel.

Digo que no es una obligación, porque no es indispensable al soldado; pero como en nuestra carrera, lo mismo que en cualquiera otra, pueden presentarse circunstancias que la convierten en deber, es desde este punto de vista que vamos á examinarla.

Son bien raras las oportunidades en que un soldado tiene la suerte extraordinaria de poder sacrificarse por la patria, porque es preciso no perder de vista que los numerosos hechos en que la vida del soldado se inmola por la patria, no son todos de abnegación, sino efectos del deber bien comprendido.

La diferencia entre la abnegación y el deber está en que aquélla es voluntaria, en el sentido de que en el mismo hecho puede realizarse lo necesario para haber cumplido, y hasta cumplido bien con su deber, sin llegar á la abnegación. La abnegación comienza, cuando realizado todo el deber, todavía queda algo por hacer, cuya ejecución depende de nuestra voluntad.

Voy á explicarme. El general Kleber dijo una vez al comandante Schonardin, jefe de un batallón de Sena y Loira: "¡Haceos matar en esa posición con toda vuestra tropa!" Sí, mi general, respondió el comandante; y murió en el puesto de honor que se le había señalado con todos los suyos.

La heroica acción de este batallón, sosteniendo solo el empuje de todo un ejército enemigo, no es abnegación propiamente dicha—á pesar de que todos sus componentes sabían que iban á morir por salvar el ejército—, porque el sentimiento

que produjo tal acto fué el de la obediencia.

Desde luego, es verdaderamente hermoso que el militar se conduzca como bravo sobre el campo de batalla, que triunfe por su energía de las más duras pruebas, y que, cumpliendo con su deber, no titubee un instante en acudir al sacrificio, cuando así se le ordena; pero hay algo más grande y más hermoso todavía, que es sacrificar voluntariamente la vida para prestar ayuda ó socorro á los compañeros de armas ó á los jefes, ó sacrificarse por el bien de todos ó el de la patria, sin que á ello nos obligue otra cosa que nuestro propio impulso.

La abnegación, como virtud sublime, no es patrimonio más que de las almas grandes y generosas, de las naturalezas escogidas á quienes un instinto lleva al renunciamiento de sí mismos, porque implica el empleo de toda la voluntad, la decisión, el arrojo heroico, en el servicio de una persona ó por una cosa.

Son hombres abnegados los que se lan-

zan sobre una casa cubierta de llamas para librar á seres humanos que van á convertirse rápidamente en su presa; lo son los marinos que, en medio de una mar embravecida, desafían las olas furiosas sobre una débil chalupa, para acudir al socorro de pobres náufragos; lo es el ciudadano que en medio de la calle se precipita sobre un caballo desbocado, para detenerlo en su carrera peligrosa para los transeuntes. Esos son actos de abnegación, porque los que los realizan, con inminente peligro de su existencia, obran tan sólo impulsados por la bondad de su corazón, con el exclusivo deseo de hacer bien á sus semejantes, sin que nada los obligue.

En la vida militar, los actos de abnegación deben ser frecuentes. No puede ser de otra manera, en hombres que viven la misma vida, comparten los mismos peligros y sufrimientos, y á quienes el lazo poderoso de la confraternidad de armas une como á miembros de una misma familia.

Sobre los campos de batalla es donde

puede verse el espíritu de abnegación del soldado. Aquí uno se lanza al auxilio de un compañero, herido ya, y lo salva de una muerte segura, arrancándolo de entre las manos del enemigo; otro cubre á un superior con su cuerpo, y recibe el golpe á aquél destinado; más allá, una compañía se hace diezmar por salvar su regimiento; un poco más distante, una carga desenfrenada hace que escuadrones enteros perezcan para salvar los restos de un ejército vencido...

Durante el sitio de Génova (1800), *tres mil* franceses resistían á *veinte mil* austriacos bajo las órdenes del general de Melas. El combate había durado toda la jornada, y ya tarde, en la noche, cuando los franceses estaban á punto de ceder abrumados por la fatiga, casi aplastados por el número, se presentó el general Soult, quien comprendiendo que sólo la abnegación del jefe podía salvar aquella tropa, se apoderó de la bandera de la 97ª media brigada y se lanzó en medio del enemigo, con lo cual obtuvo la victoria.

Durante la tristísima y espantosa retirada de Rusia, según relata el conde de Segur en párrafos conmovedores ("*La Campagne de Russie*"), es abnegación la de todos los instantes del mariscal Ney, que se multiplica, queriéndolo hacer todo con su propia cabeza y con sus manos; que no come, que no duerme, que es siempre el último que se retira, que es general para mandar y para dar aliento á los pocos que tienen ánimos para pelear, y que es soldado, deteniéndose para disparar el fusil del que acaba de caer, para que no se pierda la munición que ya estaba preparada...

En la batalla de Karaagatch, llamada también de Lüle-Burgas, según cuenta Alain de Penennrun ("*La Guerre des Balkans en 1912.—Campagne de Thrace,*") cuando el ala derecha turca, al mando de Madmoud-Mouktar Pachá, concebía la esperanza de rechazar á los búlgaros hasta Kirk-Kilissé, por haber logrado resistir la presión de la heroica división quinta, que al mando del general Christof hacía pro-

digios de valor, el general Dimitrief, *probando toda la influencia que puede ejercer sobre sus tropas un jefe enérgico y audaz,* comprendiendo la necesidad de un acto de abnegación en un último choque más violento aún, si fuere posible, que los anteriores, se lanzó al galope hacia la brigada de reserva de la cuarta división, y gritando al 43 regimiento "¡seguidme á la gloria, muchachos!," se pone á la cabeza, ofrece mil veces por segundo su vida como un simple granadero, y desbarata á los turcos, cuyos restos maltrechos huyen hacia Tchoungara y Tchounvenli, abandonando armas y bagajes, diezmados por la metralla de las baterías que acompañaban al ataque...

Durante la guerra de los diez años, el día 8 de octubre de 1871, cae prisionero de las tropas españolas aquel Apolo de denuedo y acometividad sin segundo que se llamó Julio Sanguily. Tan pronto llega la noticia á conocimiento del general Ignacio Agramonte, la figura más pura y brillante de nuestras guerras de independencia,

se dirige al puñado de hombres que en aquel momento lo acompañan, y se limita á decir: "¡En marcha!" Y cuando ya tenía á la vista la tropa enemiga que conducía al cautivo, señalándola con la mano, dice con sencillez, sin énfasis, casi en voz baja: "¡Allí va prisionero el general Sanguily; hay que rescatarlo ó morir!"

Y la carga que dió fué tan briosa, tan violenta y tan audaz, que en breves instantes, montado aún sobre el caballo en que del cabestro se le conducía, el general Sanguily se encontraba de nuevo entre los suyos, aunque con una mano desbaratada por las balas de sus aprehensores; pero libre, sin acertar á comprender ni á explicarse la hazaña portentosa realizada por devoción á su persona, aunque él mismo fuera capaz de realizar otra semejante en el acto...

Durante nuestras guerras de independencia, no existiendo entre nuestras fuerzas aquella disciplina rígida que en fuerzas regulares hacen á las tropas marchar hacia adelante sin necesidad de que el jefe

al dar la orden dé con ella el ejemplo, puede decirse que todos nuestros jefes y oficiales daban en cada combate pruebas de abnegación, porque con ella tan sólo podían llevar sus hombres á la lucha.

Pero donde la abnegación ha llegado al límite extremo, es en *los grandes* de aquellas contiendas, porque pudiendo ahorrarse personalmente, ya que su gloria inmensa y su prestigio extraordinario les ponía á cubierto de toda obligación en ese sentido, fueron, no obstante, muy frecuentemente de los primeros.

Fué abnegado Martí, cruzando los mares en débil embarcación, para demostrar en los campos de batalla que lo mismo era incansable propagandista que heroico guerrero, y cayendo, como dice Carbonell, "sublime en su romántico ensueño, de cara á los enemigos de su solar bien amado, como un sol que se hunde en pleno mediodía, entre los sombras de un ocaso prematuro."

Fué abnegado excepcionalmente Maceo, luchando en mil combates desde la Punta

de Maisí hasta el Cabo de San Antonio, y cayendo como un titán en plena pelea, como correspondía al noble guerrero que durante toda la existencia tumultuosa y agitada tuvo su espada al servicio de las libertades y de la independencia de la patria.

Fué abnegado Máximo Gómez, que no obstante sus años, exento del sacrificio personal porque de él sólo se necesitaba la dirección enérgica y prestigiosa, lanzábase el primero; y en Mal Tiempo, como en otros muchos lugares, blandiendo su corvo machete, fulminándolo como un rayo, penetró en las filas enemigas para enseñar á los nuevos, á sus discípulos de la gran lucha final, cómo se pelea por las libertades de la patria.

¿Y qué ejemplo de abnegación *entre los grandes* podría citarse que fuese más hermoso que el de toda la vida guerrera del propio general Sanguily, el rescatado por Agramonte? Durante siete años, absolutamente inútil para valerse por sí, necesitando auxiliares para ponerse sobre el

caballo, con *mecha* en una herida abierta y *montando á la mujeriega,* cargó siempre como una furia á la cabeza de sus huestes, famosas por su empuje; y todavía, á pesar de esa imposibilidad para valerse por sí, tiene la asombrosa serenidad de burlarse del enemigo que en Buey Sabana lo persigue á pocos pasos de distancia, diciéndole en son de chanza como si no se estuviera jugando la vida, vuelto hacia él en su extraordinaria manera de cabalgar: "¡Voy veinte á uno á mi yegua!....."

La abnegación por la patria es, para el militar, la virtud más preciada. Es por ella que un soldado se encarga voluntariamente de una misión peligrosa, en la que corre mil probabilidades de perecer contra una de salvar la vida; es por ella que un centinela avanzado, sorprendido por el enemigo, rehusa guardar silencio y sucumbe dando la alarma; es por ella, en fin, que tantos héroes buscan sobre el campo de batalla una muerte gloriosa, antes que sobrevivir á la derrota vergonzosa.

El soldado pertenece á la patria, y, por consiguiente, debe desterrar de su corazón todo pensamiento egoísta ó personal que pueda hacerle imposible el sacrificio.

Cuando el jefe manda ocupar un puesto peligroso donde todos los compañeros que antes lo ocuparon han caído, es preciso partir sin vacilar, aunque se tenga la convicción de caer también, porque el cumplimiento del deber, en el que puede haber siempre una gran parte de abnegación, es posible que en tal caso salve el ejército y la patria.

¡Cuántas cosas maravillosas no podrían hacerse con un ejército cuyos hombres todos estuvieran listos para sacrificarse al primer signo, á la primera llamada del honor!

Nada puede resistir á una fuerza cuyos hombres han renunciado de antemano á la vida.

Tened, pues, vosotros que vais á ser oficiales mañana, que tal vez llegue el día en que la salud de la patria esté absolutamente en vuestras manos, ese des-

precio de la muerte que constituye la fuerza principal del soldado sobre el campo de batalla, y que facilita la realización de las más penosas hazañas.

Vuestra abnegación podrá costaros la vida; pero cayendo sobre el campo del honor, sacrificando la existencia por la santa causa de la patria, moriréis como buenos, con el convencimiento de que vuestra muerte no será inútil.

Y muriendo materialmente, no moriréis por completo en la idea y en el recuerdo: viviréis, como tantos otros cuyos nombres os son familiares, en la memoria de vuestros conciudadanos, y disfrutaréis de una parte de esa inmortalidad que la historia reserva á aquellos que se sacrifican por la gloria y la grandeza de su país!...

Todas las virtudes militares anteriormente examinadas podría decirse que tienen su fundamento, su base esencial, *en la grandeza de alma,* sin la cual no se conciben esos hermosos impulsos que conducen á las nobles acciones que elevan al hombre.

La grandeza de alma es difícil de adquirir cuando no se tiene, aunque es más difícil todavía no perderla cuando se nació con ella; porque por lo mismo que en ninguna de las actividades humanas es tan necesaria esa cualidad como en la vida militar, es posible que en ninguna se esté tampoco más expuesto á perderla.

La atracción que generalmente más fuerza al hombre á buscar la vida militar es el deseo de distinguirse, que se traduce en el amor á la gloria; y en este afán de distinción y de gloria, se corre el riesgo de

caer bajo las influencias de la *vanidad* y del *orgullo,* que son dos vicios que niegan aquella grandeza.

¿Cuántos casos no podrían citarse de hombres que tuvieron la grandeza de alma por inseparable compañera en una larga y penosa carrera, y que la perdieron de pronto, en el momento preciso de recoger los frutos de aquella compañía? ¿Cuántos hombres no la tuvieron al escalar los primeros peldaños de su carrera militar, y después, á medida que avanzaron, no cometieron acciones miserables, provenientes de un inmoderado afán de poder alentado por la vanidad y por el orgullo?

¿Cuántos militares, en la inmensa historia del mundo, magnánimos, francos, leales y nobles en los primeros grados, no se convirtieron con el ascenso en tristes cortesanos, que en vano procuraban confundir y olvidar en sus caprichosas y tiránicas disposiciones la vergüenza de sus viles complacencias y bajas adulaciones?

Las palmas de la gloria se encuentran

entrelazadas muy frecuentemente con el ramo de la vanidad, y muchos espíritus templados pierden su grandeza confundiendo uno con las otras.

En el corazón humano los extremos se encuentran: el amor y el odio, la generosidad y la envidia, la tentación del crimen y la inspiración de un acto sublime. Y como allí se encuentran los elementos más contrarios, como es el mismo fuego el que los alimenta, es el alma la que tiene que escoger.

* * *

A veces la grandeza de alma es una cualidad que da al hombre la Naturaleza, como da luz al sol, transparencia al agua y al aire, calor al fuego, visión á la inteligencia; pero en no pocas ocasiones es una conquista del hombre, ganada en lucha cruel y amarga contra sus propias pasiones.

Esa grandeza es un don ó una cualidad, cuando el que ha recibido su germen con la vida no ha tropezado con serios obs-

táculos para su desarrollo, dependientes de sí mismo ó de los demás; pero es una virutd de valor inapreciable cuando el hombre, privado de ella porque no la tuvo ó porque la perdió, sabe adquirirla por su conducta y su voluntad.

Es frecuente que la grandeza de alma, nacida con el niño al abrir los ojos á la luz, se pierda más tarde por defectos de educación en la primera infancia, por el desbordamiento de las pasiones durante la juventud, por depravación ó desaliento en la edad madura, por aniquilamiento físico en la vejez...; pero también es frecuente, por fortuna, que el hombre que ha perdido aquella concesión de la Naturaleza en las brumas de la infancia, ó que la ha dejado hecha jirones en los zarzales del camino por los arrebatos de la juventud, conserve al menos el recuerdo, y que más tarde la edad, la razón, la desgracia misma, le hagan agarrarse á este recuerdo para no soltarlo más hasta la muerte.

Hay otras ocasiones, en que un desdichado ha vivido largo tiempo sin conocer

esta sublime cualidad, que no tiene nada en sus recuerdos, que no tiene nada en su pensamiento á este respecto, que no vió nunca nada que le diera una idea de esta virtud esencial, y que, sin embargo, posee un alma capaz de comprenderla si una sola vez le fuese mostrada, porque conserva el germen no desarrollado, aunque latente, á la manera de esos acordes que vibran sin resultado en nuestro cerebro si la conciencia no nos ha dado los medios de expresarlos.

Como resumen, podría decir que la *grandeza de alma* se divide en tres clases: *la que nace, vive y muere con el hombre; la que el hombre ha conocido, que pierde y encuentra; y la que, largo tiempo ignorada, concluye por conocerse.*

Yo no sé si hay hombres que nacen, viven y mueren sin haberla conocido en absoluto; pero sí creo firmemente que en el ejército no existe un hombre de esta especie, porque no sería posible que en la más noble de las profesiones pueda encon-

trar cabida el más ruin y miserable de los seres humanos.

A las tres primeras categorías tan sólo me dirijo, pues, siendo como son estas conferencias para militares.

A los privilegiados cuya alma está tan bien encajada en la virtud que ninguna seducción del vicio puede quebrantarla, para decirles: Yo, que no tengo vuestra virtud ni vuestra fuerza de voluntad, pero que tengo la suerte de comprender vuestro mérito, me dirijo á vosotros para obtener vuestro testimonio y vuestra ayuda; agregaos a mí, prestadme vuestro concurso, para abrir los ojos á los que no ven, para mostrar la verdad á los que no saben, para convencer á los que dudan.

A los que han encontrado la grandeza de alma después de haberla perdido, para decirles: no gocéis egoístamente de vuestra dicha, hacedla conocer á los que os rodean; decid á todos lo triste que es la vida sin porvenir, sin ilusiones, cuando falta aquel sentimiento; relatad cómo, después de haber perdido ese instinto de to-

das las buenas acciones, vuestra conciencia contaba con temor y pesar cada nuevo día transcurrido, mientras los de vuestra infancia venían sin cesar á vuestra memoria como un recuerdo dichoso de tranquilidad serena.

Y á todos aquellos que ignoran esta virtud porque no han tenido ocasión de admirarla jamás en otro ó de sentirla actuar en su propio corazón, para rogarles que presten atención á estas conferencias, en las que quizás encuentren pensamientos que desarrollen el germen que tal vez posean sin saberlo, y entonces admirarán lo que les parecía inexplicable, sentirán hervir la sangre, henchirse el corazón y exaltarse la mente en circunstancias que antes les dejaban impasibles, y comprenderán mejor todo lo que exige una vocación como la que les ha inclinado á la noble carrera de las armas...

ÍNDICE


00038274465
UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL